

Arthur Conan Doyle

La Gran Sombra

CAPÍTULO I

Señales verdaderas

Me resulta extraño pensar ahora mismo que yo, Jock Calder de West Inch, a mediados del siglo XIX, aunque no tenga más que cincuenta y cinco años, y aunque tan sólo quizás una vez por semana mi esposa tiene que arrancarme una cana de las sienes, he vivido sin embargo una época en la que los pensamientos y las costumbres de los hombres eran tan diferentes a las de hogaño como pudieran serlo las de los habitantes de otro planeta. Puesto que, cuando salgo a pasear por mis campos, puedo ver, camino de Berwick adelante, los retazos de humo blanco que delatan a ese ciempiés nuevo y extraño que se alimenta de carbón y que puede llevar a un millar de hombres en su vientre mientras se arrastra sin descanso por la frontera. En los días soleados puedo distinguir los reflejos de los remates de latón, cuando toma la curva, cerca de Corriemuir, y luego, si miro hacia el mar, veo de nuevo a la bestia, o puede que a una docena de ellas, dejando esa estela que es negra en los aires y blanca sobre las aguas, mientras navega contra el viento con la misma facilidad con que un salmón remonta el Tweed. Una visión así hubiera dejado sin habla a mi buen padre, llenándole tanto de justa ira como de sorpresa, ya que siempre temió ofender al Creador contraviniendo a la Naturaleza y consideraba, en todo momento, que los nuevos inventos eran cosas próximas a la blasfemia. Puesto que el Señor ya había creado el caballo, y que era un hombre el que guiaba estos nuevos artefactos, mi buen y anciano padre hubiera optado sin dudar por la silla y las espuelas.

Pero aún se hubiera sorprendido más de haber visto cómo la paz y la hermandad reinan en estos tiempos en el corazón de los hombres, y de ver las noticias que proclaman los periódicos y las asambleas, acerca de que ya no habrá más guerras; excepto, por supuesto, contra los negros y pueblos semejantes. Porque cuando él murió llevábamos luchando, sin apenas tregua, con excepción de dos cortos años, durante casi un cuarto de siglo. ¡Pensad en tal cosa vosotros, que vivís ahora de forma tan tranquila y apacible! Los niños

que nacieron durante esa guerra se convirtieron en hombres barbados y tuvieron hijos a su vez, y la guerra aún proseguía. Aquellos que sirvieron y lucharon en la flor de la vida, se volvieron artríticos y encorvados mientras los buques y los ejércitos continuaban batiéndose. No es de extrañar que la gente, al final, considerase todo aquello como el estado natural de las cosas, y pensase en cuán extraño tenía que ser vivir en paz. Durante ese largo periodo luchamos contra los alemanes, los daneses, los españoles, los turcos, los estadounidenses, los uruguayos, hasta que fue como si no hubiera raza que estuviera lo bastante próxima como para ser amistosa, o lo bastante alejada como para no entrar en conflicto. Pero, sobre todo, estuvimos en guerra contra los franceses y contra ese hombre al que, por encima de todos los demás, odiábamos, temíamos y admirábamos, y que era el Gran Capitán que les conducía.

Está muy bien pintar caricaturas suyas, y cantar tonadas burlescas sobre él, y considerarle un usurpador, pero yo he de hablar acerca del miedo que despertaba ese hombre, y que se extendió como una sombra negra sobre toda Europa, y hablar también de la época en que el brillo de una hoguera de noche, en la costa, podía hacer que las mujeres cayesen de rodillas y los hombres echasen mano a sus mosquetes. Era invencible: eso era lo que más temían de él sus enemigos. Los Hados parecían estar de su parte. Y sabíamos que estaba en la costa norte con ciento cincuenta mil veteranos, y con las embarcaciones necesarias para transportarles. Pero eso sí que es una historia ya sabida: la de cómo casi un tercio de los hombres en edad de servir, de nuestro país, tomó las armas, y de cómo nuestro hombrecillo tuerto y manco^[1] derrotó a su flota. Aún iba a existir una tierra que pudiese pensar y hablar con libertad en Europa.

Había una gran hoguera dispuesta en la colina que hay camino de Tweedmouth, hecha a base de troncos y barriles de alquitrán, y aún puedo recordar cómo me pasaba una noche tras otra oteando, aguzando la mirada, por si le prendían fuego. Yo no tenía más que ocho años por aquel entonces, pero ésa es una edad en la que ya se siente una comezón, y para mí era como si el destino de toda la nación descansase, de alguna manera, sobre la vigilancia que ejercía. Y así sucedió que una noche, mientras observaba, vi de repente un pequeño destello en el faro de la colina; una simple lengua de llama roja en la oscuridad. Recuerdo cómo me froté los ojos, y cómo me pellizqué y golpeé con los nudillos contra el alféizar de piedra de la ventana, para cerciorarme de que estaba despierto. Luego la llama ganó en altura, y vi una línea roja y vibrante reflejada en las aguas interpuestas, e irrumpí en la

cocina, gritándole a mi padre que los franceses habían cruzado el canal y que alguien había encendido la luz de Tweedmouth. Mi padre estaba hablando con el Sr. Mitchell, el estudiante de derecho de Edimburgo, y todo lo que hizo fue golpear la pipa contra el borde del hogar y mirarme por encima de sus gafas de cuerno.

—¿Seguro, Jock? —dijo.

—¡Y tan seguro! —acerté a barbotar.

Eché mano a la Biblia que había sobre la mesa y la abrió encima de sus rodillas, como si fuese a leernos algún pasaje, pero se mantuvo en silencio y por último salió a toda prisa. El estudiante de derecho y yo le seguimos a través de la puerta que daba a la carretera. Desde allí pudimos ver el fulgor rojo de la gran hoguera de señales, así como el resplandor de otra, más pequeña, situada al norte de donde nos hallábamos, en Ayton. Mi madre salió también, trayendo dos mantas para protegernos del frío, y todos nos quedamos allí hasta el alba, hablando poco y aun ese poco entre susurros. Esa noche hubo más trasiego que nunca en la carretera, ya que muchos de los lugareños que vivían camino adelante se habían enrolado en los regimientos de voluntarios de Berwick, y ahora cabalgaban a toda prisa hacia los puntos de reunión. Alguno se tomó una o dos copas sin descabargar, antes de seguir su camino, y nunca olvidaré a uno que pasó a toda velocidad sobre un gran caballo blanco, blandiendo al claro de la luna una gran espada herrumbrosa. Nos gritaban al pasar que el fuego de North Berwick Law estaba encendido y que creían que la alarma había partido del castillo de Edimburgo. Había unos pocos que galopaban en sentido contrario: correos de Edimburgo, el hijo del terrateniente local, el *sheriff* adjunto y gente así. Y entre los otros vi a uno de muy buena planta, un hombre recio a lomos de un caballo ruano, que se llegó a nuestra puerta para hacernos unas cuantas preguntas sobre la carretera. Se quitó el sombrero para estar más cómodo, y pude ver que era de rostro alargado y agradable, con una frente alta, coronada por rizos de color arena.

—No sé yo si no será una falsa alarma —dijo—. Quizás hubiera hecho mejor quedándome donde estaba, pero ya que he llegado tan lejos me desayunaré con mi regimiento.

Picó espuelas y se alejó por la ladera.

—A ése le conozco yo —manifestó nuestro estudiante, al tiempo que le señalaba con la cabeza—. Es un abogado de Edimburgo, un orador de primera. Se llama Wattie Scott.

Ninguno de nosotros había oído hablar de él, pero no habría de pasar mucho tiempo antes de que su nombre fuera el más famoso de toda Escocia, y muchas veces comentamos luego acerca de aquella vez que se detuvo a preguntarnos por el camino a seguir, aquella noche de terror.

Pero, cerca del alba, estuvimos ya algo más tranquilos. La mañana se presentaba gris y fría, y mi madre había entrado en casa para prepararnos un

puchero de té, cuando apareció por el camino una calesa, y en ella iban el Dr. Horscroft de Ayton y su hijo Jim. El doctor llevaba subido el cuello de la chaqueta parda y venía de un humor de perros, ya que Jim, que contaba quince años entonces, había partido hacia Berwick a la primera señal de alarma, llevándose consigo la nueva escopeta de caza de su padre. Éste había estado buscándole toda la noche y ahora regresaba con él, convertido en un prisionero, con el cañón del arma robada asomando por la parte de atrás del asiento. Traía un aire tan sombrío como el de su padre, las manos metidas en los bolsillos, el ceño fruncido y el labio inferior saliente.

—¡Ha sido todo una falsa alarma! —gritó el doctor al pasar—. No ha habido ningún desembarco y todos los idiotas de Escocia han estado dando vueltas por los caminos para nada.

Su hijo Jim masculló alguna inconveniencia y el padre le pegó tal capón en un lado de la cabeza que la barbilla golpeó contra el pecho, como si le hubiera dejado inconsciente del golpe. Mi padre agitó la cabeza, ya que sentía debilidad por Jim; pero lo que hicimos todos fue regresar a la casa, dando cabezadas y parpadeando, a duras penas capaces de mantener los ojos abiertos, ahora que sabíamos que estábamos a salvo, y sintiendo una alegría tal como no he llegado a experimentar más que una o dos veces en mi vida.

Todo esto tiene poco que ver con la historia que voy a contar; pero cuando un hombre tiene buena memoria y poca habilidad, no puede buscar un pensamiento en su cabeza sin que una docena más salgan con él a la luz. Y, ahora que lo pienso, sí que tiene bastante que ver, ya que Jim Horscroft tuvo tal pelea con su padre que le enviaron a la escuela de Berwick y, como mi padre había pensado en hacer lo mismo conmigo, aprovechó esa coyuntura para enviarme a mí también.

Pero lo mejor es que antes de decir nada sobre esa escuela vuelva atrás, a donde había empezado, y les diga quién soy yo, ya que pudiera ser que estas palabras mías fueran leídas por gente de fuera del condado, que nunca hayan oído hablar de los Calder de West Inch.

El nombre es resonante, West Inch, pero no se trata de una suntuosa finca con una mansión, sino de unos prados ovejeros, yermos y batidos por los vientos, que se extienden a la vera del mar, y en los que un hombre frugal puede, siempre que trabaje duro, ganar lo suficiente como para pagar el alquiler y comer mantequilla, en vez de melaza, los domingos. En el centro de la propiedad se levanta una casa con tejado de pizarra, con un establo en la parte trasera y la cifra «1703» grabada en la mampostería sobre el dintel de la puerta. Nuestra familia ha vivido ahí durante más de cien años hasta que, a

fuerza de pasar toda clase de privaciones, ha logrado hacerse con una posición; ya que en estas tierras hay arrendatarios antiguos que gozan de posición más acomodada que algunos propietarios de nuevo cuño.

Sucede algo extraño con la casa de West Inch. Tanto ingenieros como otras gentes instruidas reconocen que la frontera entre los dos países pasa justo por mitad de ella, dividiendo nuestra segunda mejor habitación entre Inglaterra y Escocia. Ahora mismo, la cama en la que duermo está siempre colocada de tal forma que mi cabeza está al norte de la línea y mis pies al sur. Dicen mis amigos que si yo hubiera elegido dormir al revés, mi cabello no hubiera sido tan rubio ni mi forma de pensar tan seria. Lo reconozco, ya que, más de una vez en mi vida, cuando mi corazón de escocés no sabía cómo sacarme de un apuro, mis piernas de inglés lo hicieron, sacándome del mismo a la carrera. Pero eso en la escuela fue motivo de bromas interminables, ya que me llamaban «Mitad y Mitad», «El Gran Británico» y «*Union Jack*». Cuando había una pelea entre chicos escoceses e ingleses, un bando podía patearme las espinillas y el otro darme de tobos en las orejas, y luego todos se paraban a reírse, como si eso tuviera algo de divertido.

Al principio lo pasé muy mal en la escuela de Berwick. Birtwhistle se llamaba mi primer maestro, y Adams el segundo, y no guardo buen recuerdo de ninguno de ellos. Yo era tímido y retraído por naturaleza, y me costaba hacer amigos entre profesores y alumnos. De Berwick a West Inch había catorce kilómetros a vuelo de pájaro, y dieciocho y medio por carretera, y me pesaba en el corazón esa gran distancia que me separaba de mi madre; ya que he de señalar que, por mucho que un muchacho se jacte de no necesitar los cuidados de su madre, ¡cuán triste le resulta cuando tal cosa toma realidad! Al principio no podía soportarlo y tomé la resolución de escaparme del colegio e irme tan lejos como me fuera posible. En el último momento, sin embargo, tuve la buena suerte de ganarme el aplauso y la admiración de todo el mundo, del director para abajo, cosa que hizo que mi vida escolar se convirtiera en una cosa agradable y fácil de llevar. Y todo debido a que me caí por accidente desde la ventana de un segundo piso.

La cosa sucedió de la siguiente manera. Cierta tarde fui maltratado por Ned Barton, que era el matón de la escuela; y ese ataque fue el colofón de todas las injusticias sufridas en aquel lugar, e hizo que la copa se colmase. Me juré esa noche, mientras enterraba el rostro arrasado por las lágrimas bajo las sábanas, que al día siguiente iba a estar en West Inch o en camino hacia allá. Nuestro dormitorio se encontraba en el segundo piso, pero yo era un buen escalador, y no me daban miedo las alturas. Siendo tan joven solía, sin

pensármelo dos veces, balancearme colgado de una cuerda del tejado de West Inch, que estaba a más de diez metros del suelo. Así que no había problema en salir del dormitorio de Birtwhistle. Esperé cierto tiempo, hasta que las toses y carraspeos se apagaron, y no hubo ningún sonido que indicase que alguien seguía despierto en la larga línea de lechos de madera; entonces me levanté con gran cuidado, me embutí sigilosamente las ropas, y fui de puntillas hasta la ventana. Abrí las hojas de la misma y eché un vistazo. Abajo estaba el jardín y, al alcance de la mano, la gran rama de un peral. Un muchacho decidido no podría haber pedido mejor escalera. Una vez en el jardín, no se interpondría en mi camino más que un muro de metro y medio de altura, y después de eso no habría entre mi hogar y yo otra cosa que distancia. Me agarré con fuerza, con una mano, a una rama, puse la rodilla sobre otra, e iba a lanzarme desde la ventana cuando me vi obligado a quedarme tan quieto y silencioso como si me hubiese convertido en piedra.

Había un rostro mirándome por encima del remate del muro. Sentí un escalofrío de miedo al reparar en su blancura e inmovilidad. Estaba iluminado por la luna y los ojos se movían lentamente de un lado a otro, aunque no podía verme porque yo estaba oculto tras el follaje del peral. Luego, ese rostro fue subiendo como a trompicones, hasta que pude ver la garganta, los hombros, la cintura y las rodillas de un hombre. Se sentó en lo alto de un muro y, de un tirón, hizo subir a un chico de más o menos mí misma estatura, que se agarraba el pecho de vez en cuando, como si quisiera contener un sollozo. El hombre le sacudió, y le dirigió unas pocas palabras duras, y luego ambos se descolgaron hasta el jardín. Yo aún estaba en equilibrio, con un pie en la rama y otro en la ventana, sin osar hacer un solo movimiento por miedo a llamar su atención, pero pude escuchar cómo se movían sigilosamente por la larga sombra que proyectaba la casa. De repente, justo bajo mis pies, escuché un ruido bajo y chirriante, y el agudo tintineo de un cristal al caer.

—Listo —dijo el hombre, con un susurro agitado—. Te toca a ti.

—¡Pero ese borde corta! —sollozó el otro con un lamento bajo.

Aquel tipo soltó un juramento que me puso la carne de gallina.

—Entra, rapaz —graznó—; entra o...

No pude ver lo que le hizo, pero sí escuché un gemido de dolor, bajo y rápido.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —sollozó el pequeño.

Ya no escuché más, porque el corazón me dio de repente un vuelco, perdí apoyo en la rama y, con un aullido de espanto, caí, con mis cuarenta y tantos kilos de peso, directamente sobre las espaldas del ladrón. Si me lo

preguntasen, no sabría decir si lo que hice entonces fue debido a un accidente o fruto de una decisión. Pudiera ser que mientras estaba pensando qué hacer, se me ocurriera esa solución. El tipo estaba parado, empujando con la cabeza al chico para forzar su entrada a través de un ventanuco, cuando le caí encima, justo en la cruz de la espalda. Lanzó una especie de grito sibilante, cayó de bruces y dio tres vueltas, pateando la hierba con los talones. Su pequeño compañero huyó como el rayo a la luz de la luna, y en un instante había saltado el muro. En cuanto a mí, me quedé tirado, bramando a todo pulmón, al tiempo que me sujetaba una de las piernas, porque la sentía como si me hubieran puesto un grillete al rojo vivo en ella.

No pasó mucho, como pueden suponer, antes de que el edificio entero, desde el director al mozo de cuerdas, saliera en tromba al jardín, con lámparas y linternas. El asunto pronto quedó aclarado; el hombre fue colocado sobre un postigo y a mí me transportaron con mucha más pompa y consideración a una habitación especial, en la que el pequeño hueso de mi pierna fue recolocado por el cirujano Purdie, el más joven de los dos hermanos del mismo nombre. En cuanto al ladrón, había quedado paralizado de cintura para abajo y los doctores eran de la opinión de que podía o no recuperar el uso de las piernas; pero la Ley nunca dio oportunidad alguna para dilucidar tal extremo, ya que fue ahorcado después de ser juzgado en Carlyle, unas seis semanas después de aquel suceso. Quedó establecido que se trataba del ladrón más peligroso del norte de Inglaterra, ya que tenía al menos tres asesinatos pendientes, y en su historial había acusaciones suficientes como para colgarle diez veces.

Quede claro que no puedo mencionar mi infancia sin hablarles de lo que fue el suceso más importante de todos los que me sucedieron. Pero no divagaré más, ya que, cuando pienso en todo lo que tengo que contar, puedo ver con claridad que me espera no poco trabajo antes de concluir. Cuando un hombre no tiene más que su pequeña historia personal que contar, a menudo le dedica todo su tiempo; pero si ésta se mezcla con asuntos tan grandes como los que voy a narrar, entonces resulta de lo más arduo contarlo todo a satisfacción, a no ser que le animen a ello. Conservo empero una memoria excelente, a Dios gracias, y voy a tratar de narrarlo todo correctamente, de principio a fin.

Fue ese asunto del ladrón lo que hizo que entablase amistad con Jim Horscroft, el hijo del doctor. Era, desde el mismo día de su llegada, el mantón

de la escuela, ya que, antes de que hubiera transcurrido una hora, ya había estampado contra la pizarra de la clase a Barton, que antes de eso era el gallito de la escuela. Jim siempre fue muy musculoso y ya entonces era un chico alto y cuadrado, parco en palabras y de mano suelta, dado a apoyar sus anchas espaldas contra los muros y a tener las manos metidas en los bolsillos. Aún puedo recordar cómo andaba siempre con una pajita en un lado de la boca, en el mismo sitio en que se colocaba la pipa. Jim fue siempre igual, en lo bueno y en lo malo, desde la primera vez que le conocí.

¡Dios, cuánto respeto le teníamos! Éramos unos chicos salvajes y sentíamos el respeto de los salvajes hacia la fuerza. Allí estaba Tom Carndale, de Appleby, que podía escribir versos alcaicos con tanta soltura como los pentamétricos y hexamétricos, aunque nadie daría nunca nada por él, y Willie Earnshaw, que tenía siempre dispuesta cualquier fecha posible, empezando por la del asesinato de Abel, hasta el punto de que los mismos profesores acudían a él en caso de duda, pero era estrecho de pecho y demasiado largo para su anchura, ¿y de qué le servía todo eso cuando Jack Simons, de tercero, le arrastraba por el pasillo de una correa? ¡Pero nadie se atrevía a intentar algo así con Jim Horscroft! ¡Las cosas que solíamos contar sobre su fuerza! La vez que atravesó de un puñetazo los entrepaños de roble de la sala de juegos, o cuando Long Merridew iba corriendo con la pelota y él cogió a Merridew, con pelota y todo, y fue a toda velocidad, a través de todo el equipo contrario, hasta llegar a la meta. No era saludable para nosotros que alguien así tuviera problemas con rimas y metros, o que le molestasen con detalles sobre quién firmó la Carta Magna. El día en que afirmó, delante de toda la clase, que había sido el rey Alfredo, todos los chicos pensamos que era muy posible y que quizá Jim sabía más del tema que el hombre que había escrito el libro.

Bueno, pues gracias al asunto del ladrón se fijó en mí; me palmeó la cabeza y dijo que era un diablillo corajudo, lo que me hizo sentirme lleno de orgullo durante una semana. Fuimos íntimos amigos durante dos años, y a pesar de la brecha que los años han abierto entre nosotros, y aunque siento y pienso que hizo algo que me dolió, aún le quiero como a un hermano, y lloré lágrimas suficientes como para llenar un bote de tinta cuando se fue a Edimburgo a estudiar la profesión de su padre. Cinco años más seguí yo en Birtwhistle y, cuando me marché, yo mismo me había convertido en el gallito del colegio, ya que era tan nervudo como una barba de ballena, aunque nunca alcancé el peso y el nervio de mi gran predecesor. Abandoné Birtwhistle en el año del jubileo y, durante los tres siguientes años, permanecí en casa aprendiendo de ganado; pero los buques y los ejércitos aún combatían, y la

gran sombra de Bonaparte todavía oscurecía el país. ¿Cómo iba yo a suponer que iba a ayudar a alejar esa sombra para siempre de nuestra gente?

CAPÍTULO II

La prima Edie de Eyemouth

Algunos años antes, cuando yo no era más que un chico, vino a visitarnos durante cinco semanas la única hija del hermano de mi padre. Willie Calder se había instalado en Eyemouth como fabricante de redes de pesca, y había sacado más del bramante de lo que nosotros conseguiríamos nunca de los matojos y arenales de West Inch. Por eso su hija, Edie Calder, vino con un vestido rojo de excelente factura y un sombrero de cinco chelines, y un bolso tan lleno de cosas que hizo que los ojos de mi madre se pusieran como platos. Era prodigiosa su liberalidad con el dinero, y verla, en un gesto muy típico de una chica, pagar al cochero todo lo que le pedía, sin rechistar, y con una propina añadida de dos peniques. No se recataba de beber cerveza de jengibre más de lo que nosotros lo hacíamos con el agua, y se echaba tanto azúcar en el té y mantequilla en el pan como si fuese inglesa.

Yo no conocía a muchas chicas por aquel entonces, por lo que me resultaba difícil comprender su naturaleza. No había muchos en Birtwhistle que pensásemos en tal asunto, pero las chicas más pequeñas parecían ser las más sensatas, ya que en cuanto comenzaban a crecer la cosa cambiaba. Nosotros, como chavales, sólo podíamos concebir una cosa: que una criatura que no podía luchar y que estaba siempre quejándose, y que no podía tirar una piedra sin agitar el brazo como un trapo al viento, no servía para nada. Y luego los humos que se gastaban, como si fueran padre y madre reunidos en uno; ya que siempre irrumpían en los juegos con un: «Jimmy, el dedo te asoma por el zapato», o «A casa, cochino, a lavarte», hasta que la simple aparición de una resultaba estomagante.

Así que cuando ésa en concreto llegó a nuestra casa, no me sentí precisamente feliz por ello. Yo tenía doce años por aquella época (era la temporada de vacaciones) y ella once; una chica alta y delgada, con ojos negros y modales de lo más extraños. Estaba siempre mirando delante de ella, con los labios separados, como si contemplase algún prodigio; pero cuando

me acercaba a ella por detrás miraba a ver que veía, no podía descubrir otra cosa que el abrevadero de las ovejas, o el estercolero, o los pantalones de mi padre colgados del tendedero. Y si veía un macizo de brezo o helechos, o algo parecido, se acercaba como si la hubiera conmovido y gritaba:

—¡Qué bonito! ¡Es perfecto!

Igual que si estuviese delante de un cuadro. No le gustaba jugar, pero solía jugar conmigo al tigr^[2] y cosas por el estilo; sin embargo, no resultaba divertido, ya que yo siempre la capturaba en tres saltos, y ella nunca conseguía cogerme, porque llegaba haciendo más ruido del que harían diez chicos juntos. Cuando le decía que era una buena para nada, comenzaba a llorar y decía que era un chico grosero, y que se iría esa misma noche a su casa, y que nunca me lo perdonaría. Lo más extraño es que me quería mucho más que yo a ella, y nunca se despegaba de mí, ya que siempre estaba buscándome y corría detrás de mí para decir «¡Oh, estás aquí!», como si se hubiese llevado una sorpresa.

Pero pronto descubrí que también tenía cosas buenas. A veces me daba peniques, por lo que una vez me encontré con cuatro a la vez en mi bolsillo; pero lo mejor de ella eran las historias que contaba. Le espantaban sobremanera las ranas, por lo que le llevaba una y la amenazaba con ponérsela en la garganta si no me contaba una de sus historias. Eso siempre la ayudaba a comenzar, pero una vez que se arrancaba era prodigioso el tiempo que podía estar hablando. Y, en cuanto a las cosas que le habían ocurrido, eran como para cortar el aliento. Estaba aquel pirata berberisco que estuvo en Eyemouth y que había dejado dicho que volvería al cabo de cinco años, con un buque lleno de oro, para convertirla en su esposa; y un caballero andante que también había pasado por allí, y que le había dado un anillo que volvería a buscar a su debido tiempo. Me mostró el anillo, que era exactamente igual que los aros que sujetaban las cortinas de mi cama, pero ella insistía en que era de oro puro. Le pregunté sobre lo que podría ocurrir si el caballero se encontraba con el pirata berberisco, y ella me dijo que le cortaría la cabeza. Lo que yo no podía entender era qué veían todos en ella. Y entonces me contaba que, cuando se vino a West Inch, un príncipe disfrazado le había seguido. Le pregunté cómo sabía que era un príncipe, y ella contestó que por el disfraz. Otro día me dijo que su padre estaba preparando un acertijo y que, cuando lo tuviera completo, lo publicaría en los periódicos y aquel que pudiera resolverlo conseguiría la mano de su hija y la mitad de su fortuna. Le dije que yo era bueno con los acertijos y le pedí que me lo enviase cuando lo tuviera listo. Me respondió que aparecería en la *Berwick Gazette*, y que le

gustaría saber qué haría con ella si era yo el que ganaba. Le dije que la remataría en pública subasta, por lo que quisieran darme, y ella ya no me contó más historias esa noche, ya que era muy picajosa en lo tocante a ciertos temas.

Jim Horscroft estaba fuera cuando la prima Edie vino a visitarnos, pero regresó la misma semana en que ella se iba, y recuerdo lo sorprendido que me quedé de que me hiciera algunas preguntas sobre ella, o de que tan sólo se tomase el más mínimo interés por una simple chica. Me preguntó si era guapa y cuando le respondí que no tenía ni idea, se echó a reír y me llamó topo, y me dijo que ya se me abrirían los ojos algún día. Pero su interés pronto se fijó en cualquier otra cosa y no volví a pensar en Edie hasta el día en que cogió las riendas de mi vida y la desvió de su cauce de la misma forma en que yo podría torcer esta pluma con la que escribo.

Eso fue ya en 1813, cuando había dejado el colegio y tenía unos dieciocho años de edad, con un buen puñado de pelos en el bigote y el deseo de ver crecer muchos más. Había cambiado desde la época del colegio y ya no tenía ganas de juegos, sino que me dedicaba a vagabundear por las laderas soleadas, con la boca abierta y mirándolo todo en la misma forma exacta en que lo hacía en tiempos la prima Edie. Antes me satisfacía y era mi mayor ambición poder correr más rápido y saltar más alto que nadie en la vecindad, pero ahora todo eso me resultaban naderías, y yo anhelaba, anhelaba, y miraba la bóveda celeste, y las extensiones de mar azul, y sentía que había algo esperándome, pero nunca conseguía articular qué era. Mi humor se hizo tornadizo, con los nervios a flor de piel, y si mi madre me preguntaba qué me ocurría o mi padre me hablaba de trabajo, podía responder de forma tan acerba que luego he tenido tiempo de lamentar. ¡Ay! Un hombre puede tener más de una esposa, y más de un hijo, y más de un amigo, pero nunca tendrá más de una madre, por lo que debiera amarla mientras pudiese.

Un día, cuando llegué de cuidar las ovejas, mi padre estaba sentado con una carta en las manos, y eso que recibíamos pocas, excepto cuando el administrador nos exigía el arriendo. Cuando me acerqué, vi que estaba llorando y me quedé mirándole, ya que siempre había pensado que eso era algo que un hombre no debiera hacer. Puedo recordarle aún ahora, ya que tenía unas arrugas tan profundas en sus mejillas morenas que ninguna lágrima podía cruzarlas, sino que se desviaban de lado hasta debajo de sus orejas, para acabar goteando sobre la hoja de papel. Mi madre estaba sentada a su lado y acariciaba sus manos de la misma forma que lo hacía con el lomo del gato cuando quería tranquilizarle.

—Sí, Jeannie —decía él—. El pobre Willie se ha ido. Es una carta del abogado, así que ha sido de repente o no nos han escrito. Carhunco, dicen, y una congestión cerebral.

—¡Ay! Bueno, ya descansa en paz —dijo mi madre.

Mi padre se secó las orejas con el mantel.

—Ha dejado toda su fortuna a su hija —dijo él—, y como siga por el camino que va, pronto no tendrá un penique. ¡Acuérdate de cómo se quejaba de lo flojo del té que tomamos en esta casa, y eso que era de siete chelines la libra!

Mi madre agitó la cabeza y miró las tiras de tocino que colgaban del cielo raso.

—No dice cuánto dinero es, pero dice que es suficiente para mantenerla, según él. Y va a venir a vivir con nosotros, ya que es el último deseo de su padre.

—¡Tendrá que pagar por vivir aquí! —gritó con aspereza mi madre.

Me dolió que pudiesen ponerse a hablar de dinero en ese preciso momento, pero de no haber sido tan dura mi madre, nos hubiéramos visto desahuciados antes de un año.

—Sí, pagará, y vendrá a vivir con nosotros hoy mismo. Jock, vete a Ayton a esperar a la diligencia de la tarde. Tu prima Edie vendrá en ella, y tienes que traértela a West Inch.

Así que me marché a las cinco y cuarto con Souter Johnnie, el viejo jamelgo peludo, y nuestro carro, con la capota nueva que sólo usábamos en las grandes ocasiones. La diligencia acababa de llegar y yo, como un paleta estúpido, sin reparar en los años transcurridos, me puse a mirar entre las gentes paradas ante la Posada, buscando a una chiquilla con las enaguas por las rodillas. Mientras me estiraba y alargaba el cuello, alguien me tocó el codo; una dama vestida de negro que se encontraba en los escalones, y a la que enseguida reconocí como mi prima Edie.

La reconocí, aunque de no haberme tocado hubiera transcurrido bastante tiempo antes de que pudiera haberlo hecho. Por Dios que si Jim Horscroft me hubiese preguntado si era guapa o no, ahora sí que hubiera sabido qué contestar. Era morena, mucho más que nuestras chicas de la frontera, aunque con un toque sonrosado en el cutis, como ese rojo profundo en el corazón del sulfuro. Sus labios eran rojos, jugosos y firmes, e incluso entonces, al primer vistazo, vi una luz traviesa y burlona que danzaba en el fondo de sus grandes ojos oscuros. Tiró de mí con tanta fuerza como si yo fuese su herencia, antes de apartar las manos y soltarme. Estaba, como ya he dicho, totalmente vestida

de negro, de una forma que a mí me pareció muy elegante, con un velo negro sobre los ojos.

—¡Ah, Jack! —dijo, en el inglés afectado que había aprendido en el internado—. No, no, somos demasiado mayores para ciertas efusiones —eso último fue su respuesta a mi torpe intento de adelantar mi pobre rostro cetrino para besarla, como había hecho la última vez que la viera—. Compórtate como un buen chico y dale un chelín al conductor, que ha sido de lo más atento conmigo durante el viaje.

Me puse rojo como un tomate, ya que no tenía más que un cuarto de penique de plata en la bolsa. Nunca la falta de dinero me había pesado tanto como en ese momento. Pero ella se hizo cargo al primer vistazo y, en un instante, puso un pequeño monedero de piel de topo en mi mano. Pagué al tipo y quise devolvérselo, pero ella me hizo retenerlo.

—Sé mi administrador, Jack —dijo riendo—. ¿Es este tu carruaje? ¡Qué aspecto tan gracioso! ¿Dónde me siento yo?

—En la arpillera.

—¿Y cómo subo hasta ahí?

—Pon el pie en el cubo de la rueda —le respondí—. Yo te ayudo.

Subí de un salto y tomé sus dos manitas enguantadas entre las mías. Al llegar arriba, su aliento me dio en el rostro, dulce y cálido, y por un momento toda distracción y desazón pareció aventarse de mi espíritu. Fue como si en ese instante hubiera salido de mí mismo, y me hubiera convertido en alguien superior. En el tiempo en que tarda un caballo en agitar la cola, algo sucedió, una barrera cayó de golpe y me encontré ante una vida mejor y de horizontes más amplios. Lo sentí todo en un momento pero, tímido y retraído como era, no se me ocurrió otra cosa que alisar la arpillera para que se sentase. Sus ojos se le fueron al coche que se alejaba traqueteando, de vuelta a Berwick, y de repente se puso a agitar el pañuelo.

—Se ha quitado el sombrero —dijo—. Creo que debía de ser un oficial. Tenía un aspecto de lo más distinguido. Quizá te has fijado en él; un caballero que iba en el exterior, de lo más guapo, con un sobretodo marrón.

Agité la cabeza, con todo aquel arrebatado de alegría tornándose en resentimiento ciego.

—¡Ah! Bueno, nunca volveré a verle. Ahí están las laderas verdes y la carretera parda y tortuosa, igual que siempre. Y tú, Jack, no me parece que hayas cambiado mucho. Espero que tus modales sí hayan mejorado. No seguirás pensando en ponerme ranas en la espalda, ¿no?

Me estremecí al pensar en la posibilidad.

—Haremos cuanto esté en nuestra mano para que seas feliz en West Inch —le dije, jugueteando con el látigo.

—Es muy amable por vuestra parte admitir a una pobre chica que está sola en el mundo —repuso.

—Es muy amable por tu parte que vengas con nosotros —balbuceé—. Lo encontrarás de lo más pobre, me temo.

—Supongo que será un poco aburrido, ¿no Jack? No recuerdo que hubiera hombres por la vecindad.

—Está el comandante Elliot, camino de Corriemuir. Viene algunas tardes; es un soldado valiente de verdad, y recibió un tiro en la rodilla sirviendo a las órdenes de Wellington.

—¡Oh!, cuando hablo de hombres, Jack, no me refiero a viejos con balas en las rodillas. Hablo de gente de nuestra edad con los que entablar amistad. Aunque, ya que hablamos de eso, ¿no tenía ese doctor viejo y reseco un hijo?

—¡Oh, sí!, Jim Horscroft, mi mejor amigo.

—¿Está en casa?

—No. Pero volverá pronto. Está estudiando en Edimburgo.

—¡Ah! Entonces nos haremos compañía el uno al otro hasta que regrese. Estoy de lo más cansada; cómo me gustaría estar ya en West Inch.

Hice que el viejo Souter Johnnie cubriese la distancia como nunca había hecho hasta entonces, ni haría después, y una hora más tarde la teníamos sentada en la mesa de la cena, en la que mi madre había dispuesto no sólo mantequilla, sino un plato de cristal con jamón dulce, que chispeaba y tenía un aspecto de lo más apetitoso a la luz de las velas. Vi que mis padres se habían quedado tan impresionados como yo por lo mucho que había cambiado, aunque no por la misma razón. Mi madre se sentía tan desazonada ante el cuello de plumas que rodeaba su garganta que la llamaba Srta. Calder en vez de Edie, hasta que mi prima, en tono frívolo, la conminó con el dedo a no hacerlo. Después de la cena, cuando ya se hubo ido a la cama, no podían hablar de otra cosa que de su aspecto y modales.

—Por cierto que —dijo mi padre— no parece que esté muy afectada por la muerte de mi hermano.

Y fue entonces cuando recordé que no había dicho una palabra al respecto desde que me la había encontrado.

CAPÍTULO III

La sombra en las aguas

A no mucho tardar, la prima Edie se había convertido en la reina de West Inch, y todos nosotros, de mi padre para abajo, éramos sus más devotos súbditos. Tenía dinero en abundancia, aunque nadie sabía hasta qué punto. Cuando mi madre le informó de que su manutención semanal iba a ascender a cuatro chelines, ella misma la fijó en siete chelines y seis peniques. Se instaló en la habitación que daba al sur, la más soleada y la que tenía madre selva alrededor de la ventana, y resultaba de lo más prodigioso ver lo que se trajo de Berwick para amueblarla. Tuvo que ir allí dos veces en la misma semana y, como el carricoche no le servía, alquiló la calesa de Angus Whitehead, el de la granja en la colina. Y no había viaje que no trajese algún regalo para alguno de nosotros. Una pipa de madera para mi padre, un chal de las Shetlands para mi madre, un libro para mí, o un collar de latón para Rob, nuestro *collie*. Jamás se vio mujer más espléndida.

Pero lo mejor que pudo traernos fue su misma presencia. Para mí fue como si todo hubiese cambiado en aquellos andurriales, y el sol fuera más brillante, las laderas más verdes y el aire más cálido desde el día de su llegada. Nuestras vidas no podían ser ya vulgares, puesto que las compartíamos con ella, y la vieja casa grisácea se convirtió en un lugar distinto desde el preciso momento en que ella puso sus pies sobre el felpudo. No se debía a su rostro, aunque era hermoso, ni a su porte, aunque jamás conocí a mujer alguna que pudiera igualarla, sino a su espíritu, a sus extraños modales burlones, a su forma desenvuelta de hablar, a ese revuelo de ropajes y a la forma que tenía de ladear la cabeza, que le hacían a uno desear ser el suelo bajo sus pies; y luego estaba el rápido desafío que surgía en sus ojos, y la palabra amable que le nivelaba a uno con ella.

Pero nunca llegaba uno a estar a su nivel del todo. A mi entender, ella estaba en todo momento por encima y más allá de los demás. Podía recriminarme y sentirme culpable por ello, hacer lo que fuese, pero no podía

encajar que fuésemos de la misma sangre, y que ella no fuera más que una provinciana, lo mismo que yo. Cuanto más la quería, más miedo me daba, y ella pudo percatarse de tal miedo, mucho antes de darse cuenta de que yo la amaba. Sentía desazón cuando la tenía lejos y, no obstante, cuando estaba a su lado, sentía en todo momento el escalofrío que me daba el miedo a que mis balbuceos pudieran disgustarla o causarle molestias. De haber sabido entonces más cómo son las mujeres, hubiera sufrido bastante menos.

—Has cambiado mucho, Jack —me dijo, mirándome de reojo bajo las pestañas oscuras.

—No me dijiste eso cuando nos vimos el primer día —repliqué.

—¡Ah! Me refería entonces a tu aspecto exterior, y ahora lo hago a tus modales. Solías ser de lo más rudo y mandón conmigo, y debía de ser ese tu carácter, como el hombrecito que eras. Puedo recordarte ahora mismo con tu áspero pelo castaño y tus ojos traviosos. Y ahora eres considerado, tranquilo y siempre tienes una palabra amable.

—Uno aprende a comportarse —dije.

—¡Pero Jack, a mí me gustaba mucho más cómo eras antes!

Al oír eso, la miré desamparado, ya que había creído que nunca me llegaría a perdonar la forma en que la traté en tiempos pasados. No podía entender que algo así le gustase a alguien que no fuera un tonto. Recordé cómo, cuando ella se vestía para salir, yo me iba al páramo y fijaba bolas de barro al extremo de una vara de avellano, y cómo se las arrojaba hasta que la hacía llorar. Luego pensé en cómo pescaba una anguila en el arroyo Corriemuir y cómo la acosaba con ella hasta que salía huyendo y dando chillidos, para refugiarse loca de miedo en las faldas de mi madre, y cómo mi padre me daba tal palo con el cucharón que nos mandaba a la anguila y a mí debajo de la mesa de la cocina. ¡Y ella echaba de menos tales cosas! Bueno, pues ya podía echarlas de menos, que antes se me marchitaría la mano que volver a hacerlas. Pero, por primera vez, comencé a entrever lo raras que pueden ser las mujeres, y que un hombre no ha de buscar razones en ellas, sino simplemente observarlas y tratar de aprender.

Hallamos nuestro punto de equilibrio al cabo de cierto tiempo, cuando ella vio que lo único que tenía que hacer era pedir lo que quisiese y como quisiese, y que yo estaba a su entera disposición, tanto como el viejo Rob a la mía. Dirán que me había vuelto loco, ya que había permitido que me trastornase tanto, y puede que tengan razón, pero piensen también en cuán poco acostumbrado estaba yo por aquel entonces a las mujeres, y cuánto tiempo pasábamos juntos. Además, ella era una mujer única entre un millón, y

he de decir que habría que haber sido un verdadero tarugo para no sucumbir a su encanto.

Ahí estaba, por ejemplo, el comandante Elliot, un hombre que había enterrado a tres esposas y que tenía una docena de batallas campales a sus espaldas. Edie podía convertirle en un pelele con tan sólo chasquear los dedos; ella, una cría recién salida del internado. Al poco de llegar ella, me encontré con que salía renqueando de West Inch, con las mejillas sonrosadas y en los ojos un brillo que le rejuvenecía diez años. Se atusaba y retorció los bigotes grises, y pivotaba sobre la pierna sana, tan ufano como un gaitero. A saber qué es lo que le contó mi prima, pero para él fue como vino añejo en las venas.

—Había venido a verte, chaval —dijo—, pero tengo ya que volverme a casa. Sin embargo, mi visita no ha sido en balde, ya que he tenido la oportunidad de conocer a *la belle cousine*. Una joven dama de lo más encantadora e interesante.

Era un hombre de lo más cumplido al hablar, y salpicaba su conversación de vocablos franceses, ya que había pasado algún tiempo en la península Ibérica. Si por él hubiera sido, habría seguido hablando de la prima Edie, pero vi cómo la punta de un periódico asomaba por su bolsillo y comprendí que había venido, según su costumbre, a darme algunas noticias, ya que estábamos bastante aislados en West Inch.

—¿Hay alguna nueva, comandante? —le pregunté.

Sacó el periódico con un floreo.

—Los aliados han ganado una gran batalla, chaval —respondió—. No creo que Napoleón pueda aguantarnos ya mucho tiempo más. Los sajones le han abandonado y ha recibido un castigo de lo más duro en Leipzig. Wellington está al otro lado de los Pirineos y los hombres de Graham entrarán en Bayona a no mucho tardar.

Agité mi sombrero.

—Entonces la guerra va a acabar por fin —grité.

—Sí, y ya va siendo hora —dijo, agitando con gravedad la cabeza—. Ha sido un negocio sangriento. Pero lo cierto es que estoy dándole vueltas a algo en la cabeza.

—¿Y de qué se trata?

—Bueno, chaval, lo cierto es que aquí no pintas nada y, ahora que mi rodilla está más flexible, estoy deseando volver al servicio activo. Me pregunto si te gustaría servir como soldado a mis órdenes.

El corazón me dio un vuelco.

—¡Por supuesto que quiero! —grité.

—Pero pasarán por lo menos seis meses antes de que puedas embarcarte y es muy probable que para entonces Napoleón esté a buen recaudo.

—Y está además mi madre —reflexioné—. No creo que me deje marchar.

—Bueno, pues entonces no se lo diremos por ahora —respondió antes de marcharse renqueando.

Fui a sentarme en el brezal, con el mentón en la mano, a darle vueltas en la cabeza a aquella propuesta, y a observarle mientras caminaba por la ladera, con sus ropajes marrones y la punta de una manta gris ondeando sobre la espalda. La vida en West Inch era algo sumamente insatisfactorio, esperando simplemente ser lo suficientemente mayor como para ocupar el puesto de mi padre, con el mismo brezal, y el mismo arroyo, y las mismas ovejas, y la misma casa gris siempre allí. Pero ahí fuera, cruzando el mar azul, ¡ah!, ahí había toda una vida para el hombre que estuviese dispuesto a vivirla. Ahí teníamos al comandante, un hombre alejado ya de la mocedad, herido y cansando, y que aún maquinaba volver a la vida activa; en tanto que yo, que me encontraba en la flor de la juventud, malgastaba ésta en las colinas. Una oleada ardiente de remordimientos me sumergió, y me incorporé, ansioso por partir y buscarme mi destino en el Gran Mundo.

Estuve dos días dándole vueltas a aquello en la cabeza y al tercero ocurrió algo que hizo primero cuajar mi decisión, para luego convertirlo todo en humo.

Había salido a pasear, por la tarde, con la prima Edie y Rob, hasta que llegamos a la ladera, y pudimos contemplar la playa y el oleaje. Caía el crepúsculo y el paisaje estaba lleno de tonos color bronce, comenzando a oscurecerse, pero el sol aún brillaba con calidez, y una brisa sureña nos llegaba a ráfagas cálidas y suaves, festoneando el anchuroso mar azul con líneas de espuma. Hice una cama con puñados de helechos para Edie, y ella se tumbó a su lánguida manera, feliz y contenta, ya que, de toda la gente que he conocido en mi vida, ella era la que más disfrutaba de lo cálido y luminoso. Me tumbé en una zona herbosa, con la cabeza de Rob en mis rodillas, y allí nos quedamos, disfrutando de la paz y la soledad, hasta que de repente apareció en las aguas la sombra de aquel gran hombre de ultramar que había trazado su nombre con letras rojas sobre el mapa de Europa.

Un buque bogaba rumbo a Leith, tanto si éste era su puerto destino como si no; un mercante negro, viejo y de líneas sobrias. Sus velas eran cuadradas y navegaba a todo trapo. Por la banda contraria, llegando del nordeste, había dos grandes barcos, feos y con aspecto de lugres, con un gran mástil cada uno,

y una gran vela cuadrada y parda. Uno no hubiera querido una imagen mejor que la de esas tres naves, bogando en un día tan hermoso. Pero de repente se vio un fogonazo, y una espiral de humo azulado se alzó de uno de los lugres, y luego otra del segundo, y un tableteo procedente del mercante. En un abrir y cerrar de ojos, el paraíso se trocó en infierno, y las aguas se llenaron de odio, ferocidad y sed de sangre.

Nos habíamos incorporado al oír el estruendo y Edie, temblorosa, me puso una mano en el brazo.

—¡Están luchando, Jack! —chilló—. ¿Qué pasa? ¿Quiénes son?

Mi corazón latía al compás de los tiros y la respuesta me salió del alma.

—Son dos corsarios franceses, Edie —respondí—. *Chasse-marries* les llaman, y el otro es uno de nuestros mercantes, y se van a apoderar con toda certeza de él; porque el comandante dice siempre que esos barcos tienen armamento pesado y van tan llenos de hombres como un huevo de clara. ¿Por qué ese idiota no vuelve a la barra de Tweedmouth?

Pero el otro no plegó un palmo de trapo, sino que siguió bogando a su modo impasible, y una pequeña bala negra le desmochó el palo, de forma que su bandera, vieja y extraña, se agitó suelta en la driza. De nuevo nos llegó el tableteo de sus pequeños cañones, y el bombazo de las piezas de gran calibre situadas en las proas de los lugres. Los tres buques se abordaron un instante más tarde, y el mercante se bamboleó como un ciervo con dos lobos colgados de las ancas. Los tres se convirtieron en un borrón difuso entre el humo, con los topes de los palos asomando por encima, y del corazón de aquella nube surgió el rápido fogonazo rojo de las llamas, el diabólico tabaleo de las armas, y un más amortiguado clamar y gritar que habría de estar resonando en mi alma durante más de una semana. A lo largo de una hora tensa, aquella nube infernal fue moviéndose lentamente sobre la faz de las aguas, y nosotros, con el corazón en un puño, buscábamos el revuelo de la bandera, tratando de comprobar que aún seguía izada. Luego, de repente, el mercante, tan orgulloso, negro y grande como siempre, se mostró a la vista, y al aclararse el humo vio a uno de los lugres que daba bandazos, como un pato de alas rotas sobre las aguas, y cómo el otro trataba de poner a salvo a la tripulación antes de que se hundiese.

Durante toda esa hora no tuvimos ojos para nada que no fuese el combate. El viento se había llevado mi sombrero, pero ni siquiera le había dedicado la más mínima atención. Ahora, con el corazón henchido, me volví hacia mi prima Edie y al verla retrocedí seis años. Ahí estaba de nuevo esa mirada de ojos vacíos, y esa boca abierta, tal y como la había visto durante la adolescencia, y los pequeños puños tan apretados que los nudillos resplandecían como marfil.

—¡Ah, es capitán! —dijo, hablando al brezal y los matorrales—. ¡Qué hombre tan fuerte, tan decidido! ¿Qué mujer no se sentiría orgullosa de un hombre así?

—¡Sí, un gran hombre! —grité lleno de entusiasmo.

Me miró como si se hubiese olvidado de mi existencia.

—Daría un año de mi vida por encontrar un hombre así —manifestó—. Pero ésa es la desventaja de vivir en un lugar como éste. No se encuentra una a nadie que no sea un inútil completo.

No sé si trataba de herirme, porque no era persona que midiese mucho sus palabras, pero lo cierto es que, cualquiera que fuese su intención, fue como si sus palabras golpeasen directamente sobre un nervio al desnudo.

—Muy bien, prima Edie —dije, tratando de hablar con calma—. Esto colma el vaso. Iré a enrolarme esta noche a Berwick.

—¿Cómo, Jack? ¿Te vas a meter a soldado!

—Sí, ya que crees que los hombres que se quedan aquí son unos cobardes.

—¡Oh!, estarás muy guapo con una casaca roja, Jack, y lucirás aún mejor cuando estés enfadado. Me gustaría que los ojos te relampagueasen siempre como ahora, porque se ven tan bonitos y varoniles... Pero estoy segura de que me estás gastando una broma.

—Pronto comprobarás si se trata o no de una broma.

Y eché a correr por los páramos, para irrumpir en la cocina donde mis padres estaban sentados, uno a cada lado del hogar.

—¡Madre! —grité—. ¡Voy a alistarme como soldado!

No me hubieran mirado de peor modo si les hubiese dicho que me iba a meter a ladrón, ya que en aquellos días, entre la gente decente y sensata, eran sobre todo las ovejas negras de las familias las que caían en garras de los sargentos. Pero a fe mía que aquellas ovejas negras prestaron a su país algunos servicios dignos de mención. Mi madre se llevó las manos enguantadas a la cara y mi padre me lanzó una mirada tan negra como un pozo de carbón.

—Por Satanás, Jock; tú estás tonto —me dijo.

—Tonto o no, voy a hacerlo.

—Pues no cuentas con mi bendición.

—Pues lo haré sin ella.

Fue entonces cuando mi madre pegó un chillido y me echó los brazos al cuello. Vi sus manos, endurecidas, gastadas y nudosas debido al trabajo empleado en educarme, y me enternecieron como palabra alguna pudiera haberlo hecho.

Sentía un gran pesar, pero mi voluntad era dura como un pedernal. La hice volver a la silla con un beso y luego me fui corriendo a mi alcoba, a hacer el hatillo. Casi había oscurecido y tenía por delante un largo camino, así que reuní cuatro cosas y salí a toda prisa. Al cruzar la puerta lateral, alguien me tocó en el hombro y me encontré, en pleno ocaso, con Edie.

—Tonto —dijo—. ¿Pero es que te vas a ir de verdad?

—¿A ti qué te parece? Ya lo verás.

—Pero tu padre no quiere, y tu madre tampoco.

—Ya lo sé.

—¿Entonces por qué te vas?

—Tú debieras saberlo.

—¿Por qué lo haces?

—¡Por ti!

—Yo no quiero que te vayas, Jack.

—Tú misma me lo has dicho. Me has dicho que la gente del condado son unos inútiles. Siempre hablas de la misma forma. No te importo un pimiento. Crees que soy un inútil, pero yo te demostraré lo que valgo.

Mis cuitas surgían de mí a borbotones. Ella se sonrojó al oírme, y me miró en una forma que era en parte burlona y en parte mimosa.

—¡Oh!, ¿así que te tengo en poco? —dijo—. ¿Y es por eso por lo que te vas? ¿Te quedarás entonces si te digo que me gustas?

Nos encontrábamos cara a cara y muy cerca, y todo ocurrió en un suspiro. La rodeé con mis brazos y la besé, la besé, la besé en boca, mejillas y ojos, la estreché contra mi pecho y le susurré que lo era todo, todo para mí, y que no podía ser nada sin ella. No contestó nada, pero tardó mucho tiempo en apartar el rostro y, cuando por fin me rechazó, no lo hizo con mucha dureza.

—¡Esto sí que tiene bastante de tus antiguos modales, toscos e imprudentes! —dijo, al tiempo que se atusaba el pelo con las dos manos—. Me has atosigado, Jack. ¡No tenía idea de que pudieras llegar así!

Pero yo había perdido del todo el miedo, y un amor, ardiente como nunca, me abrasaba en las venas. La tomé de nuevo en los brazos y la besé como si fuese ese mi derecho.

Pero ella se echó a reír al oír hablar de matrimonio.

—¡Tonto! ¡Tonto! —dijo, alzando el índice; y, entonces, cuando traté de estrecharla de nuevo, hizo una pequeña y delicada reverencia, y se esfumó en el interior de la casa.

CAPÍTULO IV

Eligiendo a Jim

Entonces tuvieron lugar esas diez semanas que fueron como un sueño, y que siguen siéndolo aún ahora, cuando pienso en ellas. Les fatigaría con la narración de cuanto ocurrió entre nosotros; minucias que sin embargo, ay, ¡cuán serias, predestinadas e importantes me resultaban al mismo tiempo! Sus caprichos, su humor tornadizo, ora alegre ora sombrío, semejante a una pradera sobre la que pasasen las nubes, sus enfados injustificados, sus arrepentimientos bruscos, que me llenaban alternativamente de alegría y de pena; todo eso constituían mi vida entera, y todo lo demás no significaba nada en absoluto para mí. Pero aún a mayor profundidad, por debajo de todos esos sentimientos, subyacía una inquietud vaga, el miedo de ser como aquel hombre que quiso tocar con sus manos el arco iris, y de que la verdadera Edie Calder, no importa lo cerca que pudiese estar de mí, se hallase más allá de mi alcance.

Porque era difícil de entender, o al menos así le resultaba a un paleta duro de mollera como era yo. Ya que, cuando le hablaba de mis proyectos, y de cómo podíamos esperar sacar sus buenas cien libras extras de Corriemuir, si cogíamos toda la finca, para poder construir quizá un ala suplementaria en West Inch, donde albergarnos una vez casados, ella fruncía los labios y entornaba los párpados, como si se armase de paciencia para escucharme. Pero cuando la dejaba dar alas a su imaginación en lo tocante a nuestro porvenir, tramando fantasías en las que yo encontraba un documento donde se demostraba que era el verdadero heredero de esas tierras, o demostraba ser un gran soldado, hasta el punto de alcanzar renombre en todo el condado, entonces resplandecía como un día de mayo. Yo le seguía el juego todo lo que podía, pero antes o después alguna palabra desafortunada venía a demostrar que yo no era más que el sencillo Jock Calder de West Inch, haciendo que de nuevo sus labios se frunciesen con una mueca de desdén. Y así íbamos, entre

el cielo y la tierra, y si la grieta no se hubiera abierto por un lado, lo hubiera hecho por cualquier otro.

Fue después de Navidades, aunque el invierno estaba resultando suave, con la escarcha justa para hacer transitables con seguridad los tremedales. Una mañana fresca, Edie había salido temprano y volvió a desayunar con rubor en las mejillas.

—¿Ha vuelto a casa tu amigo el hijo del doctor, Jack? —me preguntó.

—Me han dicho que está al llegar.

—¡Ah! Entonces tiene que haber sido a él a quien me he encontrado en el arroyo.

—¿Cómo? ¿Qué te has encontrado con Jim?

—Seguro que era él. Un hombre muy gallardo; un héroe, de pelo negro enortijado, una nariz pequeña y recta, y ojos grises. Tiene buenas espaldas y en cuanto a altura, Jack, calculo que le llegarás a la barbilla.

—¡A las orejas, Edie! —repliqué indignado—. Sí, tiene que ser Jim. Pero dime, ¿llevaba una pipa de madera marrón en la esquina de la boca?

—Sí, iba fumando. Vestía de gris y tiene un vozarrón profundo.

—¡Ja, ja! Así que hablaste con él —dije.

Se ruborizó levemente, como si hubiera dicho más de lo que debía.

—Me vio en un lugar en que el terreno era un poco menos firme y me avisó —dijo.

—¡Sí! Ése es el bueno de Jim —contesté—. Ya sería doctor hace tiempo, si tuviera tan buena mollera como músculos. ¡Pero, diablos, aquí le tenemos en carne y hueso!

Le había visto a través de la ventana de la cocina, y ahora me precipité con la torta de avena a medio comer en la mano, para saludarle. Él se abalanzó a mi encuentro, con su manaza tendida y los ojos brillando.

—¡Ah, Jock! —gritó—. Qué placer volverte a ver. No hay amigos que se puedan comparar a los antiguos.

Entonces se calló de repente, y miró con la boca abierta a mi espalda. Me volví y ahí estaba Edie, con una sonrisa pícara y alegre, parada en la puerta. ¡Cuán orgulloso me sentí de ella, y de mí mismo, al mirarla!

—Es mi prima, la Srta. Edie Calder, Jim —le dije.

—¿Suele salir a pasear antes del desayuno, Sr. Horscroft? —preguntó ella, aún con la pícara sonrisa en los labios.

—Sí —repuso él, comiéndosela con los ojos.

—Yo también, y generalmente por esa parte —repuso—. Pero no estás siendo muy hospitalario con tu amigo, Jack. Si tú no haces los honores, tendré

que hacerlo yo, para no dejar en mal lugar a West Inch.

Y así, un momento después, estábamos dentro con mis padres, y Jim tenía un plato colmado de gachas de avena delante; pero apenas pudo articular palabra, ocupado como estaba en contemplar a la prima Edie, con la cuchara en la mano. Ella le lanzaba miradas rápidas y de soslayo, continuamente, y me parecía que se divertía con su azaramiento y que trataba de ayudarle a soltarse.

—Jack me ha dicho que está usted estudiando medicina —dijo—. ¡Pero qué duro debe de ser y cuánto tiempo se debe de necesitar para asimilar todos esos conocimientos!

—A mí me lleva bastante tiempo —admitió compungido Jim—. Pero al final lo conseguiré.

—¡Ah! Pero usted es un hombre valiente. Un hombre decidido. Pone los ojos en una meta y entonces se dirige a ella, sin que nada pueda detenerle.

—La verdad es que no puedo alardear —dijo él—. Más de uno de los que comencaron conmigo tiene ya placa colgada desde hace años, y yo sigo siendo un estudiante.

—Es usted un hombre modesto, Sr. Horscroft. Dicen que el valor es siempre humilde. Pero luego, cuando haya acabado, le espera una tarea gloriosa... llevar la salud en sus manos, aliviar a los que sufren, ¡tener como meta final el bien de la humanidad!

El honrado Jim se removió en su asiento al oír eso.

—Me temo que no tengo motivos tan elevados, Srta. Calder —le respondió—. Pienso en ganarme la vida y en continuar con el negocio de mi padre; eso es todo. Si llevo la salud en una mano, con la otra cojo las coronas.

—¡Qué sencillo y sincero es usted! —gritó ella, antes de lanzarse a un discurso en similar tono, adornándolo con todas las virtudes y jugando con las palabras para hacerle tomar parte en esa danza, en la forma que ella tan bien conocía. No pude por menos de darme cuenta de que le tenía aturrido tanto con su belleza como con sus palabras gentiles. Me estremecí, lleno de orgullo, al pensar que pudiera quedar tan prendado de uno de mis parientes.

—¿A que es garbosa, Jim? —No pude por menos que preguntarle una vez nos encontramos fuera, a la puerta, mientras él encendía la pipa y se preparaba para marcharse.

—¡Mucho! —gritó—. ¡Nunca he conocido a nadie igual!

—Vamos a casarnos —le dije.

Se le cayó la pipa de la boca y se me quedó mirando. Después la recogió y se fue sin decir palabra. Pensé que luego volvería, pero no lo hizo y le vi a lo

lejos, por la ladera, cabizbajo.

Pero yo no iba a poder olvidarle, ya que la prima Edie tenía cien preguntas que hacerme sobre su infancia, su fuerza, las mujeres que pudiera conocer, y nada le resultaba bastante. Y de nuevo, más tarde en ese mismo día, oí hablar de nuevo sobre él, aunque por algo menos agradable.

Mi padre volvió a casa esa noche con la boca llena de historias sobre el pobre Jim. Había estado bebiendo desde el mediodía, y luego había ido a Westhouse Links a retar al campeón de boxeo gitano, y no se sabía si el hombre llegaría vivo a la noche. Mi padre se había encontrado a Jim en el camino, sombrío como nube de tormenta, insultando a todos los que pasaban.

—¡Por Dios! —dijo el viejo—. Conseguiré mucha experiencia como médico, si es que romper huesos la da.

La prima Edie se echó a reír al oírlo, y yo me reí porque ella lo hizo, pero no sabía muy bien qué encontraba tan divertido.

Tres días después, me dirigía a Corriemuir por una cañada, cuando me topé de narices con el propio Jim. Pero era un hombre distinto del grande y amigable que había estado despachando sus gachas con nosotros aquella mañana. No llevaba cuello ni corbata, e iba con el chaleco abierto, el pelo revuelto y el rostro manchado, como un hombre que hubiera estado emborrachándose toda la noche. Llevaba un bastón de fresno y golpeaba con él los tojos que había a cada lado del camino.

—¡Hola, Jim! —le dije.

Pero me miró en la misma forma que a menudo lo había hecho en el colegio cuando se le encendía el carácter, sabía que estaba equivocado y trataba de negar lo evidente. No me dijo ni una palabra, sino que pasó rozándome por el estrecho camino y se alejó con aire arrogante, aún blandiendo su vara de fresno y castigando los matorrales.

Bueno, no me enfadé con él. Lo sentía, lo sentía enormemente, y eso era todo. Por supuesto que yo no estaba tan ciego como para no ver qué pasaba. Estaba enamorado de Edie y no podía soportar el pensar que yo la tuviese. Pobre diablo, ¿cómo aliviarle? Quizá yo hubiera hecho lo mismo. Hubo una época en que me habría maravillado ante el hecho de que una chica hiciese perder la cabeza a un hombre fuerte como ése; pero por aquella época ya había ganado en sabiduría.

Durante una quincena no supe nada de Jim Horscroft y luego llegó ese jueves que cambió por completo mi vida.

Me había levantado temprano ese día y con un pequeño escalofrío de alegría, cosa que es rara que sienta un hombre cuando abre por primera vez

los ojos. Edie había estado más atenta que de ordinario la noche antes y me había dormido con el pensamiento de que quizás por fin había atrapado el arco iris, y que, sin fantasías ni espejismos, ella estaba aprendiendo a querer al simple y rudo Jock Calder de West Inch. Fue ese pensamiento, aún en mi corazón, el que me había provocado ese pequeño gorjeo de alegría matutina. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que, si me daba prisa, podría encontrármela aún, ya que acostumbraba salir a pasear con el alba.

Pero llegué tarde. Cuando me presenté ante su puerta, ésta estaba entreabierta y la habitación vacía. Bueno, pensé, por lo menos puedo salir a su encuentro y volver paseando a casa con ella. Desde lo alto de la colina de Corriemuir se puede ver todo el condado; así que, empuñando mi bastón, eché a andar en esa dirección. Era un día luminoso pero frío, y recuerdo que las olas bramaban estruendosamente, aunque no había soplado aquellos días el viento en nuestras costas. Fui zigzagueando por el empinado camino, aspirando el aire ligero y vigorizante de la mañana, al tiempo que tarareaba una tonada mientras subía, hasta que llegué, un poco resollante, a los tejos de la cima. Al echar una ojeada abajo por la larga ladera del otro lado, vi a la prima Edie, tal y como había esperado, pero también vi que Jim Horscroft paseaba a su lado.

No estaban muy lejos, pero se hallaban demasiado ocupados el uno con el otro como para fijarse en mí. Ella caminaba lentamente, con ese pequeño y petulante galleo de su hermosa cabeza que tan bien conocía yo, apartando sus ojos de él y dejando caer alguna palabra de vez en cuando. Él iba paseando a su lado, mirándola e inclinando la cabeza en su avidez por oír sus palabras. Entonces, al tiempo que decía algo, ella puso su mano con descuido sobre su brazo y él, dejándose llevar, la cogió y la besó una y otra vez. Cuando vi aquello no pude ni gritar ni moverme, sino que me quedé plantado, con el corazón convertido en hielo y el rostro de un cadáver, mirándoles. Vi cómo su mano pasaba sobre los hombros de él, y que sus besos eran tan bienvenidos como lo habían sido los míos.

Entonces él la soltó y pude comprender que eso había sido su despedida; ya que, de hecho, al cabo de otro centenar de pasos, se hubieran expuesto a las miradas de las ventanas más altas de la casa. Ella fue caminando con lentitud, alejándose, dándose la vuelta una o dos veces, y él que quedó parado más atrás. Esperé hasta que ella se hubo alejado y entonces me acerqué a él, pero tan embebido estaba que llegué al alcance de la mano antes de que se diera la vuelta para mirarme. Trató de sonreír cuando nuestros ojos se encontraron.

—¡Hola, Jock! —dijo—. Estaba dando un paseo de primera hora.

—¡Ya te he visto! —boqueé, y mi garganta se había quedado tan seca que las palabras me salieron como las de un hombre con anginas.

—¿Ah, sí? —dijo, con un ligero silbido—. Por mi vida, Jock, que no me pesa. Estaba pensando en acercarme hoy mismo a West Inch y tener una charla contigo. Pero quizás sea mejor así.

—¡Buen amigo eres tú! —exclamé.

—Vamos, sé razonable, Jock —dijo, metiendo las manos en los bolsillos y moviéndose adelante y atrás sobre el sitio—. Déjame que te lo explique y mírame a los ojos para que veas que no te estoy mintiendo. Las cosas son de la siguiente forma. Me encontré con Edi... la Srta. Calder, quiero decir, antes de ir a verte aquella mañana y hubo cosas que me hicieron pensar que era

libre; y, en esa creencia, me prendé de ella. Luego dijiste que no era libre, sino que estaba prometida a ti y fue el golpe más duro que he recibido en mucho tiempo. Perdí la cabeza y me volví loco durante unos cuantos días; es un milagro que no esté en la cárcel de Berwick. Luego me la encontré por casualidad; o, te juro que por lo menos por mi parte fue casualidad, Jock, y cuando le hablé de ti se echó a reír. Primo y prima, dijo; pero que hablar de compromiso o de que fueses para ella algo más que un amigo, era una tontería. Así que ya ves, Jock, que no tengo mucha culpa después de todo; es más; me ha prometido que te hará ver con su conducta que tú estás equivocado al pensar que tenías nada que hacer con ella. Tienes que haberte dado cuenta de que apenas ha cambiado unas pocas palabras contigo en estas dos últimas semanas.

Reí con amargura.

—Justo anoche —le contesté— me dijo que era el único hombre en toda la tierra al que podía amar.

Jim Horscroft sacó una mano temblorosa y me la puso en el hombro, al tiempo que adelantaba el rostro para mirarme a los ojos.

—Jock Calder —dijo—, nunca te vi decir una mentira. ¿Estás tratando de devolver golpe por golpe? Responde, de hombre a hombre.

—Juro por Dios que acabo de decirte la verdad.

Se quedó mirándome, y su cara era la de un hombre que sostenía una dura lucha interna. Pasaron sus dos buenos minutos antes de que hablase.

—¡Mira, Jock! Esta mujer nos está mareando a los dos. ¿Me escuchas? ¡Nos está tomando el pelo! Te ama a ti en West Inch y a mí en las colinas; y en su corazón diabólico no le importamos un ardite ninguno de los dos. ¡Choca esos cinco y mandémosles a esa coqueta del infierno a tomar vientos!

Pero aquello fue mucho para mí. No podía maldecirla en mi corazón y aún menos podía quedarme allí parado y escuchar cómo otro hombre lo hacía; ni siquiera mi mejor amigo.

—¡No digas eso de ella! —grité.

—¡Bah! ¡Me enfermas con tanta palabrería! ¡La llamaré por el nombre que se merece!

—¿Ah, sí? —dije, quitándome la chaqueta—. ¡Mira Jim Horscroft; si dices una sola palabra más contra ella, te voy a estrangular, así fuese tan grande como el castillo de Berwick! ¡Tú haz la prueba!

Se remangó la chaqueta hasta los codos, sólo para luego bajársela lentamente.

—¡No seas tonto, Jock! —dijo—. Esto sí que es tragar con carros y carretas. Dos viejos amigos no deben pelearse por... bueno, no lo voy a decir. ¡Pero por Dios que tiene buen cuajo ésta!

Me di la vuelta y allí estaba ella, ni a veinte metros de nosotros, mirándonos tan gentil, tranquila y plácidamente como encendidos y enfebrecidos estábamos nosotros.

—Estaba cerca de casa —dijo— cuando vi a dos chicos discutiendo acaloradamente, así que me volví para saber qué estaba pasando.

Horscroft se adelantó y la tomó por la muñeca. Ella lanzó un gritito a la vista de su rostro, pero él la arrastró hasta donde yo me hallaba.

—Ahora, Jock, ya ha habido suficientes payasadas —dijo—. Aquí la tenemos. ¿Quieres que veamos si miente? No podrá engañarnos a los dos a la vez.

—Estoy de acuerdo —convine.

—Y yo. Si te elige a ti, te juro que nunca volveré a mirarla. ¿Estás dispuesto a hacer lo mismo?

—Lo estoy.

—¡Entonces veamos! Los dos somos hombres de bien, y amigos y no nos contamos mentiras entre nosotros, y hemos descubierto tu doblez. Sé lo que le dijiste anoche. Jock sabe lo que me has dicho hoy. ¿Me entiendes? ¡Y ahora alto y claro! Aquí estamos delante de ti; de una vez por todas. ¿Con quién estás, con Jock o conmigo?

Podría haberse pensado que la mujer se hubiera visto abrumada por la vergüenza; pero, en vez de eso, sus ojos comenzaron a brillar de alegría y juraría que aquél fue el momento culminante de su vida. Mientras ella miraba de uno a otro rostro, con el frío sol de la mañana brillando en su rostro, pensé que nunca la había visto más hermosa. Jim sintió lo mismo, estoy seguro, ya que le soltó la muñeca y sus duros rasgos se suavizaron un tanto.

—¡Vamos, Edie! ¿Qué decides? —le pregunté.

—¡Chicos malos, que me ponen en esta tesitura! —gritó—. Primo Jack, sabes cuánto te quiero.

—¡Pues entonces vete con él! —dijo Horscroft.

—Pero yo amo a Jim. No hay nadie a quien quiera como a Jim.

Se acurrucó contra él y dejó reposar su mejilla en su pecho.

—¡Ya ves, Jock! —dijo él mirando por encima del hombro.

Lo veía y me volví a West Inch, convertido en un hombre muy distinto al que había salido de allí.

CAPÍTULO V

El hombre del mar

En fin, que yo nunca he sido de los que se paran a llorar por los cacharros rotos, y lo mejor que podía hacer uno era no darle más vueltas al asunto. Estuve dolido unas cuantas semanas, eso es cierto, cosa que ahora, después de tantos años y con un matrimonio feliz a cuestas, me llena de vergüenza al pensar en ello. Pero puse al mal tiempo buena cara y, sobre todo, mantuve la promesa que hice ese día en la ladera. Fui como un hermano para ella, y sólo eso; aunque había veces que tenía que contenerme, ya que aun en esas circunstancias se me acercaba con sus modales reposados, y con historias acerca de lo rudo que era Jim, y cuán feliz le hacía que yo me mostrase gentil con ella; porque llevaba en la sangre esa manera de hablar, y no había nada que hacer al respecto.

Pero Jim y ella eran felices la mayor parte del tiempo. Se corrió el rumor, por el condado, de que iban a casarse no bien se graduase, y venía a visitarla a West Inch cuatro veces por semana. Mis padres se congratulaban de ello, y yo trataba de hacerlo también.

Pudiera ser que al principio hubiera cierta frialdad entre él y yo, pero no pudo vencer a la vieja camaradería de la infancia. Así que, una vez pasado el primer golpe, me pareció que Jim había obrado de manera abierta y que no tenía motivo alguno para guardarle rencor. Por tanto, volvimos a ser amigos y, en lo que a él respecta, había olvidado cualquier resquemor y hubiera besado las huellas que ella dejaba en el barro. Solíamos dar largas caminatas juntos, él y yo, y es acerca de uno de tales paseos de lo que voy a hablarles ahora.

Habíamos rebasado los brezales de Bramston y bordeábamos el bosquecillo de abetos que servía a la finca del comandante Elliot de pantalla contra el viento marino. Era ya primavera y la estación venía adelantada, ya que los árboles mostraban tanto follaje como si estuviéramos a finales de abril. Era un día cálido y soleado, y nos llevamos una gran sorpresa al ver que

un gran fuego rugía en los pastizales situados en la parte delantera de la casa. Habían echado medio abeto a esa hoguera y las llamas eran tan altas como las ventanas de los dormitorios. Jim y yo nos quedamos mirando, pero más atención nos llamó aún el ver al comandante con una jarra de un galón en la mano, y pegadas a sus talones a su vieja hermana, que era la que le llevaba la casa, y dos de las doncellas, los cuatro dando brincos en torno al fuego. Era un hombre tranquilo y reposado, como todo el condado sabía, y ahí le teníamos, semejante al diablo en el Aquelarre, renqueando alrededor de las llamas y agitando su jarra por encima de la cabeza. Nos acercamos corriendo y él la blandió con más fuerza aún al vernos llegar.

—¡La paz! —bramó—. ¡Hurra, chicos! ¡La paz!

Y entonces fue cuando nosotros dos nos pusimos también a bailar y gritar, ya que había sido una guerra agotadora, que llegaba hasta donde alcanzaba nuestra memoria; la sombra nos había amenazado durante mucho tiempo, y resultaba prodigiosa la sensación de que por fin nos habíamos librado de ella. Lo cierto es que costaba creerlo, pero el comandante se rió con desdén de nuestras dudas.

—Sí, sí, es verdad —gritó, deteniéndose con las manos en los costados—. Los aliados han tomado París y Napoleón ha tirado la toalla; su pueblo jura ahora lealtad a Luis XVIII.

—¿Y el emperador? —pregunté—. ¿Qué van a hacer con él?

—Dicen que le van a mandar a Elba, donde no podrá seguir intrigando. Pero hay oficiales suyos que no se van a escapar tan de rositas. Se han acumulado acciones durante estos últimos veinte años que no deben ser olvidadas. Hay unas cuentas que ajustar. ¡Pero ha llegado la paz! ¡La paz!

Y se fue una vez más, con su gran pichel, a brincar en torno a su gran fogata.

En fin, que nos quedamos algún tiempo con el comandante, y luego nos fuimos a la playa, Jim y yo, hablando acerca de estas grandes noticias y de lo que nos iban a traer. Él sabía poco y yo menos, pero juntamos ese poco que sabíamos y hablamos de cómo bajarían los precios, de cómo nuestros valientes soldados regresarían, de cómo los buques volverían a navegar como en época de paz, y de cómo podríamos dismantelar las hogueras costeras, ahora que ya no había enemigo que temer. Así que fuimos charlando mientras paseábamos por la arena limpia y dura, al tiempo que mirábamos al mar del norte. ¡Cuán poco podía imaginar Jim en ese momento, mientras caminaba a mi lado tan lleno de salud e ilusiones, que había alcanzado el cénit de su vida y que, de esa hora, en adelante, en verdad, todo iba a ser para él cuesta abajo!

Flotaba una tenue bruma sobre el mar, ya que había habido nieblas durante primera hora de la mañana, aunque ya el sol las había ido disipando. Mientras mirábamos al mar, vimos de repente cómo un bote de vela surgía de entre las brumas y se acercaba dando cabezadas hacia tierra. Un solo hombre manejaba el velamen y el bote daba tales bordadas que era de suponer que no sabía muy bien dónde estaba tierra. Al final debió de decidir que era en donde nosotros estábamos y enfiló en nuestra dirección, de forma que la quilla de su embarcación fue a varar a nuestros pies mismos. Soltó la vela, saltó y lanzó los remos a la playa.

—Supongo que esto es la Gran Bretaña —dijo, girándose con brío para encararse con nosotros.

Era un hombre algo más alto que la media, aunque muy delgado. Sus ojos, de mirada penetrante, estaban muy juntos, y tenía una nariz larga y afilada que nacía justo entre los mismos, y debajo de ella un mostacho tan recio y rígido como los bigotes de un gato. Iba bien vestido, con un traje marrón de botones de latón, y llevaba botas muy castigadas y sucias por el agua de mar. Su rostro y manos eran tan oscuros como los de un español, pero cuando nos saludó destocándose pudimos ver que la parte superior de su frente era bastante clara, y que sólo más abajo estaba moreno. Paseó la mirada entre nosotros, y sus ojos grises tenían una luz que yo nunca antes había visto en nadie. Su pregunta era normal, pero detrás de las palabras parecía esconderse una amenaza, como si la respuesta que pudiera recibir fuese un derecho que se le debía y no un favor.

—¿Esto es Gran Bretaña? —preguntó de nuevo, golpeteando con su pie contra los guijarros.

—Sí —le respondí, mientras Jim se echaba a reír.

—¿Inglaterra? ¿Escocia?

—Escocia. Pero Inglaterra está más allá de esos árboles.

—*Bon!* Ya sé dónde estoy ahora. Me he encontrado metido en la niebla sin una brújula siquiera, durante tres días, y ya creía que no iba a volver a ver tierra jamás.

Hablaba inglés con bastante soltura, aunque se le escapaban extraños giros de vez en cuando.

—¿De dónde ha salido usted? —le preguntó Jim.

—De un buque que ha naufragado —explicó con brevedad—. ¿Qué ciudad es aquélla?

—Ésa es Berwick.

—¡Ah! Bueno, tengo que recuperar fuerzas, antes de seguir mi camino.

Se giró hacia el bote y al hacerlo se tambaleó, y hubiera caído de no agarrarse a la proa. Se sentó en la misma y miró a su alrededor con un rostro enrojecido, y dos ojos que ardían como los de las bestias salvajes.

—*Voltigeurs de la Garde!* —bramó con voz semejante a un toque de trompeta; y de nuevo—. *Voltigeurs de la Garde!*

Agitó el sombrero por encima de la cabeza y de repente se fue de cara a la arena, y allí se quedó tirado, convertido en un pequeño montón pardo.

Jim Horscroft y yo nos quedamos mirando el uno al otro. La llegada de aquel hombre, así como sus preguntas, habían sido tan extrañas, y luego ese súbito suceso. Le cogimos cada uno por un brazo y le dimos la vuelta. Allí le teníamos con su nariz prominente y su bigote de gato, pero los labios estaban descoloridos y su aliento apenas hubiera hecho agitar una pluma.

—¡Se está muriendo, Jim! —grité.

—Sí, de hambre y de sed. No hay ni una gota, ni una miga, en el bote. Puede que lleve algo en el morral.

Se adelantó y echó mano a una bolsa de cuero negro, que era lo único que contenía el bote, aparte de un gran abrigo azul. Estaba cerrada, pero Jim la abrió en un instante. Estaba medio llena de monedas de oro.

Ninguno de los dos había visto tanto antes; no, ni siquiera la décima parte. Debía de haber centenares de brillantes soberanos británicos recién acuñados. Nos quedamos tan anonadados que incluso nos olvidamos de su dueño, hasta que un gemido nos hizo recordarle. Sus labios se habían vuelto aún más azules y se le había descolgado la mandíbula. Pude ver su boca abierta ahora, que mostraba una fila de dientes lobunos y blancos.

—¡Por Dios! ¡Éste se nos va! —gritó Jim—. Corre, corre como al arroyo, Jock, a por un sombrero de agua. ¡Rápido, hombre, que se nos va! Voy a aflojarle las ropas mientras tanto.

Salí a escape y antes de un minuto estaba de vuelta, con tanta agua como podía acarrear en mi gorra Glengarry. Jim había abierto la chaqueta y camisa del hombre; le rociamos de agua, y luego le hicimos trasegar unas gotas. Mejor efecto no pudo tener, ya que, después de una o dos boqueadas, se sentó y frotó lentamente los ojos, como hombre que despierta de un largo sueño. Pero ni Jim ni yo mirábamos ahora a su rostro, ya que nuestros ojos se habían quedado clavados en su pecho descubierto.

Había dos círculos rojos oscuro en él mismo, uno justo debajo de la clavícula y el otro a medio camino en el lado derecho. La piel era extremadamente blanca hasta la línea morena del cuello y los desagradables círculos arrugados resaltaban con mayor vividez contra la misma. Desde

arriba, pude ver que había un círculo en la espalda, correspondiendo a uno de los lugares, pero no en el otro. Inexperto como era, supe enseguida qué era aquello. Había recibido dos balas en el pecho, una de las cuales le había traspasado, mientras que la otra se le había quedado dentro.

Pero él se puso con rapidez en pie, tambaleándose, y se cerró la camisa, al tiempo que lanzaba una rápida mirada de sospecha.

—¿Qué me ha pasado? —dijo—. He perdido el sentido. No recuerdo nada de lo que he dicho. ¿He gritado?

—Sí; gritó algo justo antes de desmayarse.

—¿Y qué es lo que he gritado?

Se lo repetí, aunque poco significaba para mí. Nos miró con dureza, antes de encogerse de hombros.

—Son las palabras de una canción —se explicó—. Bueno, la pregunta es: ¿qué es lo que voy a hacer ahora? ¿De dónde habéis sacado el agua?

Le señalé el arroyo y se fue tambaleando hasta la orilla. Se echó de bruces y estuvo bebiendo hasta que pensé que iba a reventar. Su larga garganta flaca deglutía como la de un caballo y hacía gran ruido de succión con los labios. Por último, lanzó un gran suspiro y se secó el bigote con la manga.

—Esto es otra cosa —dijo—. ¿Tenéis algo de comer?

Me había echado dos pedazos de torta de avena al bolsillo antes de salir de casa, y, cuando se los entregué, se los tragó literalmente. Después de eso cuadró los hombros, sacó pecho y se palmeó las costillas.

—No les quepa duda de que les recompensaré con largueza —dijo—. Han sido de lo más amables con un desconocido. Aunque veo que ya han tenido ocasión de abrir mi saco.

—Lo hicimos esperando encontrar vino o *brandy*, cuando se desmayó.

—¡Ah! Ahí no llevo más que mis... ¿cómo dicen ustedes?... mis ahorrillos. No hay mucho, lo suficiente como para permitirme vivir con holgura hasta que encuentre alguna ocupación. Ahora uno puede vivir con tranquilidad, debo decir. ¿Podría haber llegado a un lugar más pacífico, con todo lo más algún *gend'arme* en la vecindad?

—Aún no nos ha dicho quién es usted, de dónde viene ni por qué está aquí —dijo Jim sin rodeos.

El forastero le miró de arriba abajo con ojo crítico:

—A fe mía que harías un buen granadero de una compañía de flanqueo —dijo—. En cuanto a su pregunta, no me molestaré puesto que la hace usted; ya que tienen derecho a hacerla, dado que me han recibido con tan gran cortesía. Me llamo Bonaventure de Lapp. Soy soldado y vagabundo de profesión, y vengo de Dunkirk, como puede ver por el nombre del bote.

—Creí que era usted un náufrago —le dije.

Pero él me miró con la mirada abierta de un hombre honrado.

—Y así es —dijo—. Pero el buque estaba matriculado en Dunkirk, y éste es uno de sus botes. La tripulación se largó en el grande y lo hicieron tan rápido que no tuve tiempo de embarcar. Eso fue el lunes.

—Y hoy es jueves. Ha estado usted tres días sin comer ni beber.

—Mucho tiempo —repuso—. Alguna vez he pasado por eso un par de días, pero nunca tanto tiempo. Bueno, dejaré el bote aquí y veré si puedo encontrar acomodo en alguna de esas casitas grises de la colina. ¿Qué es aquel gran fuego que arde allá?

—Es uno de nuestros vecinos, que sirvió en la guerra contra los franceses. Está festejando que se haya firmado la paz.

—¡Oh! ¡Tienen un vecino que ha sido también soldado! Me alegro, porque yo también he estado sirviendo aquí y allá.

No parecía alegre, sino que sus cejas se curvaban sobre sus ojos inquisitivos.

—¿Es usted francés, no? —le pregunté según íbamos por la colina juntos, él con su saco negro en la mano y el largo abrigo azul sobre los hombros.

—Bueno, alsaciano —dijo—; ya saben, más alemán que francés. He estado en tantos lugares que me siento como en casa en cualquier sitio. He viajado mucho; por cierto, ¿dónde podría encontrar alojamiento?

Apenas puedo expresar ahora, al mirar atrás, con treinta y cinco años de por medio, la impresión que causó en mí aquel hombre singular. Me perturbaba, creo, y sin embargo también me resultaba fascinante, ya que había algo en su porte, en su aspecto, y sobre todo en su forma de hablar, que le hacían por completo distinto a cualquiera que hubiera conocido antes.

Jim Horscroft era un tipo gallardo y el comandante Elliot bizarro, pero a ambos les faltaba algo que tenía ese vagabundo. Era la mirada alerta, el relampagueo de la mirada, una indescriptible distinción difícil de precisar. Y además le habíamos salvado cuando yacía boqueando sobre los guijarros, y uno siempre guarda un sentimiento especial para aquéllos a los que alguna vez ha ayudado.

—Si se viene conmigo —le dije—, sin duda alguna podremos darle una cama para una o dos noches, y en ese tiempo podrá ser más capaz de hacer sus propios apaños.

Se quitó el sombrero y me hizo una reverencia que tenía toda la gracia que uno pueda imaginar. Pero Jim Horscroft me tiró de la manga, para llevarme a un aparte.

—¿Estás loco, Jock? —susurró—. Ese tío es un vulgar aventurero. ¿Por qué quieres mezclarte con él?

Pero yo era terco como una mula y esa actitud era la mejor forma de hacerme empecinar.

—Es un forastero y tenemos que ser hospitalarios —le dije.

—Lo lamentarás —me replicó.

—Bien pudiera ser.

—Ya que no piensas en ti mismo, piensa en tu prima.

—Eddie sabe cuidarse de sí misma.

—¡Bueno, pues que el diablo te lleve, haz lo que te venga en gana! —gritó, dejándose llevar por uno de sus repentinos ataques de rabia. Se volvió por el camino que llevaba a la casa de su padre, sin una palabra de despedida hacia ninguno de nosotros dos.

Bonaventure de Lapp me sonrió mientras seguíamos nuestro camino.

—Me parece que no le caigo muy bien —dijo—. Puedo ver que la disputa ha venido porque usted ha decidido llevarme a su casa. ¿Qué es lo que supone? ¿Creerá que he robado el oro de mi saco? ¿O qué teme?

—Bueno, ni lo sé ni me importa —contesté—. Ningún forastero pasa por nuestra puerta sin un bocado y una cama.

Con la cabeza bien alta y sintiéndome como si hiciera algo verdaderamente noble, en vez de ser el más redomado idiota al sur de Edimburgo, seguí por el camino junto a mi nuevo conocido, codo con codo.

CAPÍTULO VI

Un águila vagabunda

Mi padre pareció compartir la opinión de Jim Horscroft, ya que el recibimiento que dispensó a su nuevo invitado distó mucho de ser cálido, y le miró arriba y abajo con ojos inquisitivos. Le sacó un plato de arenques en vinagre, no obstante, y me percaté de que sus recelos aumentaban aún más cuando mi compañero se comió nueve, ya que nuestra ración ordinaria era de dos. Al acabar, los párpados se le cerraban a Bonaventure de Lapp, ya que dudo que, durante esos tres últimos días, hubiera dormido más de lo que comió. Era una pobre alcoba a la que le conduje, pero él se arrojó sobre el lecho, se arropó con el abrigo azul y se quedó dormido al instante. Roncaba alto y fuerte y, como mi habitación estaba al lado de la suya, tuve motivos sobrados para recordar que había un extraño en la casa.

Al llegar la mañana, descubrí que me había ganado por la mano, ya que estaba sentado enfrente de mi padre, en la mesa junto a la ventana de la cocina, las cabezas de ambos casi tocándose y con un pequeño montón de monedas de oro entre los dos. Al llegar yo, mi padre volvió hacia mí la vista y en sus ojos detecté un brillo de avaricia como nunca antes viera. Cogió las monedas con garra ansiosa y se las echó al bolsillo.

—Muy bien, señor —dijo—. La habitación es suya y el pago se hará siempre el tercero de cada mes.

—¡Ah! Aquí está mi primer amigo —gritó De Lapp, tendiéndome la mano con una sonrisa que era amistosa y que aun así tenía ese toque de superioridad que un hombre usa al sonreír a su perro—. Soy de nuevo yo mismo, gracias a esa excelente cena y al reposo de una noche. ¡Ay! Es el hambre lo que más le quita el coraje a un hombre. Eso sobre todo, y luego el frío.

—Sí, eso es cierto —dijo mi padre—. Yo he estado en los pantanos, en mitad de una ventisca de nieve, durante treinta y seis horas, y sé lo que es eso.

—Yo una vez vi a tres mil hombres morir de hambre —apuntó De Lapp, tendiendo las manos al fuego—. Un día tras otro adelgazaban, más y más, hasta quedarse como monos, y se acercaban al borde de los pontones donde los teníamos encerrados, y aullaban de rabia y dolor. Los primeros días, sus aullidos se oían en toda la ciudad, pero después de una semana, nuestros centinelas en la orilla no podían oírles, de tan débiles que estaban.

—¡Y murieron! —exclamé.

—Duraron mucho tiempo. Eran granaderos austríacos, del cuerpo de Starowitz, hombres robustos, tan altos como tu amigo de ayer; pero cuando la ciudad cayó había no más de cuatrocientos vivos y uno podía cargar con tres de ellos a la vez, como si fueran monitos. Fue una pena. ¡Ah! Amigo mío, haga el favor de presentarme a la señora y la señorita.

Ésas eran mi madre y Edie, que acababan de entrar en la cocina. No las había visto la noche anterior, pero ahora todo lo que pude hacer fue esconder el rostro mientras le observaba; porque en vez de nuestro familiar cabeceo escocés, realizó una reverencia que era como el salto de una trucha, adelantó su pie y se puso la mano en el corazón, en la forma más extraña. Mi madre le quedó mirando, ya que pensó que se estaba burlando de ella; pero la prima Edie se rindió a él en un instante, como si creyese que aquello era un juego, y realizó a su vez una gran reverencia, hasta que tuve la sensación que ella se iba a caer sentada en mitad del suelo de la cocina. Pero no, porque era liviana como una pelusa, y luego todos juntos atacamos los bollos con mantequilla, la leche y las gachas.

Tenía un don especial aquel hombre. Si tuviéramos que imitarle, Jim Horscroft o yo, quedaríamos como tontos, y las chicas se hubieran reído de nosotros; pero en él parecía cuadrar con su rostro y su forma de hablar, ya que cuando se dirigía a mi madre o a la prima Edie —y nunca se mostraba remiso a hablar—, lo hacía siempre con una reverencia y una mirada como si se disculpase por lo que iba a decir; y cuando le respondían, ponía cara de creer que estaba obligado a atesorar cada palabra, y a recordarla para siempre. Y aun así, cuando se humillaba delante de una mujer, había una especie de orgullo en el fondo de sus ojos, como si tratase de decir que era sólo respecto a ellas que se mostraba tan sumiso, y que podía llegar a ser de lo más duro llegada la ocasión. En lo tocante a mi madre, resultaba prodigiosa la manera en que sabía apaciguarla, y al cabo de media hora ella le estaba hablando ya acerca de su tío, que era cirujano en Carlisle, el hombre más alto por su parte de la familia. Le habló sobre la muerte de mi hermano Rob, al que nunca le había oído mencionar a nadie antes, y él la miraba como si estuviese al borde

de las lágrimas... ¡él, que acababa de mencionar cómo había visto a tres mil hombres morir de inanición! En cuanto a Edie, no dijo mucho, pero lanzaba ojeadas inquisitivas a nuestro visitante, y una o dos veces se le quedó mirando inquisitivamente.

Cuando él se marchó a su cuarto, tras el desayuno, mi padre sacó ocho libras de oro y las puso en la mesa.

—¿Qué te parece esto, Martha? —dijo.

—Así que has vendido por fin los dos carneros negros.

—No; es el alquiler de un mes por alojamiento y comida del amigo de Jock, y nos dará así cada cuatro semanas.

Sin embargo, mi madre agitó la cabeza al escucharle.

—Dos libras a la semana es una barbaridad —dijo— y no me parece bien que exprimamos a ese pobre caballero aprovechándonos de su necesidad.

—¡Vamos! —gritó mi padre—, puede permitirse el gasto, y más con un saco lleno de oro. Además, fue él quien fijó el precio.

—Ese dinero no nos traerá nada bueno —dijo ella.

—¡Ya veo, mujer, que te ha seducido con su palabrería de extranjero! —clamó mi padre.

—Pues sí, y no sería mala cosa que los escoceses aprendieran un poco de esos modales —le replicó ella, y fue la primera vez en toda mi vida que escuché replicarle.

El extranjero volvió pronto y me preguntó si quería salir con él. Cuando nos vimos a la luz del sol, me tendió una pequeña cruz hecha de piedras preciosas rojas; una de las cosas más valiosas que yo había visto en toda mi vida.

—Es de rubíes —dijo— y la conseguí en Tudela, en España. Eran dos iguales, pero la otra se la di a una chica lituana. Me gustaría que la guardase como recuerdo, en gratitud por la gran amabilidad que mostró conmigo ayer. Sería un excelente alfiler de corbata.

No pude sino darle las gracias por el regalo, que era de más valor que cualquier otra cosa que hubiera tenido antes en mi vida.

—Tengo que subir a los páramos superiores, a hacer el recuento de corderos —le dije—. ¿Le apetece acompañarme y conocer algo del condado?

Dudó por un instante, antes de agitar la cabeza.

—Tengo que enviar algunas cartas de forma bastante urgente. Creo que me quedaré en casa y las escribiré.

Durante toda la mañana me dediqué a vagabundear por los pastizales, y no se sorprenderán si les digo que, con la mente, volvía una y otra vez a ese

extraño personaje al que la suerte había llevado a nuestra puerta. ¿De dónde había sacado ese estilo, esas dotes de mando, esa amenaza altanera que brillaba en el fondo de sus ojos? Y en cuanto a esas experiencias a las que se refería con tanta ligereza, ¡qué maravillosa tenía que haber sido la vida que le había puesto en trance de vivirlas! Se había comportado con nosotros con gentileza y con buenas palabras, pero, aun así, no conseguía sacudirme el disgusto que sentí al verle por primera vez. Quizá, después de todo, Jim Horscroft tenía razón al decir que me equivocaba llevándole a West Inch.

Cuando regresé, se comportaba como si hubiera nacido y crecido en casa. Se sentaba en una gran mecedora, con el gato negro en las rodillas. Tenía los brazos extendidos, con una madeja de estambre que mi madre estaba enrollando con paciencia. La prima Edie estaba sentada cerca, y por sus ojos puede ver que había estado llorando.

—¡Hola, Edie! —dije—. ¿Qué te pasa?

—¡Ah! La señorita, como mujer buena y de verdad que es, tiene el corazón sensible —respondió él—. No creí que fuera a conmovérla tanto, de lo contrario me hubiera callado. Le he estado hablando de los sufrimientos que pasaron algunas tropas al cruzar las montañas de Guadarrama en el invierno de 1808, porque es un tema del que algo sé. ¡Ah! Sí, fue muy muy duro, porque eran buenos hombres y buenos caballos. Era extraño ver a los hombres caer por los precipicios, arrastrados por el viento, pero el suelo era muy resbaladizo y no había nada a que agarrarse. Así que las compañías se cogían del brazo y lo pasaban mejor de esa manera; pero un artillero se dejó su mano dentro de la mía, ya que se le había congelado después de tres días de helada.

Me le quedé mirando con la boca abierta.

—Tampoco los granaderos, que no estaban tan activos como de costumbre, podían soportar aquello, pero si se demoraban los campesinos les capturarían para crucificarles en la puerta de un granero, y encender fuego bajo sus pies; un destino penoso para tan buenos soldados. Por eso, cuando no podían seguir, hacían algo de lo más curioso, ya que se sentaban y rezaban sus oraciones, apoyados en una vieja silla de montar o en la mochila, y luego se quitaban las botas y las medias, y apoyaban la barbilla en el cañón del mosquete. Ponían el dedo gordo del pie en el gatillo y ¡pum! Se acabó: ya no más desfiles para esos granaderos. ¡Sí, fueron muy duras aquellas montañas del Guadarrama!

—¿Qué ejército era ése? —quise saber.

—¡Oh!, he servido en tantos que a veces se mezclan mis recuerdos. Sí, he presenciado muchas guerras. Y, por cierto, he visto luchar a vuestros escoceses, y son unos mozos recios, pero pensé que todo el mundo vestiría aquí ésas, ¿cómo se dice?, faldas.

—Eso son *kilts*, y sólo se usan en las Highlands.

—¡Ah! Las montañas. Pero veo a un hombre allí. Quizá sea uno de los que, según me dijo su padre, podría llevar mis cartas a la estafeta.

—Sí, es el mozo del granjero Whitehead. ¿Quiere que se las dé yo?

—Gracias, supongo que las cuidará más si las recibe de su mano.

La sacó de su bolsillo y me la entregó. Me fui con ligereza en aquella dirección y, al hacerlo, mis ojos se posaron en la dirección escrita en la parte de arriba. Habían escrito con letras grandes y legibles:

ÀS.MAJESTÉ
LE ROI DU SUÈDE,
STOCKHOLM.

No sé mucho francés, pero sí lo bastante como para entender eso. ¿Qué clase de águila era esta que se había posado en nuestro humilde nido?

CAPÍTULO VII

La torre de Corriemuir

Bueno, me resultaría fatigoso, y también a ustedes, que tratase de contarles cómo fue nuestra vida a partir de la llegada de ese hombre bajo nuestro techo, o la forma en que gradualmente se fue ganando el afecto de todo el mundo. Eso fue bastante rápido con las mujeres, pero no tardó en deshacer las prevenciones de mi padre, cosa que no era nada fácil, y se ganó tanto la buena voluntad de Jim Horscroft como la mía. La verdad es que, a su lado, nos sentíamos como niños grandes, ya que había estado en todas partes y lo había visto todo; y podía suceder que cualquier tarde se pusiera a hablar en su inglés peculiar, haciendo desaparecer aquella sencilla cocina y la pequeña casa de campo, para arrastrarnos a lo largos de las cortes, los campamentos, los campos de batalla y los prodigios del mundo entero. Horscroft se había mostrado hosco con él en un principio; pero De Lapp, con su tacto y modales desenvueltos, pronto le hizo cambiar de opinión, hasta ganarse su voluntad, de forma que Jim se sentaba con la mano de la prima Edie en la suya, y los dos se perdían en sus relatos. No les contaré nada de todo eso; pero incluso ahora, después de tanto tiempo, puedo seguir el hilo de cómo, semana a semana, mes a mes, de palabra y actos, fue llevándonos a donde él quería.

Una de las primeras cosas que hizo fue regalar a mi padre el bote en el que había llegado, reservándose can sólo el derecho de recuperarlo si le fuera necesario. Abundaron los arenques en la costa ese otoño, y mi tío, antes de morir, nos había enviado un buen equipo de redes, por lo que aquel regalo nos resultó de gran valor. A veces, De Lapp salía solo en el bote, y yo vi cómo, durante todo un día de verano, remaba lentamente arriba y abajo, y se detenía a cada media docena de paladas para arrojar una piedra atada al extremo de un cabo. No podía ni imaginar qué estaba haciendo, hasta que él me lo contó por propia iniciativa.

—Me gusta estudiar todo lo que tiene que ver con el arte militar —manifestó—, y nunca pierdo una oportunidad de indagar; y me estoy

preguntando lo difícil que le resultaría al comandante de una tropa desembarcar a sus hombres aquí.

—Si no sopla levante... —dije.

—¡Ah! En efecto, si el viento no sopla de levante. ¿Han realizado sondas aquí?

—No.

—Su escuadra tendría que quedarse fuera, pero hay calado bastante como para que una fragata de cuarenta cañones se acerque a la costa, a una distancia de un tiro de mosquete. Se llenan los botes de soldados y se les despliega detrás de esas dunas, y se regresa luego para desembarcar más, al tiempo que se descarga metralla desde las fragatas, por encima de sus cabezas. ¡Puede hacerse! ¡Puede hacerse!

Sus bigotes estaban ahora más que nunca erizados como los de un gato, y pude constatar, por el relampagueo de sus ojos, que se dejaba arrastrar por la fantasía.

—Olvida usted que nuestros soldados estarían esperándole en la playa —le repliqué lleno de indignación.

—¡Ta, ta, ta! —gritó—. Por supuesto que se necesitan dos bandos para librar una batalla. Veamos entonces: estudiemos la situación. ¿Cuántos soldados pueden reunir ustedes? Puede que veinte o treinta mil. Unos pocos serían regimientos de tropas capaces; en cuanto al resto, ¡bah!: reclutas, burgueses con armas. ¿Cómo les llaman ustedes? ¿Voluntarios?

—¡Unos valientes! —grité.

—Sí; muy valientes, pero imbéciles. ¡Ah, *mon Dieu*, es increíble lo imbéciles que pueden llegar a ser! No sólo ellos, sino todos los bisoños. Tienen tanto miedo de tener miedo que no toman la menor precaución. En España vi cómo todo un batallón de reclutas cargaba contra una batería de diez piezas. ¡Marcharon cuesta arriba, como en un desfile! En aquella ladera, vistos desde donde yo estaba parecían, ¿cómo dicen ustedes en inglés?, parecían una tarta de frambuesa. ¿Qué quedó de nuestro batallón de reclutas? Después llegó otro batallón de bisoños, todos juntos, en tropel, gritando y aullando; ¿pero qué pueden hacer los gritos contra la metralla? Y ahí quedó tumbado nuestro segundo batallón. Luego fue el turno de los cazadores de la guardia, veteranos, a los que se encomendó la toma de la batería; el avance no fue demasiado gallardo, sin columnas, gritos ni bajas, desplegados en líneas sueltas de tiradores y pelotones de apoyo; pero, al cabo de diez minutos, los cañones estaban silenciados y los artilleros españoles hechos pedazos. Hay que aprender la guerra, mi joven amigo, exactamente igual que hay que aprender a cuidar ovejas.

—¡Bah! —repliqué, porque no me gustaba ceder ante un extranjero—. Si tuviéramos treinta mil hombres en esas colinas, lo que más desearían sería tener botes a los que volverse.

—¿En esa línea de colinas? —dijo, mirando a lo largo del borde con un relampagueo—. Sí; si sus hombres conocen el paño, pueden colocar el flanco izquierdo en su casa, el centro en Corriemuir y la derecha a la altura de la casa del doctor, con los tiradores agrupados en el centro. Su caballería, por supuesto, tendría que tratar de atacarnos cuando nos desplegásemos en la orilla. Pero, una vez formados, no tardaríamos en saber qué hacer. Ése es el punto clave, el intervalo. Podría barrerlo todo con mis cañones, luego lanzar

mi caballería, formar la infantería en grandes columnas y toda esa ala se encontraría en grandes apuros. ¿Y dónde estarían vuestros voluntarios, Jack?

—Pisando los talones de vuestra retaguardia —le contesté; y ambos nos echamos a reír con esas risas francas que normalmente daban fin a nuestras discusiones.

Unas veces, cuando hablábamos, tenía la impresión de que estaba de broma, pero otras veces ya no me sentía tan seguro.

Recuerdo muy bien que una tarde de verano, estando él sentado en la cocina, con mi padre, Jim y yo mismo, luego de las mujeres se fuesen a acostar, comenzó a hablar de Escocia y sus relaciones con Inglaterra.

—Ustedes tenían rey propio y leyes propias, redactadas en Edimburgo —dijo—. ¿No les consume la rabia y la desesperación al ver que todo eso viene ahora de Londres?

Jim se sacó la pipa de la boca.

—Nosotros les pusimos rey a los ingleses, así que si alguien debe estar furioso, debieran ser ellos.

Eso le resultó, obviamente, nuevo al extranjero, y le hizo callar por un instante.

—Bueno, porque les dictan las leyes desde allí ahora, y seguro que eso no es bueno —respondió por fin.

—Desde luego que no: sería bueno volver a tener un Parlamento en Edimburgo —dijo mi padre—. Pero estoy demasiado ocupado con mis ovejas, y tengo muy poco tiempo para pensar en esas cosas.

—Son los jóvenes cabales como ustedes dos los que tienen que reflexionar sobre ello —dijo De Lapp—. Cuando un país es ofendido, son los jóvenes los que han de procurar vengarlo.

—¡Sí! Los ingleses se exceden a veces —aceptó Jim.

—Bueno, de haber suficientes hombres que pensasen así, ¿por qué no formar en batallones y marchar sobre Londres? —gritó De Lapp.

—Sería una extraña excursión —dije riendo—. ¿Y quién nos dirigiría?

Saltó con una reverencia, y la mano en el corazón, a su extraña manera.

—¡Yo aceptaría con gusto tal honor! —gritó; y viendo que nos estábamos riendo, comenzó a reírse también, aunque no estoy seguro de que lo hubiese dicho como broma.

Nunca llegué a conocer de cierto su edad, ni tampoco Jim Horscroft. A veces pensábamos que era un hombre mayor de aspecto juvenil, y otras en cambio un joven envejecido. Su cabello castaño, espeso y recio, no necesitaba corte alguno en la parte de arriba, puesto que raleaba en la coronilla,

formando una curva lustrosa. Tenía la piel surcada por un millar de arruguitas, que se entrelazaban una y otra vez, y, como ya he dicho, estaba requemado por el sol. Aun así, era tan ágil como un chaval, y fuerte como barba de ballena, de forma que podía caminar todo el día por las colinas, o remar en la mar, sin fatigarse. Le echábamos entre cuarenta y cuarenta y cinco años, aunque era difícil de entender que hubiera visto tanto en tan poco tiempo. Pero un día que estábamos hablando de edades, nos dio la sorpresa.

Yo acababa de decir que tenía veinte, y Jim que tenía veintisiete.

—Entonces soy el más viejo de los tres —comentó De Lapp.

Nos reímos al escucharle, ya que, según nuestros cálculos, podía ser nuestro padre.

—Pero no tanto —añadió, arqueando las cejas—. Cumplí veintinueve en diciembre.

Y fue ese dato, aún más que su charla, lo que nos hizo comprender que había llevado una vida extraordinaria. Vio nuestro estupor y se echó a reír.

—¡He vivido! ¡He vivido! —gritó—. He sacado buen partido a mis días y mis noches. Mandé una compañía en una batalla, en la que participaron cinco naciones, cuanto tenía catorce años. A los veinte hice palidecer a un rey con las palabras que le susurré al oído. Algo de parte tuve en la tarea de rehacer un reino y poner un nuevo rey en un gran trono, el mismo año que cumplí los dieciocho. *Mon Dieu*, he vivido la vida!

Eso fue lo máximo que le oímos contar de su vida pasada, y se limitó a agitar la cabeza y a echarse a reír cuando tratamos de que contase algo más. Había veces en que llegábamos a la conclusión de que no era más que un impostor, ya que ¿cómo podía un hombre de tanta influencia y talentos estar perdiendo su tiempo en Berwickshire? Pero un día tuvo lugar un incidente que demostró que, en verdad, tenía toda una historia a sus espaldas.

Recordarán que había un viejo oficial de la guerra de España que vivía a no mucha distancia, el mismo que estaba bailando alrededor de la hoguera con su hermana y las dos doncellas. Había ido a Londres para resolver algo tocante a su pensión y su indemnización por herida de guerra, y con la esperanza de que le dieran algún destino, por lo que no volvió hasta últimos de otoño. A los pocos días de su regreso vino a vernos, y puso sus ojos por primera vez sobre De Lapp. Nunca en mi vida vi un rostro tan asombrado, ya que se quedó mirando a nuestro amigo durante un minuto largo, sin decir palabra. De Lapp le devolvió la mirada de igual forma, aunque sin dar señales de reconocerle.

—No sé quién es usted, señor —dijo por último—, pero me mira como si me hubiera visto antes.

—Y así es —respondió el comandante.

—Nunca nos hemos encontrado.

—Le juro que así es.

—¿Dónde?

—En la ciudad de Astorga, en el año ocho.

De Lapp dio un brinco y observó de nuevo a nuestro vecino.

—¡*Mon Dieu*, qué cosas! —gritó—. ¿No era usted el parlamentario inglés? Le recuerdo muy bien, señor. Permítame unas palabras en un aparte.

Se le llevó a un lado y estuvo hablando con él en francés, con gran rapidez, durante su buen cuarto de hora, gesticulando con las manos y explicándole algo, mientras que el comandante agitaba la cabeza entrecana de vez en cuando. Al final parecieron llegar a algún tipo de acuerdo, ya que escuché cómo el comandante decía «*Parole d'honneur*» varias veces, y luego «*Fortune de la guerre*», palabras que pude entender muy bien, lo que es todo un punto a favor de Birtwhistle. Pero, después de eso, me di cuenta siempre de que el comandante ya no usaba sus habituales modales desenfadados al hablar con nuestro inquilino, sino que hacía una reverencia al dirigirse a él, y le trataba con grandes muestras de respeto. Le pregunté al comandante, en más de una ocasión, qué era lo que sabía de él, pero no pude sacarle palabra.

Jim Horscroft volvió a casa para pasar el verano, pero luego se volvió en otoño para las clases de invierno, ya que trataba de esmerarse y sacar su licenciatura en la siguiente primavera, aunque anunció que se tomaría un asueto para Navidad. Así que se produjo una gran escena de despedida entre la prima Edie y él; ya que estaba decidido a colgar la placa y casarse con ella tan pronto como tuviera licencia para ejercer. Nunca vi a un hombre que amase de forma tan ingenua a una mujer, y ella le correspondía hasta cierto punto —porque lo cierto es que no podría encontrar mejor hombre en toda Escocia—; pero, cuando hablaban de casarse, creo que a ella le pesaba que todos sus sueños maravillosos se vieran reducidos a ser la esposa de un cirujano rural. Allí sólo podía elegir entre Jim y yo, y había optado por el mejor de los dos.

Por supuesto, también estaba De Lapp, pero sentíamos que él era de una clase completamente diferente a la nuestra, por lo que no contaba. Nunca tuve la certeza de si a Edie le gustaba o no. Cuando Jim estaba en casa, se fijaba poco en los demás. Cuando éste se marchó, es natural que aquél se relacionase más con ella, ya que podía disponer de más de su tiempo. Una o

dos veces me habló de De Lapp como si no le agradase, y no obstante se mostraba llena de desasosiego si no había vuelto al atardecer, y no había nadie que estuviera tan pendiente de su charla, o tuviese más preguntas que hacerle, que ella. Le hacía describir los atuendos de las reinas, y las alfombras sobre las que caminaban, y cómo llevaban plumas en los sombreros, hasta que yo mismo me asombraba de que pudiera responder a todo eso. Pero él siempre tenía respuesta, y era tan presto y rápido en su contestación, y se mostraba tan ansioso de entretenerla, que me preguntaba cómo podía no gustarle.

Bueno, el verano, el otoño y gran parte del invierno pasaron, y aún éramos muy felices juntos. Llegó el año 1815 y el gran emperador se consumía todavía en Elba, y todos los embajadores se disputaban en Viena la piel del león, ahora que por fin le habían abatido. Y nosotros, en nuestra esquinita de Europa, seguíamos con nuestros apacibles negocios, velando por las ovejas, atendiendo a los juicios sobre ganado en Berwick y cantando por las noches, en torno a los fuegos de turba del hogar. Jamás se nos hubiera ocurrido que todas esas gentes nobles y poderosas pudieran dedicarnos un solo pensamiento y, en lo tocante a la guerra, todos convenían en que la Gran Sombra se había alejado de nosotros para siempre y que, a menos que los aliados comenzasen a disputar entre ellos, no se dispararía un solo tiro en Europa en los siguientes cincuenta años.

Se produjo un suceso, no obstante, que se me grabó a fuego en la memoria. Creo que tuvo lugar hacia febrero de ese mismo año, y tengo que contárselo a ustedes antes de continuar.

Supongo que saben cómo son las fortalezas fronterizas. Son, exactamente, edificaciones cuadradas, levantadas aquí y allá, a lo largo de la frontera contra incursores y guerrilleros. Cuando Percy y sus hombres invadieron las Marcas, la gente se llevó parte de su ganado al patio de la fortaleza, cerró la gran puerta y encendió un fuego en el flamero de lo alto, al que respondieron los de las otras fortalezas, de forma que las luces pasaron en un abrir y cerrar de ojos por las colinas Lammermuir, y llevaron la noticia a las Pentlands y Edimburgo. Pero en aquellos días, por supuesto, todas esas viejas fortalezas tenían los muros combados y ruinosos, y eran buenas para que anidasen los pájaros salvajes. Yo mismo he recogido no pocos buenos huevos en la fortaleza de Corriemuir.

Un día había estado dando un largo paseo, luego de llevar un mensaje al arrendador Armstrongs, que vivía a cuatro kilómetros a este lado de Ayton. Sobre las cinco, justo antes de la puesta del sol, me encontré en el camino de

la colina, viendo el aguilón del tejado de West Inch asomar justo delante de mis ojos, y la vieja fortaleza a mi izquierda. Volví los ojos a esa construcción, que resultaba muy hermosa con el arrebol del sol poniente tiñendo sus muros y el mar azul detrás y, mientras miraba, vi de repente el rostro de un hombre que asomaba, por un instante, por uno de los agujeros del muro.

Bueno, me detuve y me pregunté qué significaba aquello, y qué podía estar haciendo nadie en ese lugar, cuando aún no era época de anidamiento. Resultaba tan extraño que decidí llegar al fondo de la cuestión y, cansado como estaba, di la espalda a mi casa y me acerqué con rapidez a la torre. La hierba llegaba a la base misma del muro e hice muy poco ruido con los pies hasta llegar al ruinoso arco que en otros tiempos albergara la puerta. Eché una ojeada al interior y allí estaba Bonaventure de Lapp, espiando por el mismo agujero a través del que había visto su rostro. Estaba medio vuelto hacia mí, y resultaba claro que no me había visto, ya que observaba en dirección a West Inch. Cuando avancé, mi pie topó con los escombros del portal, y él se giró sobresaltado, para encararse conmigo.

No era hombre al que uno pudiera hacer perder la compostura, y su rostro no cambió más de lo que lo hubiera hecho si me hubiera estado esperando durante un año, pero algo en sus ojos me dio a entender que hubiera dado dinero por colocarme de nuevo en la senda de la ladera.

—¡Hola! —le dije—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Lo mismo podría preguntarle yo a usted —repuso.

—He venido porque he visto su cara en la ventana.

—Y yo porque, como ya sabe, estoy de lo más interesado en todo lo que tenga algo que ver con lo militar y, por supuesto, los castillos lo están. Discúlpeme un instante, mi querido Jack.

Se metió de repente por el agujero del muro, y le perdí de vista.

Pero yo era demasiado curioso como para dejarle escabullirse con tanta facilidad. Avancé con rapidez para ver qué era lo que estaba haciendo. Estaba parado en el exterior, y agitaba frenéticamente la mano, como si hiciera señales.

—¿Qué es lo que está usted haciendo? —grité, y eché a correr para situarme a su altura, para mirar a través de los páramos, a ver si veía a qué hacía señales.

—Va usted demasiado lejos —me respondió malhumorado—. No pensé que se tomase tantas libertades. Un caballero tiene derecho a obrar como más le plazca, sin que venga usted a espiarle. Si quiere que seamos amigos, no se meta en mis asuntos.

—No me gustan los secretos —manifesté—, y a mi padre tampoco.

—Deje usted que su padre hable por sí mismo, aparte de que esto no es ningún secreto —replicó con acritud—. Es su imaginación lo que convierte este asunto en un secreto. ¡Ta, ta, ta! No tengo paciencia para estas tonterías.

Y sin otra despedida que un cabeceo, me dio la espalda y se marchó con rapidez hacia West Inch.

Bueno, le seguí y del peor humor posible, ya que tenía la sensación de que algo ahí olía a podrido, aunque no podía decir qué era. Comencé de nuevo a darle vueltas a todo el misterio que suponía la llegada de aquel hombre, así como a su larga residencia entre nosotros. ¿Con quién esperaba encontrarse en la fortaleza? ¿Era aquel hombre un espía y esperaba a algún compinche para conferenciar con él? Eso era absurdo. ¿Qué podía hacer un espía en Berwickshire? Además, el comandante Elliot lo sabía todo sobre él y no le hubiera mostrado tanto respeto si algo no anduviese bien.

Había llegado a ese punto en mis pensamientos cuando alguien me saludó alegremente, y allí estaba el mismísimo comandante que bajaba por la cuesta rumbo a su casa, con su gran *bulldog* Bounder sujeto de la correa. Ese perro era una criatura salvaje y había causado más de un problema en el condado; pero el comandante le tenía el mayor de los aprecio y nunca salía sin él, aunque le mantenía atado con una gruesa correa. Bueno, pues según estaba yo vuelto hacia el comandante, esperando a que llegase, éste tropezó con su pierna mala sobre una rama de aulaga, y al tratar de mantener el equilibrio, se le escapó la correa, y en un abrir y cerrar de ojos me encontré con que aquella bestia de perro venía corriendo hacia mí.

La situación no me gustó nada, he de decir, ya que no había palo ni piedra al alcance de la mano, y yo sabía que aquella fiera era peligrosa. El mayor la llamaba a gritos y creo que la criatura creyó que la jaleaba a seguir, de furiosa que venía. Yo sabía cómo se llamaba y pensé que eso podría llegar a darme los privilegios del reconocimiento, así que, según se me echaba encima con el pelo erizado y las narices dilatadas entre dos ojos rojos, grité «¡Bounder! ¡Bounder!» a todo pulmón. Surtió efecto, ya que la bestia me rebasó con un bufido, y siguió corriendo por el camino, en pos de Bonaventure de Lapp.

Éste se volvió al oírme gritar, y pareció hacerse cargo de todo el asunto al primer vistazo, pero siguió caminando tan calmado como antes. El corazón se me puso en un puño, temiendo por él, ya que el perro no le conocía, y eché a correr a toda velocidad para intentar apartarle de él. Pero, de alguna forma, al alcanzarle, De Lapp hizo chasquear los dedos y su furia se desvaneció de repente, porque le vimos agitar el muñón de la cola y jugar a sus pies.

—¿Este perro es suyo, comandante? —dijo según su dueño llegaba renqueando—. ¡Ah, un buen animal! ¡Buen chico, buen chico!

El comandante resollaba, ya que había venido corriendo a tanta velocidad como yo.

—Tenía miedo de que le atacase —resopló.

—¡Ta, ta, ta! —gritó De Lapp—. Es un animal bueno y hermoso. Me encantan los perros. Pero me alegra encontrarme con usted, ya que aquí está este caballere, al que tanto debo, y que ha empezado a temerse que yo sea un espía. ¿No es así, Jack?

Me pilló tan de sorpresa que no supe qué responder, sino que enrojecí y les miré receloso, como el paleta que era.

—Usted me conoce, comandante —dijo De Lapp—, y estoy seguro de que le dirá que tal cosa es imposible.

—¡No, no, Jack! ¡Por supuesto que no! ¡Desde luego! —gritó el comandante.

—Gracias —dijo De Lapp—. Usted me conoce y me respalda. Por cierto, confío en que su rodilla esté mejor y que pronto pueda unirse a su regimiento.

—Estoy bastante bien —repuso el comandante—. Pero nunca volveré al servicio activo, a menos que haya guerra, y no habrá más en lo que me queda de vida.

—¿Eso cree? —dijo De Lapp con una sonrisa—. ¡Bueno, *nous verrons!* ¡Ya veremos, amigos míos!

Saludó con el sombrero y, girándose enérgicamente, siguió su camino hacia West Inch. El mayor se quedó mirándole con ojos meditabundos y luego me preguntó qué me había hecho creer que era un espía. Cuando se lo dije, no respondió nada, pero se me quedó mirando como un hombre que le estuviera dando vueltas a algún problema en la cabeza.

CAPÍTULO VIII

La llegada del cúter

Ya no pude albergar los mismos sentimientos por nuestro huésped, luego de aquella pequeña escena de la fortaleza. No podía quitarme de la cabeza la idea de que guardaba algún secreto; de hecho, él mismo era en sí un secreto, dado que siempre tendía un velo sobre su pasado. Y cuando, por algún azar, ese velo se alzaba por un instante, siempre captábamos un atisbo de algo sangriento, violento y terrible al otro lado del mismo. Sólo mirar su cuerpo ya resultaba terrible. Fui a bañarme un día con él, en verano, y pude constatar que estaba marcado por multitud de heridas. Además de siete u ocho cicatrices y cuchilladas, sus costillas, en uno de los costados, estaban hundidas, y había perdido parte de una pantorrilla. Se rió conmisericordioso al ver la cara con la que le miraba.

—¡Los cosacos! ¡Los cosacos! —dijo, pasándose la mano por las cicatrices—. Es mala cosa que te pase por encima un armón de artillería. No pasa lo mismo con la caballería. Un caballo puede elegir dónde pisa, no importa lo rápido que vaya. Me han pasado por encima mil quinientos coraceros y los húsares rusos de Grodno, y no sufrí daño alguno. Pero los cañones son terribles.

—¿Y la pantorrilla? —le pregunté.

—¡Uff! No es más que el mordisco de un lobo —respondió—. ¡Ni podrías imaginarte cómo sucedió! Resulta que mi caballo y yo habíamos quedado muy malparados: mi caballo muerto y yo con las costillas rotas por el armón. Bueno, hacía frío, ¡oh, sí, mucho mucho!, y el suelo era como de hierro, y no había nadie para ayudar a los heridos, que morían congelados en unas posturas que le harían sonreír. Yo también sentí que me iba a helar, así que ¿qué hice? Pues cogí la espada y rajé a mi caballo muerto como buenamente pude, y me hice un hueco dentro del mismo, dejando un pequeño agujero para la boca. *Sapristi!* Se estaba bastante calentito ahí dentro. Pero no tenía espacio para meter todo el cuerpo, así que me dejé parte de las piernas fuera. Luego

por la noche, cuando estaba durmiendo, llegaron los lobos a comerse al caballo y se llevaron también un buen bocado mío, como puedes ver; pero después de eso estuve en guardia, pistola en mano, y no sacaron más tajada de mí, Allí estuve, caliente y cómodo, durante diez días.

—¡Diez días! —grité—. ¿Y qué comió?

—Pues me comí al caballo. Digamos que me sirvió de parada y fonda. Pero, por supuesto, tuve el sentido común de comerme los remos y vivir en el cuerpo. Había muchos muertos alrededor que tenían sus cantimploras encima, por lo que contaba con cuanto pudiera desear. Al decimoprimer día llegó una patrulla de caballería ligera y me rescató.

Conversaciones inesperadas como ésa —que rara vez se repetían—, eran las que arrojaban algo de luz sobre él y su pasado. Pero habría de llegar el día en que lo supiésemos todos sobre él, y ése es el suceso que voy a narrarles.

Fue un invierno duro, pero a la altura de marzo llegaron los primeros signos de la primavera y durante la semana final tuvimos sol y vientos del sur. El día siete, Jim Horscroft tenía que volver de Edimburgo y, aunque el curso acaba el día uno, su examen duraría una semana. Edie y yo salimos a pasear por la orilla del mar el día seis, y yo no podía hablar de otra cosa que no fuera mi viejo amigo, ya que, de hecho, era el único amigo de mí misma edad que tenía en aquella época. Edie estaba muy silenciosa, cosa que resultaba de lo más raro en ella, pero escuchaba sonriente cuanto le contaba.

—¡Pobre Jim! —suspiró una o dos veces—. ¡Pobre Jim!

—Y si aprueba —dije—, entonces colgará su placa de médico y tendrá su propia casa, y nosotros perderemos a nuestra Edie.

Traté de que sonase como una broma y de hablar con ligereza, pero las palabras me quemaban en la garganta.

—¡Pobre Jim! —dijo de nuevo, y hubo lágrimas en sus ojos al decir—. ¡Y pobre Jock! —añadió, posando su mano en la mía mientras caminaba—. ¿Yo también te importaba un poquito, no Jock? ¡Oh, hay un barquito ahí!

Sí que había un primoroso cúter de unas treinta toneladas, y muy veloz a juzgar por el ángulo de los palos y las líneas de la proa. Venía del sur en alas de un foque, trinquete y vela mayor, pero, mientras estábamos mirando, arriando todas sus velas blancas, como una gaviota que plegase las alas, y vimos el chapuzón del ancla justo bajo el bauprés. Debía de estar a menos de un cuarto de milla de la orilla, tan cerca que pudimos distinguir a un hombre con un gorro picudo, parado en la aleta y con un catalejo ante el rostro, con el que recorría de mirada toda la costa.

—¿Qué es lo que pueden estar buscando aquí? —preguntó Edie.

—Son ingleses ricos de Londres —contesté, ya que ésa era la explicación que dábamos en los condados fronterizos a todo cuanto desbordaba nuestra capacidad de comprensión. Pasamos casi una hora observando aquella hermosa nave y luego, mientras el sol se hundía en una nube y refrescaba el aire vespertino, nos volvimos a West Inch.

Si se llega a la granja por la parte de delante, hay que pasar por un jardín bastante raquítico que, mediante un portillo, da a la carretera; el mismo portillo en el que nos quedamos apostados la noche en que encendieron las hogueras de señales; esa misma noche en que vimos a Walter Scott cabalgar rumbo a Edimburgo. A la derecha de esa puerta, en el terreno, hay un jardincillo que fue construido por la madre de mi madre hace muchos años. Lo hizo con piedras gastadas por el agua y conchas marinas, y colocó musgos y helechos entre las grietas. Bueno, pues al atravesar la puerta reparé en ese montón de piedra, y allí había una carta, metida en una rama hendida. Me acerqué a ver qué era, pero Edie se me adelantó a toda prisa y se la metió en el bolsillo.

—Es para mí —dijo, riéndose.

Pero yo me planté delante de ella, mirándola con una cara que le arrancó la risa de los labios.

—¿Qué es eso, Edie? —pregunté.

Hizo un mohín, pero sin articular respuesta.

—¿De quién es esa carta, chica? —grité—. ¿Es posible que hayas sido tan falsa con Jim como lo fuiste conmigo?

—¡Qué rudo eres, Jock! —chilló—. Métete en tus propios asuntos.

—Sólo puede ser de una persona —rugí—. ¡De ese tipo, De Lapp!

—¿Y qué si así fuera, Jock?

La frialdad de la mujer me sorprendió y enfureció aun más.

—¡Lo admites! —bramé—. ¿Es que no tienes vergüenza?

—¿Por qué no habría de recibir cartas de ese caballero?

—Porque es algo infame.

—¿Y por qué?

—Porque es un extraño.

—En absoluto —respondió—. Es mi marido.

CAPÍTULO IX

Los sucesos de West Inch

Puedo recordar ese momento con toda claridad. He oído a otras personas contar que cuando uno recibe un golpe muy grande y repentino es como si se le nublasen los sentidos. Pero no fue eso lo que me ocurrió a mí. Por el contrario, vi, escuché y pensé con mayor claridad que antes. Puedo recordar cómo mis ojos se fijaron en un pequeño pomo de mármol, ancho como mi mano, que estaba incrustado en una de las piedras grises del jardín, y aún tuve tiempo de admirar su moteado delicado. Y, aun así, la expresión de mi rostro debió de ser de lo más extraña, ya que la prima Edie dio un grito y salió huyendo hacia la casa. La seguí y golpeé con los nudillos en la ventana de su cuarto, porque puede ver que era allí donde se había refugiado.

—¡Vete, Jock! ¡Vete! —chilló—. ¡Me vas a regañar! ¡No quiero que me regañes! ¡Vete!

Pero yo seguí dando golpes.

—¡Quiero que tengamos unas palabras!

—¿Qué es lo que pasa? —gritó, levantando la ventana una pizca—. Como empieces a regañarme, cierro.

—¿De verdad te has casado, Edie?

—Sí, es cierto.

—¿Y quién os ha casado?

—El padre Brennan, de la capilla católica de Berwick.

—¿Y tú te llamas presbiteriana?

—Él quería que fuese en una iglesia católica.

—¿Cuándo os casasteis?

—El miércoles pasado.

Recordé entonces que ese día en concreto ella había ido a Berwick, en tanto que De Lapp había salido, según dijo, a dar un largo paseo por las colinas.

—¿Y qué pasa con Jim? —le pregunté.

—¡Oh, Jim me olvidará!

—Le romperás el corazón y arruinarás su vida.

—¡No, no; él me olvidará!

—¡Matará a De Lapp! Ay, Edie, ¿cómo puedes haber traído tanta desgracia y miseria a nuestra casa?

—¡Ya me estás regañando! —chilló, antes de dejar caer la ventana.

Esperé cierto tiempo y di golpes, ya que aún tenía mucho que preguntarle, pero no contestó y creí escucharla llorar. Desistí por último y estaba a punto de entrar en la casa, ya que estaba ya muy oscuro, pero oí el clic del portillo del jardín. Y allí estaba el mismísimo De Lapp.

Viéndole subir por el camino, pensé que debía de estar loco o borracho. Bailaba al caminar, hacía castañetear los dedos, y sus ojos resplandecían como dos fuegos fatuos.

—*Voltigeurs!* —gritaba—. *Voltigeurs de la Garde!* —Tal y como lo hiciera cuando se desmayó, y luego de repente—. *En avant! En avant!* — Llegó agitando su bastón de paseo por encima de la cabeza. Se detuvo en seco cuando me vio mirándole, y podría jurar que se sintió un poco abochornado.

—¡Hola, Jock! —gritó—. Creí que no había nadie por aquí. Esta noche estoy de un humor desbordante, como dirían ustedes.

—¡Ya veo! —repuse, a mi desmañada manera—. Pero no creo que se sienta tan alegre cuando mi amigo Jim Horscroft vuelva mañana.

—¡Ah! ¿Así que regresa mañana? ¿Y por qué no me voy a sentir alegre?

—Porque, sabiendo el genio que tiene, no me cabe duda de que le matará.

—¡Ta, ta, ta! —gritó De Lapp—. Ya veo que se ha enterado de nuestro matrimonio. Edie se lo ha contado. Jim puede hacer lo que le venga en gana.

—Bien nos ha pagado usted nuestras atenciones.

—Amigo mío —contestó—. Para usar sus mismas palabras, les he pagado con creces. He liberado a Edie de una vida indigna de ella y a ustedes les he enlazado, vía matrimonio, con una familia noble. Lo cierto es que tengo que escribir algunas cartas esta noche, así que podemos seguir esta conversación mañana, cuando su amigo Jim esté ya aquí para departir con nosotros.

Se encaminó a la puerta.

—¡Así que era a ella a la que estaba esperando en la Torre! —grité, cayendo de repente en la cuenta.

—¡Me parece, Jock, que tu ingenio se está aguzando! —respondió en tono burlón, y un instante después oí cómo cerraba la puerta de su alcoba y giraba la llave.

Pensé que ya no iba a verle más esa noche, pero unos minutos después entró en la cocina, donde yo estaba sentado con mis padres.

—*Madame* —dijo, inclinándose con la mano en el corazón, según su extraña costumbre—. He recibido toda clase de atenciones por parte de ustedes, y siempre les recordaré. No creo que hubiera sido tan feliz en este tranquilo condado, de no ser por ustedes. Me gustaría que aceptase este pequeño recuerdo y que también usted, señor, cogiese este modesto obsequio, que tengo el honor de ofrecerles.

Depositó dos paquetitos de papel sobre la mesa, delante de ellos, y luego, con tres reverencias más, dirigidas a mi madre, se volvió a su alcoba.

El regalo era un broche, con una piedra verde rodeada por otra docena, más pequeñas y blancas. En nuestra vida habíamos visto algo similar y no sabíamos qué era, aunque más tarde nos dijeron en Berwick que la gran piedra era una esmeralda y las demás diamantes, y que valían mucho más que

todos los corderos que tuvimos esa primavera. Mi querida y anciana madre nos dejó hará un año, pero ese hermoso broche brilla ahora en la garganta de mi hija mayor cuando sale de paseo, y no puedo verlo sin que me vengan a la memoria los ojos agudos, la nariz larga y los bigotes de gato del invitado que tuvimos en West Inch. En lo tocante a mi padre, recibió un hermoso reloj de oro con tapa doble, y anda que no se sintió orgulloso allí sentado, sosteniéndolo en la palma de la mano, aguzando el oído para escuchar su tictac. No sé cuál de los dos se quedó más complacido y, desde luego, no eran capaces de hablar de otra cosa que de los regalos que De Lapp acababa de hacerles.

—Os ha dado algo más —me animé a decir por fin.

—¿Qué, Jock? —preguntó mi padre.

—Un esposo para la prima Edie —dije.

Al principio pensaron que estaba desvariando; pero apenas comprendieron que decía la verdad se mostraron tan orgullosos y complacidos como si les hubiera comunicado que se había casado con el terrateniente. Porque el pobre Jim, que bebía demasiado y era pendenciero, no gozaba de muy buena fama en el condado, y mi madre decía a menudo que nunca llegaría a nada. En cuanto a lo del secreto, los matrimonios secretos eran de lo más comunes en Escocia en esa época, en que sólo se necesitaban unas palabras para hacer de dos personas marido y mujer, y nadie le daba muchas vueltas al asunto. Los viejos se sintieron, pues, tan complacidos como si les hubiesen bajado el alquiler, pero yo me sentía aún dolorido, ya que consideraba que se había cometido una crueldad con mi amigo, y bien sabía que no era hombre que se tragase las cosas.

CAPÍTULO X

El regreso de la Sombra

Desperté a la mañana siguiente con el corazón apesadumbrado, ya que sabía que Jim no podía tardar en regresar, y que iba a ser un día difícil. Pero ni en mis peores momentos podía llegar a suponer la cantidad de problemas que iba a traernos ese día, o lo mucho que iba a alterar nuestras vidas. Pero lo mejor es que se lo cuente todo en el mismo orden en que sucedió.

Me levanté bien temprano ese día, ya que estábamos al comienzo de la época de alumbramiento de corderos, y mi padre y yo solíamos irnos a los páramos apenas despuntar el alba. Al salir al pasillo, sentí el viento en la cara, ya que la puerta de la casa estaba de par en par, y la luz gris dibujaba otra puerta sobre el muro interior. Al mirar de nuevo, vi que la puerta de Edie estaba abierta, y la de De Lapp también, y en un instante comprendí lo que significaban los presentes de la noche pasada. Eran regalos de despedida, y aquellos dos se habían marchado.

Me sentía lleno de una gran amargura contra la prima Edie, al entrar en su cuarto. Pensar que podía dejarnos sin una palabra, o un gesto, por un recién llegado... ¡Y él también! Había estado temiendo lo que pudiera ocurrir cuando Jim se le echase en cara, pero ahora me parecía que había algo de cobardía en cómo rehuía el enfrentamiento. Me sentía furioso, herido y dolorido, y salí sin avisar a mi padre, y me fui por los páramos, sintiendo cómo se me enfriaba el rostro enrojecido.

Según iba hacia Corriemuir llegué a captar un último atisbo de la prima Edie. El pequeño cúter seguía allí donde había anclado, pero había un bote de remos cerca de la orilla. A popa, vi un aleteo de rojo que supe que era su chal. Pude ver cómo el bote llegaba al buque y cómo sus ocupantes subían a cubierta. Luego, el ancla zarpó, las velas blancas se desplegaron una vez más, y la nave se hizo a la mar. Aún veía ese retazo de rojo en cubierta, y a De Lapp a su lado. Ellos también me vieron, ya que mi silueta se recortaba

contra el cielo, y los dos estuvieron agitando las manos durante largo tiempo, aunque al final desistieron, al ver que no les respondía.

Me quedé allí plantado, cruzado de brazos, sintiendo más pesadumbre que nunca antes en mi vida, hasta que el cúter fue sólo un cuadrado blanco que se alejaba entre las brumas matutinas. Era hora de desayunar y las gachas ya estaban sobre la mesa cuando volví, pero no tenía ninguna gana de comer. Mis padres se habían tomado el asunto con bastante tranquilidad, aunque mi madre no escatimó palabras duras para Edie, ya que nunca habían congeniado mucho, y menos en los últimos tiempos.

—Hay una carta para ti —dijo mi padre, al tiempo que señalaba una nota doblada sobre la mesa—. Estaba en su cuarto. A lo mejor quieres leérnosla.

No la habían abierto aunque, todo sea dicho, ninguno de los dos sabía leer muy bien los manuscritos, y apenas se las componían con la letra impresa y grande.

Estaba dirigida, con letras grandes, a «Las buenas gentes de West Inch», y la transcribo literalmente, ya que la tengo aquí delante, toda manchada y ya borrosa:

Amigos míos; no pensaba haberles abandonado de forma tan intempestiva, pero por desgracia tal decisión no estaba en mis manos. El deber y el honor exigen que vuelva junto a mis viejos camaradas. Entenderán esto que les digo antes de que pasen muchos días, sin duda. Me llevo conmigo a Edie, puesto que es mi esposa, y puede que, en tiempos más pacíficos, nos vean regresar a West Inch. Entretanto, tengan por seguro mi afecto, y créanme cuando les digo que nunca olvidaré estos meses tranquilos que he pasado con ustedes, en un momento en que mi vida no hubiera durado ni una semana en caso de haber sido capturado por los Aliados. Pero algún día comprenderán la razón de todo esto.

Suyo,
BONAVENTURE DE LISSAC

*Colonel des Voltigeurs de la Garde, et aide-de-camp de S.M.I,
l'Empereur Napoléon.*

Se me escapó un silbido al llegar a esa última frase, escrita bajo su nombre; ya que, aunque hacía mucho que sospechaba que nuestro invitado no podía ser más que uno de esos prodigiosos soldados de los que tanto habíamos oído

hablar, uno de que se habían abierto paso por todas las capitales de Europa, con excepción de la nuestra, poco podía suponer que bajo nuestro techo se había albergado alguien que era el mismísimo ayudante de campo de Napoleón y coronel de su Guardia.

—Así que De Lissac es su nombre —dije— y no De Lapp. Bueno, coronel o no, es mejor que se haya largado lejos antes de que Jim pudiera echarle el guante. Y se ha ido justo a tiempo —añadí, al echar un vistazo por la ventana de la cocina—. Porque ahí está el susodicho en persona, entrando por el jardín.

Corrí a la puerta, a su encuentro, sintiendo que hubiera dado lo que fuese por tenerle de vuelta en Edimburgo. Venía a toda prisa, agitando un papel sobre la cabeza, y supuse que bien pudiera ser una carta de Edie, y que ya lo sabía todo. Pero cuando se acercó vi que se trataba de un papel grande, recio y amarillo que crepitaba cuando él lo agitaba, y que sus ojos bailoteaban de júbilo.

—¡Hurra, Jock! —gritó—. ¿Dónde está Edie? ¿Dónde está Edie?

—¿Pero qué es eso, hombre? —le pregunté.

—¿Dónde está Edie?

—¿Qué tienes ahí?

—Es mi diploma, Jock. Ya puedo ejercer. Todo arreglado. Quiero enseñárselo a Edie.

—Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella —le dije. En mi vida he visto cambiar a un hombre de expresión tan rápido.

—¡Qué! ¿Qué es lo que quieres decir, Jock Calder? —tartamudeó.

Se le escapó de los dedos, mientras decía eso, su precioso diploma, y allá se fue éste por encima de la valla, dando tumbos por el páramo, hasta que quedó enganchado, aleteando, en un matojo; pero él no le echó ni una mirada. Sus ojos estaban clavados en mí y vi los fuegos del infierno resplandecer en sus profundidades.

—Ella no te merece —le dije.

Me agarró por los hombros.

—¿Qué es lo que has hecho? —susurró—. ¡Esto es alguno de tus tejemanejes! ¿Dónde está?

—Se ha fugado con el francés que se alojaba en casa.

Había estado dándole vueltas a la forma de decírselo con delicadeza, pero siempre fui bastante corto de elocuencia, y no me salió la noticia de otra forma.

—¡Oh! —dijo, y se quedó cabeceando y mirándome, aunque yo bien sabía que no me veía; ni a mí, ni a la casa, ni a nada de nada. Se quedó así durante unos minutos, con los puños cerrados y agitando la cabeza. Luego se le escapó un estertor y habló con una voz seca y rasposa.

—¿Cuándo ha sido eso? —dijo.

—Esta misma mañana.

—¿Se han casado?

—Sí.

Se apoyó en la jamba para no caerse.

—¿Ha dejado algún mensaje para mí?

—Me dijo que debías olvidarla.

—¡El diablo me lleve si lo hago! ¿Adónde se han ido?

—Yo creo que a Francia.

—¿Es su nombre De Lapp?

—Su nombre verdadero es De Lissac, y es nada más y nada menos que un coronel de Napo.

—¡Ah! Entonces estará en París. ¡Bueno! ¡Bueno!

—¡Aguanta, hombre! —grité—. ¡Padre! ¡Padre! ¡Saca el *brandy*!

Le flaquearon las piernas por un instante, pero se había recuperado cuando el viejo llegó corriendo con la botella.

—¡Llévesela! —exclamó.

—Tome un sorbo, Sr. Horscroft —gritó mi padre, tendiéndoselo—. ¡Le tonificará!

Pero él agarró la botella y la envió volando por encima de la valla del jardín.

—¡Eso es bueno para los que quieren olvidar! —dijo—. ¡Pero yo quiero recordar!

—¡Que Dios le perdone ese pecaminoso dispendio! —clamó a grandes voces mi padre.

—¡Y por haber estado a punto de descalabrar a un oficial de la infantería de Su Majestad! —dijo el viejo comandante Elliot, asomando la cabeza por encima de la valla—. No está mal un trago después del paseo matutino; pero me resulta de lo más novedoso el que una botella entera pase rozándome la oreja. ¿Qué es lo que ocurre y por qué están todos ahí como unos mudos en un funeral?

Le puse al tanto del problema con pocas palabras, mientras Jim, con el rostro grisáceo y el ceño fruncido, se recostaba en la jamba. El comandante se

quedó tan cariacontecido como nosotros, ya que apreciaba tanto a Jim como a Edie.

—¡Uh, uh! —dijo—. Me temía algo así desde aquello de la Torre. Es lo que pasa con los franceses. No pueden dejar en paz a las mujeres. Pero por lo menos De Lissac se ha casado con ella, lo cual es un alivio. Sin embargo, no tenemos tiempo ahora de pensar en nuestros pequeños problemas; no mientras toda Europa se sacude de nuevo y tenemos por delante otros treinta años de guerra, nos guste o no.

—¿Pero qué está diciendo, hombre? —inquirí.

—Que Napoleón ha salido de Elba y sus tropas se le han unido, y que el rey Luis ha tenido que escapar. Las noticias han llegado a Berwick esta misma mañana.

—¡Por Dios! —gritó mi padre—. ¡Entonces todo vuelve a estar como antes!

—Sí: creíamos habernos librado de la Sombra, pero ha vuelto. Han ordenado que Wellington salga de Viena rumbo a los Países Bajos, ya que se cree que es por donde va a atacar el Emperador. Soplan malos vientos y nada bueno traerán para nadie. Acabo de recibir la noticia de que tengo que unirme al 71 con el rango de comandante.

Estreché la mano de nuestro buen vecino, ya que sabía que se consideraba un lisiado, sin nada útil que hacer.

—Tengo que unirme al regimiento lo antes posible, porque saldremos de Inglaterra antes de un mes, y puede que estemos en París antes de dos.

—¡Lléveme entonces con usted, por Dios, comandante! —gritó Jim Horscroft—. No me dolerá cargar con un mosquete, si me pone delante de ese francés.

—Joven, me sentiré de lo más orgulloso si sirve bajo mis órdenes —dijo el comandante—. En cuanto a De Lissac, estará donde esté el emperador.

—Usted le conoce —comenté—. ¿Qué puede decirnos de él?

—No hay oficial mejor en todo el ejército francés, y eso son palabras mayores. Dicen que podría haber llegado a mariscal, pero que eligió quedarse junto al emperador. Me lo encontré dos días antes de la batalla de Coruña, cuando me enviaron con bandera blanca para rescatar a nuestros heridos. Él estaba con Soult en aquel entonces. Le reconocí en cuanto le vi.

—Y yo le reconoceré en cuanto le vea —dijo Horscroft, con su antigua adustez de nuevo en el rostro.

Fue en ese momento, mientras estaba ahí plantado, cuando fui consciente de golpe de lo pobre y sin horizontes que iba a ser mi vida mientras aquel

viejo lisiado, amigo de la familia, y el compañero de mi infancia se marchaban, rumbo al ojo del huracán. Me decidí en un instante.

—Iré con usted, comandante —grité.

—¡Jock! ¡Jock! —gritó mi padre, retorciéndose las manos.

Jim no dijo nada, pero me rodeó con su brazo y me estrechó contra él. Los ojos del comandante centellearon y enarboló su bastón.

—Juro que jamás he tenido conmigo dos mejores reclutas —afirmó—. Pues bien, no tenemos tiempo que perder, así que lo dos tenéis que estar preparados para cuando salga la diligencia de la tarde.

Y eso fue lo que nos ocurrió en un solo día, aunque luego los años pasen sin que se produzca ni un cambio. Da que pensar cuánto se alteró todo en veinticuatro horas. De Lissac se había marchado. Edie se había marchado. Napoleón había escapado. Había estallado la guerra. Jim Horscroft lo había perdido todo y tanto él como yo nos habíamos enrolado para luchar contra Francia. Todo se desarrolló como en un sueño, hasta que me fui a coger la diligencia esa tarde, y al mirar atrás vi la granja gris y esas dos figuras pequeñas y oscuras: mi madre con el rostro oculto por el chal de Shetland, y mi padre agitando su cayado para animarme en la despedida.

CAPÍTULO XI

La asamblea de las naciones

Y llegamos ahora a una parte de mi historia que me desalienta sólo de pensar en ella, y que me hace desear no tener el penoso deber de relatarla. Porque a mí, cuando escribo, me gusta que las cosas me vengan de forma lenta y ordenada, todo a su debido momento, como ovejas que salen del redil. Así es como sucedía todo en West Inch. Pero ya es hora de que nos abramos a perspectivas más amplias, como briznas de paja que van flotando lentamente por un canal perezoso, hasta llegar de repente al espumar y los remolinos de un gran río; así que me resulta de lo más duro llevar el ritmo preciso con mis sencillas palabras. Pero ustedes podrán encontrar el cómo y el porqué de todo en los libros de historia, así que obviaré todo eso para centrarme en lo que vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos.

El regimiento al que habían destinado a nuestro amigo era el 71 de infantería ligera de las Highlands, que vestía casaca roja y pantalones escoceses, y que tenía sus cuarteles en la ciudad de Glasgow. Los tres llegamos allí en diligencia, el comandante eufórico y repleto de historias acerca del Duque y la península Ibérica, en tanto que Jim iba sentado en una esquina, con los labios apretados y los brazos cruzados, y bien sabía yo que iba matando a cada momento a De Lissac con la imaginación. Hubiera podido jurarlo por el relampagueo de los ojos y la crispación de sus manos. En lo tocante a mí, no sabía si estar alegre o apenado, ya que el hogar es el hogar y mala cosa es, no importa lo descastado que pueda ser uno, el sentir que media Escocia te separa de tu madre.

Llegamos a Glasgow al día siguiente y el comandante nos condujo hasta el acuartelamiento, donde un soldado, con tres galones en la bocamanga y un puñado de cintas colgando del sombrero, enseñó todos los dientes al ver a Jim, y le circundó hasta tres veces para admirarle, como si se encontrase frente al castillo de Carlisle. Luego se acercó a mí y me golpeó las costillas y tanteó los músculos, y quedó casi tan complacido conmigo como con Jim.

—Esto es otra cosa, comandante, esto es otra cosa —manifestó—. Con un millar así podríamos hacer frente a la élite de Napoleón.

—¿Con qué contamos? —le preguntó el comandante.

—Con poca cosa —fue la respuesta—. Pero les meteremos en vereda. Han enviado a los mejores hombres a América, y no tenemos otra cosa que milicianos y reclutas.

—¡Uh, uh! —exclamó el comandante—. Vamos a tener enfrente a veteranos y tropas de élite. Vosotros dos, recurrid a mí si necesitáis lo que sea.

Y nos abandonó con un cabeceo, de forma que comenzamos a comprender que un comandante que es oficial vuestro es una persona muy distinta al comandante que es vuestro vecino en el condado.

Bueno, ¿pero para qué molestarles con estas minucias? Podría malgastar más de una buena pluma de escribir, sólo para contar las andanzas de Jim y mías en el acuartelamiento de Glasgow, y de cómo llegamos a conocer a nuestros oficiales y camaradas, y cómo éstos llegaron a conocernos a nosotros. No tardaron en llegarnos noticias acerca de que los compromisarios de Viena, que habían estado repartiéndose Europa como una res, habían corrido cada uno a su país, y de cómo cada hombre y caballo en sus estados se aprestaba a luchar contra Francia. Oímos hablar sobre grandes desfiles y reuniones en el propio París, y de que Wellington se encontraba en los Países Bajos, y de que nosotros y los prusianos íbamos a formar el frente de batalla. El gobierno estaba mandándole hombres todo lo rápido que podía, y todos los puertos de la costa oriental rebosaban de cañones, caballos y abastos. Nos llegaron órdenes de partir el tres de junio y esa misma noche nos embarcamos en Leith, para llegar a Ostende la noche siguiente. Fue la primera vez que contemplé una tierra extranjera, y lo mismo sucedió con la mayor parte de mis camaradas, porque casi todos éramos muy jóvenes. Aún puedo ver las aguas azules y la espumosa línea de las rompientes, y la larga playa amarilla y los extraños molinos de viento que daban vueltas y vueltas, cosa que un hombre no podrá ver en rincón alguno de Escocia. Se trataba de una ciudad pulcra y cuidada, pero la gente era mísera y uno no podía encontrar por ninguna parte cerveza ni pasteles de harina de avena.

De allí fuimos a un lugar llamado Brujas y de ahí a Gante, donde nos reunimos con los regimientos 52 y 95 que, en unión al nuestro, formaban brigada. Gante es un lugar hermoso, lleno de iglesias y casas de piedra; de hecho, de casi todas las ciudades que visitamos, apenas podría mencionar una que no tuviera una iglesia mejor que la de Glasgow. De allí nos enviaron a

Ath, que es una pequeña población situada junto a un río, o mejor dicho un arroyo, llamado el Dender. Allí nos quedamos acuartelados —la mayoría en tiendas de campaña, ya que hacía un tiempo cálido y soleado— y la brigada entera se dedicó a la instrucción, de sol a sol. Nuestro jefe era el general Adams y Reynell nuestro coronel, dos soldados veteranos y de casta, pero lo que a la mayoría nos alentaba era el pensamiento de que estábamos a las órdenes del Duque, ya que su nombre era como un toque de clarín. Se encontraba en Bruselas con el grueso de su ejército, pero sabíamos que se presentaría, en un abrir y cerrar de ojos, en nuestras posiciones, si se le necesitaba.

En mi vida había visto tanto inglés junto y la verdad es que yo sentía cierto desprecio por ellos, como suele suceder con gente que toda su vida ha vivido en la frontera. Pero los hombres de los dos regimientos que estaban con nosotros eran los mejores camaradas que uno pudiera desear. El 53 estaba formado por un millar de hombres y la mayoría eran veteranos de la península Ibérica. Casi todos eran oriundos de Oxfordshire. El 95 era un regimiento de fusileros y vestían casacas verde oscuro en vez de rojo. Era extraño verles cargar sus armas, ya que ponían la bala en un trapo grasiento y la introducían a golpes, pero disparaban más lejos y con mayor puntería que nosotros. Toda esa parte de Bélgica estaba, en aquellos días, sembrada de tropas británicas, ya que la Guardia se encontraba cerca de Enghien, y había regimientos de caballería más allá de nuestras propias posiciones. Porque Wellington se veía obligado a desplegar sus fuerzas, ya que Napoleón estaba parapetado detrás de sus fortalezas y lo único cierto era que no podíamos saber por qué lado iba a salir; aunque lo seguro era que iba a hacerlo por donde menos lo esperásemos. Bien pudiera ser que saliese por entre el mar y nosotros, para cortarnos los enlaces con Inglaterra, o que se abriese paso entre los prusianos y los nuestros. Pero el Duque era tan astuto como él, y había desplegado la caballería y las tropas ligeras como una gran tela de araña, y en el preciso momento en que un solo francés pusiera el pie en la frontera, se presentaría con todos sus hombres en ese mismo lugar.

En lo que a mí me toca, fui muy feliz en Ath, ya que la gente era de lo más amable y acogedora. Había un granjero llamado Bois, dueño de los terrenos en los que estábamos acuartelados, que se comportó con muchos de nosotros como un amigo de verdad. En los ratos de ocio, entre todos, construimos para él un granero de madera, y muchas veces Job Seaton, el zagüero de mi fila, y yo colgamos allí nuestra colada, ya que el olor de la ropa mojada nos hacía sentirnos en casa de una forma que ninguna otra cosa

conseguía. Me he preguntado a menudo si aún vivirán ese buen hombre y su esposa, aunque supongo que es bastante difícil, ya estaban en su buena mediana edad por aquel entonces. Jim nos acompañaba a veces y se sentaba con nosotros, a fumar, en la espaciosa cocina flamenca, aunque se trataba de un Jim diferente al de otrora. Siempre había sido de carácter algo adusto, pero ahora el problema por el que había pasado parecía haberle endurecido, y nunca le vi una sonrisa en el rostro y con dificultad le arrancaba una o unas palabras. Tan sólo parecía pensar en vengarse en persona de De Lissac, por haberle arrebatado a Edie, y podía sentarse durante horas con el mentón entre las manos, con la mirada fija y el ceño fruncido, absorto en una única idea. Eso le convirtió al principio en una especie de paria entre nuestros hombres, que se burlaban de él; pero en cuando le conocieron un poco descubrieron que no era hombre del que fuese saludable reírse, y le dejaron estar.

Madrugábamos mucho por aquel entonces y toda la brigada, por lo normal, estaba presta al rayar el alba. Una mañana —la del dieciséis de junio—, acabábamos de formar y el general Adams se había acercado a caballo para dar algunas órdenes al coronel Reynell, a un tiro de fusil de donde nos hallábamos, cuando de repente ambos se quedaron inmóviles, mirando hacia la carretera de Bruselas. Ninguno de nosotros se atrevió a volver la cabeza, pero todos los ojos del regimiento giraron en esa dirección, y pudimos ver a un oficial con la escarapela de ayudante de campo de general, galopando por el camino a lomos de un gran caballo pinto. Iba inclinado sobre las crines y fustigaba a su montura con la brida como si le fuese la vida en ello.

—¡Mire, Reynell! —dijo el general—. Parece que se prepara algo gordo. ¿No cree?

Los dos se adelantaron a caballo y Adams abrió sin ninguna ceremonia la carta que el mensajero le tendía. El sobre no había tocado aún el suelo y ya el general se volvía agitando la carta sobre la cabeza, como si fuera un sable.

—¡Rompan filas! —gritó—. Todos dispuestos para la marcha dentro de media hora.

En un instante, todo se volvió rumores y ajeteos, mientras las noticias corrían de boca en boca. Napoleón había cruzado la frontera el día antes, haciendo retroceder a los prusianos, y ya se había internado en el país, al este de donde nos hallábamos, con ciento cincuenta mil hombres. Nos dispersamos para tomar el desayuno y una hora después estábamos en marcha, dejando Ath y el Dender para siempre. Había que darse prisa, ya que los prusianos no habían informado a Wellington de lo que estaba pasando, y aunque éste no había perdido instante en acercarse a Bruselas en cuanto le

llegó el primer rumor, como un mastín a su madriguera, resultaba difícil que pudiera llegar a tiempo de ayudar a los prusianos.

La mañana era brillante y cálida y, mientras la brigada avanzaba por la ancha carretera belga, el polvo colgaba sobre nosotros como la humareda de los cañones. Bendecíamos a aquéllos a los que se les había ocurrido plantar álamos a la vera del camino, ya que la sombra nos confortaba más que el agua. Cruzando los campos, tanto a derecha como a izquierda, había otras carreteras, una bastante cerca y la otra a más de un kilómetro. Una columna de infantería marchaba por la más próxima, y había cierta competencia con ellos, ya que avanzábamos como si hubiera algo en juego entre nosotros. Había tal nube de polvo sobre ellos que tan sólo podíamos ver los cañones de los fusiles y los chacós asomando aquí y allá, y la cabeza y espaldas de algún oficial a caballo, entrevistas en esa polvareda, así como el revuelo de las banderas. Se trataba de una brigada de la Guardia, pero no podríamos decir cuál de ellas era, ya que había dos con nosotros. En la carretera más lejana se distinguía también una gran nube de polvo, pero en medio de ella centelleaba de vez en cuando algún relámpago cegador, como el de un rosario plateado, y la brisa nos hacía llegar una especie de estruendo musical hecho de gruñidos, entrechocar y resonar, distinto a todo lo que hubiésemos escuchado con anterioridad. Yo, por mí mismo, jamás hubiera adivinado de qué se trataba, pero nuestros sargentos eran todos veteranos, y uno de ellos marchaba justo a mi lado, siempre presto a dar consejos y comentarios.

—Eso es caballería pesada —dijo—. ¿No ves ese doble centelleo? Eso significa que llevan casco y coraza. Son los Coraceros Reales, o los Enniskillens, o los Territoriales. Se pueden oír los címbalos y tambores. La caballería pesada francesa es de temer. Están en proporción de diez a uno respecto a los nuestros, y son buenos soldados. Tienes que dispararles a la cara, o a los caballos. Recuerda eso cuando les veas cargar, o te encontrarás con cuatro palmos de acero metidos en la barriga, para que lo recuerdes mejor la próxima vez. ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Escucha! Escucha el viejo soniquete.

Decía eso porque había comenzado a llegarnos el rumor sordo del cañoneo, al este de donde nos hallábamos, hondo y ronco, como el rugido de alguna bestia sanguinaria, ansiosa por arrancar la vida a los hombres. Y, en aquel preciso instante se oyó el grito de «¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!, —y alguien vociferó—: ¡Abran paso a los cañones!». Al mirar atrás, vi que las compañías zagueras se dividían de repente en dos, para estacionarse a ambos lados, en las cunetas, y seis caballos color crema, galopando por parejas a toda velocidad, pasaban atronadoramente por el hueco abierto, arrastrando entre

brincos y estruendo un gran cañón de doce libras. Detrás de ellos venía otro, y otro más, hasta un total de veinticuatro, que pasaron entre nosotros con igual velocidad y estrépito, los servidores de chaquetas azules colgados de los cañones y cureñas, los arrieros maldiciendo y chasqueando los látigos, las crines al viento, los equipos resonando, e, imponiéndose a todo el pesado entrecocar y tintinear de las cadenas. Se escuchó un bramido procedente de las zanjas, y el griterío de los artilleros, y vimos una nube gris en movimiento delante de nosotros, con un montón de gorros entrevistos en esa oscuridad. Luego las filas volvieron a cerrarse, mientras el cañoneo iba haciéndose más bajo y profundo.

—Hay tres baterías allí —dijo el sargento—. Está la de Bull y la Webber Smith, pero la tercera tiene que ser nueva. Hay otras más ahí delante, ya que éstas son las rodadas de una de nueve libras, y las otras eran todas de doce.

Son mejor las de doce, porque las de nueve te hacen papilla, en tanto que las de doce te borran del mapa.

Y se lanzó a hablar acerca de las espantosas heridas que había visto, hasta que la sangre se me hizo agua en las venas, y las caras se nos quedaron a todos blancas como la cera.

—Sí —me dijo—, a uno se le queda mala cara cuando le meten un puñado de postas en las tripas.

Entonces vi que algunos de los veteranos se estaban riendo y me di cuenta de que aquel hombre estaba tratando de meternos el miedo en el cuerpo; así que me eché a reír yo también, y lo mismo hicieron los otros, aunque no fue una risa muy alegre.

El sol estaba casi en el mediodía cuando hicimos un alto en un pueblecito llamado Hal, y allí, con ayuda de una vieja bomba, saqué un chacó lleno de agua, que me supo más sabrosa que cualquier jarra de cerveza escocesa. Nos cruzamos con mucha artillería, así como con los húsares de Vivian, tres regimientos en total, hombres recios de grandes caballos pardos y aspecto temible. Se oía con más fuerza el cañoneo, que me enervaba de igual forma que años atrás cuando, acompañado de Edie, había visto al buque mercante medirse con los corsarios. Sonaba tan alto que me dio la sensación de que la batalla tenía que estar desarrollándose al otro lado del bosque más próximo, pero mi amigo el sargento sabía de eso más que yo.

—Deben de estar a veinte o veinticinco kilómetros —dijo—. Y puedes estar seguro de que el general sabe que no se nos necesita, porque de ser así no estaríamos descansando en Hal.

Y esas palabras resultaron ser ciertas, ya que apenas un minuto más tarde llegó el coronel con la orden de apilar las armas y acampar ahí donde estábamos; y en ese lugar nos quedamos todo el día, viendo pasar jinetes, infantes y cañones, ingleses, holandeses y hanoverianos, por delante de nuestros ojos. La música del diablo siguió sonando hasta el ocaso, convertida a veces en un rugido y menguando a gruñidos en ocasiones, hasta que sobre las ocho de la noche cesó por completo. Como bien pueden suponer, ardíamos de impaciencia, pero sabiendo como sabíamos que el Duque hacía siempre lo más acertado, nos armábamos al mismo tiempo de paciencia.

Al día siguiente, la brigada entera se quedó toda la mañana en Hal; pero como hacia mediodía llegó un ordenanza del Duque, y una vez más nos pusimos en marcha, esta vez hasta llegar a un pueblecito llamado algo así como Braine, donde nos estacionamos; y justo a tiempo, ya que se desató una súbita tormenta, que dejó caer un diluvio, de forma que las carreteras y

campos se convirtieron en cieno y fango. Buscamos refugio en los graneros del pueblo, y allí fue donde nos encontramos a dos rezagados; uno perteneciente a un regimiento de los que visten *kilt*, y el otro de la Legión Alemana, que nos contaron una historia tan tenebrosa como el tiempo.

Bonaparte había batido a los prusianos el día anterior, y los nuestros habían pasado grandes apuros frente a Ney, aunque a la postre habían logrado rechazarle. Puede que en estos momentos todo eso les suene ya a historia pasada, pero no pueden hacerse idea de cómo nos apiñábamos en torno a aquellos dos en aquellos instantes, en el granero, y empujábamos y nos debatíamos por escuchar lo que decían, y cómo aquellos que lograban oírlos eran acuciados por los que no. Reíamos, celebrábamos y gruñíamos según íbamos escuchando cómo el 44 había hecho frente a la caballería en línea, cómo los holandeses y belgas habían huido, y cómo los Black Watch habían encerrado a los Lanceros en un cuadro, para hacer entonces una matanza. Pero a su vez los Lanceros se habían tomado la revancha al desbaratar al 69 y apoderarse de una de sus banderas. Resumiendo, que el duque se había retirado en orden, tratando de enlazar con los prusianos, y que se rumoreaba que iba a aguantar y librar una gran batalla justo en el mismo sitio en el que nos habíamos detenido.

Pronto constatamos que el rumor era cierto, ya que el tiempo se aclaró al caer la tarde y salimos todos hacia los altos para ver dónde estábamos. Nos encontrábamos en una hermosa lengua de tierra de cultivo y pastizales, con los sembrados justo medio verdes medio amarillos, y el centeno tan alto que llegaba hasta los hombros a un hombre. La escena era lo más pacífica que se pueda uno imaginar y, mirando por encima de las colinas bajas y sembradas, uno podía ver los campanarios de los pueblecitos, con sus chapiteles remontándose por encima de los álamos. Pero, hendiendo con una cuchillada esa imagen hermosa, se veía una multitud de hombres en movimiento —unos rojos, otros verdes, otros azules, otros negros— que zigzagueaban sobre la llanura y abarrotaban las carreteras, con un extremo tan cerca que hubiéramos podido alcanzar con nuestros disparos al lugar en el que tenían sus mosquetes, a nuestra izquierda, y el otro extremo tan lejos, allá entre los bosques, que no llegábamos a verlo. Y, en las otras carreteras, podíamos ver las caballerías de arrastre, y el brillo apagado de los cañones, los hombres tirando y tambaleándose al empujar los radios de las ruedas para ayudar a avanzar en aquel barro profundo hasta lo indecible. Mientras observábamos, un regimiento tras otro, una brigada tras otra, fue tomando posiciones en las cotas, y al ponerse el sol habíamos formado una línea de unos sesenta mil

hombres que bloqueaba el camino de Napoleón hacia Bruselas. Pero la lluvia había comenzado a caer de nuevo, y los del 71 nos refugiamos de nuevo en nuestro granero, donde tuvimos mejor campamento que la mayor parte de nuestros camaradas, que tuvieron que tumbarse en el fango con la tormenta rugiendo sobre sus cabezas, hasta rayar el alba.

CAPÍTULO XII

La sombra en la tierra

Chispeaba aún al amanecer, con nubes oscuras corriendo por los cielos, acompañadas de un viento frío y helado. Me resultaba difícil asimilar, al abrir los ojos, que ese día se iba a librar una batalla, pero eso fue lo que ocurrió. Estábamos levantados y listos al clarear, y al cruzar las puertas del granero oímos la música más hermosa que jamás haya llegado a mis oídos, resonando a lo lejos. Nos reunimos en grupitos para escuchar ya que era dulce, inocente y tristona. Pero nuestro sargento se echó a reír al vernos tan complacidos.

—Ésas son las bandas de música francesas —dijo—. Y si venís aquí podréis presenciar algo que algunos de vosotros ya no volverán a ver.

Allí fuimos, con la hermosa música aún resonando en los oídos, hasta llegar a una cuesta situada muy cerca del granero. En el fondo de la ladera, como a medio tiro de mosquete, se levantaba una hermosa granja de ladrillo, con un seto y un manzanal. Allí, los hombres de casacas rojas y altos gorros peludos se afanaban como hormigas, abriendo agujeros en el muro y bloqueando las puertas.

—Son las compañías ligeras de la Guardia —dijo el sargento—. Defenderán la granja mientras uno sólo de ellos quede en pie. Y si miráis un poco más allá, podréis ver los fuegos de acampada de los franceses.

Volvimos los ojos al otro lado de valle, a las bajas elevaciones que lo cerraban, y pudimos ver un millar de pequeños fuegos amarillos que llenaban de humo oscuro el aire pesado. Había otra granja en aquel extremo y, mientras mirábamos, vimos de repente aparecer, sobre una loma, a un pequeño grupo de jinetes y quedársenos a su vez observando. Eran algo así como una docena de húsares, y delante de ellos iban cinco hombres, tres tocados con cascos, uno con una larga pluma roja en el sombrero y el último con un gorro bajo.

—¡Dios santo! —gritó el sargento—. ¡Pero si es él! ¡Es el mismísimo Napo, ese del caballo gris! Me jugaría la paga de un mes.

Traté de aguzar la vista para distinguir a ese hombre que era como una gran sombra sobre toda Europa, una que había cubierto a las naciones durante veinticinco años y que incluso había caído sobre nuestra alejada granja ovejera para acabar sacándonos a todos nosotros —Edie, Jim y yo mismo— de la vida que siempre habíamos llevado y alejarnos de nuestros seres queridos. Hasta donde yo podía ver, se trataba de un hombre regordete y de hombros cuadrados, y se llevaba los prismáticos a los ojos con los codos muy separados de los costados. Estaba aún mirándole cuando oí el resuello de alguien a mi lado, y me encontré con Jim, con los ojos reluciéndole como dos brasas, asomando por encima de mi hombro.

—Ahí está, Jock —susurró.

—Sí, ése es Napo —contesté.

—No: él. Ese De Lapp, o De Lissac, o como diablos se llame. Ahí está.

Entonces yo también le vi. Era el sujeto con la larga pluma roja en el sombrero. Aun a esa distancia hubiera podido jurarlo, gracias a la forma de sus hombros y a la manera en que movía la cabeza. Agarré por la manga a Jim, ya que podía ver cómo la sangre le hervía al ver a aquel hombre, y que estaba a punto de cometer alguna locura. Pero en aquel momento Bonaparte se volvió hacia De Lissac y le comentó algo, y el grupo entero giró en redondo y se marchó, al tiempo que resonaba un cañonazo y se alzaba una humareda blanca de una de las baterías de los altos. Justo aquel instante tocaron reunión en el pueblo, y corrimos a por nuestras armas. Comenzaron a abrir fuego todo a lo largo de la línea y creímos que la batalla había comenzado; pero se trataba tan sólo de que nuestros camaradas estaban descargando sus armas al aire, no fuese que la pólvora se les hubiera humedecido en el transcurso de aquella noche tan húmeda.

Desde donde nos hallábamos se veía ahora un espectáculo por el que, por sí solo, merecía la pena haber cruzado los mares. Sobre las alturas en las que nos hallábamos se divisaba un tablero de rojo y azul que llegaba hasta un pueblo situado a casi cuatro kilómetros de distancia. Corría el rumor por nuestras filas, empero, de que había allí más de azul que de rojo, ya que los belgas ya habían demostrado el día anterior que no tenían mucho temple, y contábamos con veinte mil de ellos entre nosotros. Además, la mitad de nuestras propias tropas británicas estaban formadas por milicianos y reclutas; puesto que la flor y nata de los viejos regimientos peninsulares se encontraba ahora mismo cruzando el océano, de vuelta de algún estúpido encontronazo con nuestros parientes de América. Pero al menos podíamos ver los gorros de piel de oso de la Guardia, dos brigadas completas, y los sombreros de los

Highlanders, el azul de la vieja Legión Alemana, las filas rojas de las brigadas de Pack y Kempt, y el hormigueo verde de los fusileros en primera línea, y sabíamos que esos hombres iban a defender sus posiciones, así como que les mandaba un hombre que les dispondría en los lugares más acertados.

Poco habíamos visto hasta entonces de los franceses, aparte del parpadeo de sus hogueras y unos pocos jinetes dispersos sobre las crestas; pero, mientras estábamos allí esperando, nos llegó de repente un gran estruendo musical, y todo su ejército apareció como una marea, cruzando la colina baja que le había ocultado a nuestros ojos hasta entonces, brigada tras brigada y división tras división, hasta que toda la gran ladera quedó, a lo ancho y largo, cubierta del azul de sus uniformes y del centelleo de sus armas. Parecían surgir en número inagotable, mientras nuestros hombres se recostaban en sus mosquetes y se fumaban las pipas, contemplando a aquella muchedumbre y escuchando lo que tenían que decir los viejos soldados que ya se habían batido antes con los franceses. Luego, cuando la infantería hubo formado en masas de gran profundidad, llegaron los cañones, dando tumbos y saltos por la cuesta, y fue un espectáculo prodigioso ver con cuánta rapidez y pulcritud quedaron listos para abrir fuego. Y por último llegó la caballería al trote, no menos de treinta regimientos, con penachos y corazas, espadas relucientes y agitación de lanzas, para formar en los flancos y la zaga, en líneas largas y resplandecientes.

—Ahí están esos paisanos —gritó nuestro sargento—. Están ansiosos de combatir, ¡vive Dios! ¿Veis esos regimientos con los sombreros altos en el medio de todo, un poco más atrás de la granja? Ésa es la Guardia; veinte mil hombres, chavales, y todos ellos veteranos, demonios canosos que no han hecho en la vida otra cosa que pelear desde que no eran más altos que mis polainas. Estamos tres hombres a dos, a su favor, y dos cañones a uno y ¡por Dios, reclutas! que van a haceros desear haber estado en *Argyle Street* antes de que acaben con vosotros.

No es que nos diese muchos ánimos nuestro sargento, pero era un hombre que había estado en todos los campos de batalla, empezando por La Coruña, y lucía una estrella de siete puntas en el pecho, así que tenía cierto derecho a hablar como le viniese en gana.

Estando ya los franceses formados justo a un tiro de cañón, vimos a un pequeño grupo de jinetes, resplandecientes de plata, escarlata y oro, cabalgar con rapidez entre las divisiones, arrancando un bramido de aclamación de un lado a otro, y pudimos ver cómo los brazos se alzaban y las manos se agitaban. Un instante después, el sonido murió y los dos ejércitos quedaron

uno enfrente del otro en un silencio mortal; y ésta es una imagen que a menudo vuelve a mí en sueños. Luego se produjo una agitación entre los hombres situados justo delante de nosotros, y una estrecha columna se desgajó de la gran masa azul para acercarse zigzagueando hacia la granja situada a nuestros pies. No habían dado cincuenta pasos cuando ya retumbó uno de los cañones de una de las baterías inglesas situadas a nuestra izquierda, dando así comienzo a la batalla de Waterloo.

No es mi intención tratar de narrarles esa batalla y, de hecho, me hubiera guardado incluso de tocar el tema, de no ser porque nuestros destinos, los de tres simples paisanos de un condado fronterizo, se vieron tan implicados en ella como los de cualquier rey o emperador. Para ser sinceros, sé más de esa batalla por lo que he leído que por lo que vi allí, ya que entonces ¿qué otra cosa podía ver que a los camaradas que tenía a cada lado, y una gran nube blanca al mismísimo extremo del pedernal de mi mosquete? Es gracias a los libros y a las conversaciones de otros hombres como he sabido acerca de la carga de la caballería pesada, de cómo cayó sobre los famosos coraceros y cómo fue hecha pedazos antes de que pudiera retroceder. Así es como supe también de los sucesivos asaltos, de cómo los belgas huyeron y de cómo Pack y Kempt aguantaron. Pero, por mí mismo, sólo puedo hablar de lo que vi durante ese largo día cuando el humo aclaraba y cesaba el tiroteo, y eso es justamente lo que les voy a contar.

Nos hallábamos a la derecha de la línea y en reserva, ya que el Duque temía que Napoleón pudiera flanquearle por ahí y caer sobre su retaguardia; así que nuestros tres regimientos, unidos a otra brigada británica y a los hanoverianos, nos habíamos situado allí, listos para cualquier contingencia. Contábamos también con dos brigadas de caballería ligera; pero los franceses cargaron por el frente, y por tanto tardaron en necesitarnos en la batalla.

La batería inglesa que había abierto el fuego seguía aún retumbando a nuestra izquierda, y otra alemana no cesaba de disparar a nuestra derecha, por lo que estábamos envueltos en la humareda; pero no nos hallábamos tan ocultos como para estar a salvo de una línea de cañones franceses, ya que una descarga de balas redondas llegó silbando por los aires para caer en el mismo centro de los nuestros. Cuando oí el aullido de las balas, agaché la cabeza, pero el sargento me dio un palo en la espalda con la vara de su alabarda.

—No me seas tan cumplido —me dijo—. Cuando te aticen tendrás tiempo de hacer la reverencia definitiva.

Una de esas bolas alcanzó a cinco hombres y les convirtió en una masa sangrienta, de forma que aquello parecían los resultados de un rojo partido de

fútbol. Otra impactó contra el caballo del ayudante, con el mismo sonido que una piedra al caer en el barro, destrozó al animal y le dejó igual que a una grosella reventada. Tres más cayeron más lejos, a la derecha, pero por la agitación y el griterío pudimos comprender que tampoco habían llegado en vano.

—¡Ay, James, ha perdido usted una buena montura! —dijo el comandante Reed, que se encontraba justo delante de mí, y que se había vuelto al ayudante, cuyas botas y pantalones estaban empapados de sangre.

—Pagué sus buenos cincuenta por ella en Glasgow —replicó el otro—. ¿No le parece, comandante, que los hombres debieran echarse a tierra, ya que los cañones están batiendo nuestra colina?

—¡Tch! —repuso—. Son jóvenes, James, y esto les fogueará.

—Ya bastante fogueados van a estar antes de que caiga el sol —gruñó el ayudante.

Pero, en ese momento, el coronel Reynell vio cómo los fusileros y el 52 se movían a nuestros flancos, y recibimos la orden de desplegarlos nosotros también. No hace falta decir cómo nos sentíamos cada vez que escuchábamos un tiro gañir, como a un perro furioso, a pocos metros de nuestras espaldas. De vez en cuando, un estruendo y un chapoteo, que se repetían cada pocos minutos, unidos a gemidos de dolor y carreras, nos daban a entender que seguíamos sufriendo grandes pérdidas.

Caía una llovizna fina y el aire húmedo impedía que se alzase el humo, por lo que apenas podíamos captar algún atisbo de los que ocurría delante de nosotros, aunque el rugido de los cañones nos informaba de que la batalla se había generalizado por toda la línea. Cuatrocientas piezas abrían fuego, y el estruendo era de los que revientan los tímpanos. Es más, creo que no hubo uno de nosotros que no tuviera luego un zumbido en la cabeza durante días, luego de soportar eso. Justo enfrente de nosotros, en la ladera de la colina, había un cañón francés, y podíamos ver con bastante claridad a sus servidores. Eran hombres pequeños y activos, de pantalones ajustados y sombreros altos de grandes plumas; pero lo cierto es que se afanaban como esquiladores, corriendo, cargando y disparando. Había catorce cuando les vimos por primera vez, y al final sólo quedaban cuatro, y aun así trabajaban tan duro como al principio.

La granja llamada Hougoumont se encontraba abajo y delante de nosotros, y durante toda la mañana pudimos ver que una lucha terrible se había desatado a su alrededor, ya que los muros y ventanas, así como el seto del huerto, estaban envueltos en llamas y se escuchaba un griterío como yo nunca

antes había oído. Estaba medio quemada, arruinada por las balas y diez mil hombres trataban de invadirla; pero cuatrocientos defensores la guardaban aquella mañana, y al caer la noche aún quedaban en pie doscientos, y ni un solo francés puso el pie en su umbral. ¡Mas, cómo luchaban aquellos franceses! Sus vidas les importaban menos que el barro que hollaban. Hubo uno, aún puedo verlo, un tipo recio y rubicundo que se apoyaba en una muleta, que se acercó él solo, aprovechando una pausa del tiroteo, hasta la puerta lateral de Hougoumont, y allí se quedó aporreando, gritando a sus hombres que le siguiesen. Estuvo ahí durante cinco minutos, en la mira de todos los fusiles, hasta que por fin un escaramucero de Bruswich, apostado en el huerto, le saltó la tapa de los sesos de un tiro. Y él fue sólo uno de muchos, ya durante todo aquel día, cuando no venían en masa lo hacían en grupos de dos o tres, con la misma decisión pintada en el rostro que si tuviese a todo su ejército detrás.

Estuvimos ahí durante toda la mañana, contemplando la lucha en Hougoumont; pero apenas el Duque comprendió que no había nada que temer por el flanco derecho, decidió darnos buen uso.

Los franceses habían desplegado a sus escaramuceros más allá de la granja, de forma que ahora estaban en los trigales tiernos delante de nosotros, disparando a los artilleros, así que tres piezas del seis, situadas a nuestra izquierda, estaban rodeadas de los cadáveres de sus servidores tendidos en el barro. Pero el Duque tenía ojos para todo y allí se acercó al galope en un momento; un hombre delgado, moreno y fibroso, de ojos centelleantes, nariz ganchuda y una gran escarapela en el sombrero. Le rodeaban una docena de oficiales, todos tan joviales como si fuesen a la caza del zorro, aunque ni uno de ellos estaba ya vivo al caer la noche.

—Mal asunto, Adams —dijo nada más llegar.

—Muy malo, Su Gracia —repuso nuestro general.

—Pues vamos a aguantar. ¡Uy, uy, uy, no podemos dejar que esos escaramuceros silencien a toda una batería! Desalójeme a esos tipos de ahí, Adams.

Fue entonces cuando por primera vez sentí ese escalofrío diabólico que sacude a un hombre cuando se ve abocado al combate. Hasta ese momento lo único que habíamos hecho era esperar y morir, cosa que no le gusta a nadie. Pero a fe mía que había llegado nuestro turno, y que estábamos dispuestos. La brigada entera se abalanzó, en cuatro líneas, para invadir el trigal a la carrera. Los escaramuceros se dieron a la fuga en cuanto llegamos, huyendo como codornices, con la cabeza gacha, los hombros inclinados y el fusil a rastras.

La mitad de ellos consiguió escapar, pero cogimos a la otra mitad, incluido su oficial, que era un tipo tan gordo que no podía ni correr. Sentí un sobresalto al ver cómo Rob Steward, a mi derecha, hundía su bayoneta en la espalda de un hombre, y cómo éste aullaba como un condenado. No dimos cuartel en ese sembrado, y todos cayeron bajo los culatazos o las bayonetas. Los hombres tenían la sangre encendida, y no es de extrañar, ya que aquellas avispas habían estado picándonos durante toda la mañana, sin que nosotros pudiéramos hacer otra cosa que mirar.

Después, al llegar al extremo del trigal, nos encontramos ante una gran humareda, y más allá descubrimos a todo el ejército francés estacionado justo enfrente, con sólo dos prados y una senda estrecha de por medio. Comenzamos a aullar al verles, y de ser por nosotros hubiéramos arremetido contra ellos, ya que los bisoños estúpidos piensan que nada malo puede sucederles. Pero el Duque se había mantenido al flanco de nuestro avance, y al vernos le rugió algo al general, por lo que los oficiales cabalgaron para situarse delante de nuestra línea, agitando los brazos. Resonaban las cornetas, hubo golpes y empujones, mientras los sargentos maldecían y nos sacudían con las varas de sus alabardas, y en menos tiempo del que tardo en escribir esto, toda la brigada había formado en tres pequeños cuadros, con las bayonetas caladas y en filas alternas, de forma que podíamos disparar por encima del hombro de los de delante.

Eso fue nuestra salvación, como incluso un soldado tan inexperto como yo pudo constatar, y no tuvimos que esperar mucho tiempo para comprobarlo. Había una colina baja y suave en nuestro flanco derecho, y desde detrás de la misma nos llegó un sonido como nunca antes oyera, semejante al batir de las olas en la costa de Berwick cuando sopla el viento de levante. La tierra se estremecía con ese bramido sordo, que parecía hacer retemblar el aire.

—¡Preparado el 71! ¡Preparados, por Dios! —gritaba la voz del coronel a nuestras espaldas, aunque delante de nosotros no teníamos otra cosa que la suave ladera herbosa, moteada de margaritas y dientes de león.

Luego, de repente, sobre el lomo de la colina, vimos aparecer ochocientos cascos de bronce como por arte de magia, cada uno de ellos con una larga cola de caballo ondeante, y luego ochocientos rostros fieros y morenos, que nos contemplaban por encima de las orejas de sus monturas. Hubo un relampagueo de corazas, espadas agitadas, crines al viento, fieras narices rojizas que se abrían y cerraban, y atronar de cascos. Abrimos fuego apenas se pusieron a tiro, pero nuestras balas se estrellaron contra su armadura como una granizada contra las ventanas. Disparé como los demás, y luego cargué

todo lo rápido que pude, contemplando a través del humo, hasta donde podía, algo que se agitaba justo delante de mí. Se escuchó el toque de alto el fuego, un soplo de viento arrastró la cortina de humo, y pudimos ver qué estaba sucediendo.

Había esperado ver a la mitad del regimiento montado tendido en el campo; pero fuese porque sus corazas les habían protegido, o porque, siendo bisoños y estando algo enervados por la carga, habíamos tirado alto, lo cierto es que la descarga no les había hecho gran daño. Habrían caído unos treinta caballos, tres de ellos a no más de diez metros de donde me hallaba, el de en medio patas arriba, y ése era uno de los que había visto agitándose entre el humo. Había diez o doce muertos, y otros tantos heridos, casi todos sentados aturridos en la hierba, aunque uno de ellos gritaba *Vive l'Empereur!* a todo pulmón. Otro que había sido herido en el muslo —un tipo con un gran mostacho negro— se recostaba contra su caballo muerto y, empuñando su carabina, disparó con tanta frialdad como si estuviera en un concurso, de forma que hirió a Angus Myres, que estaba a dos puestos de mí, justo entre ceja y ceja. Luego tendió la mano para coger otra carabina cercana, pero antes de que pudiera cogerla, el gran Hodgson, que era el gastador de la compañía de granaderos, fue corriendo y le atravesó la garganta con la bayoneta, lo que fue una lástima, porque parecía un buen hombre.

Al principio creí que los coraceros habían huido entre el humo, pero no eran hombres que cediesen con tanta facilidad. Sus caballos se habían desviado ante nuestra descarga, para sobrepasar nuestro cuadro y afrontar el fuego de los dos que estaban más allá. Luego habían irrumpido a través de una cerca y caído sobre un regimiento de hanoverianos que formaba en línea, y les dieron lo que nos hubieran dado a nosotros de no haber andado tan listos, y les hicieron pedazos en un abrir y cerrar de ojos. Fue algo espantoso ver cómo aquellos alemanes grandotes corrían y gritaban mientras los coraceros se empinaban en los estribos para mejor manejar sus espadas largas y pesadas, tajando y estoqueando sin misericordia. No creo que ni un centenar de hombres de ese regimiento sobreviviese, y los franceses volvieron a enfrentarse a nosotros, gritándonos mientras agitaban las armas, que estaban rojas hasta la empuñadura. Hacían eso para ver si les disparábamos, pero nuestro coronel era zorro viejo, ya que el truco estaba en que se hallaban demasiado lejos para hacer mucho daño, y hubieran caído sobre nosotros antes de que pudiésemos cargar.

Los jinetes se mantuvieron detrás de la cerca, otra vez a nuestra derecha, y pudimos bien comprender que, si abríamos los cuadros, caerían sobre

nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Pero por otra parte nos estaba resultando de lo más difícil mantenernos así, ya que los coraceros habían pasado el testigo a una batería de doce cañones, situada a unos pocos cientos de metros, aunque fuera de la vista, y ésta nos mandaba las balas al centro mismo de nuestra formación, con «fuego profundo». Uno de los artilleros llegó corriendo a lo alto del cerro para clavar una estaca en la tierra blanda, a modo de guía, ante la boca misma de los fusiles de la compañía, aunque nadie le disparó, creyendo todos que otro lo haría. El abanderado Samson, que era el suboficial más joven del regimiento, abandonó a la carrera el cuadro y arrancó la estaca; pero, rápido como el diablo, apareció un lancero y le ensartó de tal forma que la banderola de la lanza le salió entre los botones segundo y tercero de la guerrera.

—¡Helen! ¡Helen! —gritó antes de caer muerto, mientras que el lancero, acribillado por nuestras balas, se desplomaba encima de él, aún sujetando el arma, de forma que ambos quedaron unidos por ese vínculo espantoso.

Pero, cuando la batería comenzó a cañonearnos, ya no tuvimos tiempo de pensar en nada. Un cuadro es una buena formación para tener a raya a los jinetes, pero la peor forma de enfrentarse a las balas de cañón, como pronto pudimos aprender, apenas éstas comenzaron a abrir brechas rojas en nuestra formación, hasta que tuvimos los oídos llenos de los sonidos blandos que produce el hierro al impactar contra carne y hueso. Al cabo de diez minutos, desplazamos el cuadro unos cien pasos a la derecha, pero detrás de nosotros dejamos un segundo cuadro, ya que ciento veinte soldados y siete oficiales quedaron allí como testigos del lugar que habíamos ocupado. Luego los cañones nos encontraron de nuevo e intentamos abrirnos en línea, pero en un instante tuvimos a los jinetes —lanceros en esta ocasión— cargando contra nosotros por la ladera.

Puedo jurar que nos alegramos de oír el atronar de los cascos de sus monturas, ya que eso implicaba que la artillería habría de darnos unos minutos de respiro, así como una oportunidad de devolver el golpe. Y lo hicimos con extrema dureza, ya que estábamos helados, aturdidos y enrabiados, y por lo menos yo cuidaba de aquellos jinetes menos que de los corderos de Corriemuir. Uno se olvida de tener miedo o proteger el pellejo al cabo de cierto tiempo, y lo único que tiene en la cabeza es hacer que el enemigo pague por lo que te ha hecho. Esa vez les tocó a los lanceros, ya que no contaban con corazas que les protegiesen, y arrancamos de sus sillas a setenta de ellos con una sola descarga. Es posible que si hubiésemos visto a sesenta madres llorando por sus hijos no nos hubiéramos sentido tan complacidos; pero los hombres no se diferencian en nada de los animales a la hora de combatir, y tienen tanto raciocinio como dos toros que se embisten.

Luego, el coronel hizo una maniobra acertada y, calculando que estaríamos a salvo de la caballería durante unos cinco minutos, nos hizo formar en línea y nos envió a una profunda hondonada, fuera del alcance de los cañones, antes de que éstos pudieran reanudar el fuego. Eso nos dio un respiro, y bien que lo necesitábamos, ya que el regimiento se había derretido como un hielo al sol. Pero peor lo habían pasado otros. La coalición holandés belga parecía haberse dado a la desbandada, quince mil hombres en total, y había grandes huecos en nuestras líneas, a través de los cuales la caballería francesa pasaba a placer. Los cañones franceses nos habían tratado bien en comparación con nuestra caballería pesada, a la que habían hecho picadillo,

así que las cosas no pintaban demasiado bien para nosotros. Por otra parte Hougoumont, convertida en una ruina ensangrentada, estaba aún en nuestro poder, y todos los regimientos británicos mantenían sus formaciones; sin embargo, en honor a la verdad, he de decir que el campo a nuestra espalda estaba sembrado de casacas rojas, salpicadas de azules. Pero éstos eran bisoños y rezagados, los inevitables miedicas, y de nuevo he de decir que ningún regimiento cedió. Poco era lo que podíamos distinguir de la batalla, pero había que estar ciego para no ver que los campos situados a nuestra espalda estaban llenos de hombres que huían. Sin embargo, en esos instantes, aunque desde el flanco derecho no podíamos verlo, había entrado en liza la vanguardia prusiana, y Napoleón tuvo que enviar a veinte mil hombres a enfrentarse con ellos. Pero todo pintaba muy negro para nosotros y hubo un momento en que los jinetes franceses nos separaron del resto del ejército, de forma que creímos que éramos la única brigada superviviente, y apretamos los dientes con la intención de vender la vida tan cara como nos fuese posible.

Era por aquel entonces entre las cuatro y las cinco de la tarde, y la mayoría de nosotros no había comido nada desde la noche anterior, aparte de que estábamos calados hasta los huesos. Había estado lloviendo intermitentemente durante todo el día, aunque hasta ese momento no habíamos tenido tiempo de pensar en la lluvia o la comida. Pero, en esos momentos, comenzamos a mirar a nuestro alrededor, y a apretarnos el cinto, y a preguntar quién había caído y quién no. Me congratulé de ver que Jim, con la cara negra de pólvora, seguía en pie a mi derecha, apoyado en su fusil. Me vio mirarle y me preguntó a gritos si estaba herido.

—Estoy bien, Jim —le respondí.

—Esto es igual que el tiro al pato —dijo tenebrosamente—, pero aún no ha acabado. ¡Vive Dios que he de matarle, o él matarme a mí!

El pobre Jim no tenía otro tema de conversación, y llegué a pensar que había perdido el juicio, ya que el resplandor de sus ojos y su forma de hablar apenas eran humanos. Era hombre que se tomaba cualquier minucia a pecho y estoy convencido de que, desde el día en que Edie le había abandonado, no estaba en sus cabales.

Fue durante esa fase de la batalla cuando pude presenciar dos combates singulares que, según me dijeron, eran bastante comunes en otra época, antes de que a los hombres se los entrenase para la lucha en grandes formaciones. Mientras descansábamos en la hondonada, vimos cómo dos jinetes galopaban por la loma, a rienda suelta. Uno era un dragón inglés, inclinado sobre las riendas de su montura, y el otro un coracero francés; un veterano de barba

gris, que le perseguía con estruendo, a lomos de una gran yegua negra. Nuestros hombres prorrumpieron en silbidos al ver esa persecución, ya que nos parecía vergonzoso que un inglés huyese así; pero cuando estuvieron un poco más cerca pudimos percatarnos del problema. El dragón había perdido la espada y se encontraba desarmado, y el otro estaban tan cerca de él que no podía echar mano de arma alguna. Al cabo, quizá avergonzado por nuestra pitada, encontró una solución. Puso los ojos en una lanza caída cerca de un francés muerto, así que tiró de las riendas e hizo que el otro le sobrepasase, y, habiendo calculado bien la jugada, echó mano de la lanza. Pero el otro era perro viejo y se le echó encima en un instante. El dragón le tiró un lanzazo, pero el coracero lo esquivó para tajarle a través del omóplato. Todo sucedió en un instante y el francés se alejó a medio galope por la ladera, enseñándonos los dientes como un sabueso.

Ése fue uno, pero enseguida ajustamos el tanteo. Los franceses se habían adelantado, desplegados en guerrilla, para abrir fuego, más contra las baterías situada a nuestros lados que contra nosotros, pero al poco enviamos dos compañías del 95 para tenerlos a raya. Resultaba extraño oír el crepitar del combate, porque ambos bandos usaban los fusiles. Había un oficial entre los escaramuceros franceses —un tipo alto y delgado, con un capote sobre los hombros— que, al ver avanzar a nuestros compañeros, se interpuso entre los dos bandos, en posición de esgrima, con la espada adelantada y la cabeza atrás. Aún puedo verle, con los párpados entornados y una especie de desdén en el rostro. El suboficial de los Fusileros, que era un sujeto bien plantado, llegó corriendo y le atacó con una de esas extrañas espadas curvas que usan ellos. Fueron a encontrarse como dos carneros a la carga, a todo correr, y cayeron rodando; el francés, empero, quedó debajo. A nuestro hombre se le rompió la espada y aprisionó la del otro con el brazo izquierdo; pero él era el más fuerte y se las arregló para matar a su enemigo con el muñón de la espada. Los escaramuceros franceses podían haber abatido a tiros a nuestro hombre, pero nadie disparó y le vimos regresar a su compañía con una espada bajo el brazo y la mitad de otra en la mano.

CAPÍTULO XIII

El final de la tormenta

De entre todos los sucesos extraños de aquella batalla, ahora que hago memoria, nada resulta más extraordinario que el efecto que la misma obró sobre mis camaradas; porque algunos se tomaban el asunto como si eso fuera el pan nuestro de cada día, en tanto que otros estuvieron rezando desde el primer tiro hasta el último, y los hubo que se pusieron a maldecir y jurar de tal forma que daba escalofríos oírlos. Había uno, situado a mi izquierda, de nombre Mike Treadingham, que estuvo hablándome acerca de su tía solterona, Sarah, y de cómo había dejado el dinero, que le había prometido, para construir una casa para huérfanos de marineros. Me contó una y otra vez la misma historia y, sin embargo, una vez concluida la batalla, juraba no haber despegado los labios en todo el día. En cuanto a mí, no puedo decir si hablé o no, pero sí que mi cabeza y mi memoria estaban despejadas como nunca, y que me pasé todo ese tiempo pensando en mis padres, en la prima Edie con sus ojos insolentes e inquietos, en De Lissac con sus bigotes de gato, en todo lo que había ocurrido en West Inch, y en cómo habían acabado por llevarnos esos sucesos a las llanuras de Bélgica para ser blanco de tiro de doscientos cincuenta cañones.

Esos cañones habían estado rugiendo de una forma espantosa durante todo aquel tiempo, pero de repente callaron, aunque tal silencio era como la calma en una tormenta, cuando uno siente que está por venir un trueno aún peor que los anteriores. Aún se escuchaba un tremendo estruendo en el ala contraria, por la que los prusianos estaban avanzando; pero eso ocurría a casi cuatro kilómetros de distancia. El resto de baterías, tanto francesas como inglesas, guardaban silencio y la humareda iba aclarando, para permitir que los ejércitos se contemplasen. Era espantosa la visión de nuestras propias cotas, ya que parecía haber sólo unas cuantas islas de rojo, así como las líneas verdes de la Legión Alemana, en tanto que las masas francesas parecían tan prietas como siempre, aunque, claro está, éramos conscientes de que tenían

que haber perdido millares de hombres en los ataques. Les oíamos gritar y aclamar, y de golpe sus baterías abrieron fuego simultáneamente, con un rugido tal que hizo que el estruendo anterior no fuese nada en comparación. Bien pudiera haber sido el doble de ruido, ya que las baterías estaban a mitad de distancia, disparando a quemarropa, protegidas de un posible ataque por grandes masas de caballería situadas entre ellas y detrás.

Cuando aquel estruendo infernal resonó en nuestros oídos, no hubo nadie, ni siquiera el último de los reclutas, que no comprendiese qué significaba. Se trataba del esfuerzo supremo de Napoleón por quebrantarnos. No quedaban más de dos horas de luz y, si podíamos aguantar hasta entonces, todo acabaría bien. Hambrientos, fatigados y castigados como estábamos, rezábamos en busca de fuerzas para cargar y disparar mientras tan sólo uno de nosotros al menos se mantuviese en pie.

El cañoneo no podía hacernos ya mucho daño, ya que estábamos cuerpo a tierra, y en pocos instantes podríamos formar un cuadro de bayonetas si la caballería volvía a atacarnos. Pero, bajo el atronar de los cañones, se alzó un estruendo más agudo y estridente, de rechinar y resonar; el sonido más raro, estrepitoso y conmovedor que jamás haya oído.

—¡Eso es el *pas-de-charge*! —gritó un oficial—. ¡Vamos a tener acción!

Y, mientras decía eso, presenciábamos un suceso extraño. Un francés, ataviado como un oficial de los húsares, llegó a todo galope sobre un pequeño caballo bayo. Vociferaba «*Vive le roi! Vive le roi!*» a todo pulmón, lo que era tanto como proclamarse desertor, ya que nosotros luchábamos por el rey, y ellos por el emperador. Al pasar nos gritó en inglés:

—¡Viene la Guardia! ¡Viene la Guardia!

Y se esfumó como hoja arrastrada por la tormenta. En ese preciso instante llegó hasta nosotros, a caballo, un edecán, con la cara más roja que yo haya visto jamás.

—¡Hay que defender esta posición, o estamos perdidos! —le dijo a gritos al general Adams, de forma que toda nuestra compañía pudo oírlo.

—¿Qué tenemos enfrente? —preguntó el general.

—Dos escuadrones ligeros, seguidos de seis regimientos pesados —dijo, y se echó a reír como un hombre que ha perdido los nervios.

—¿Le gustaría unirse a nosotros? —le preguntó el general, cabeceando y sonriendo como si le preguntase si gustaba de una taza de té.

—Con sumo gusto —repuso el otro, destocándose.

En un momento, nuestros tres regimientos se agruparon, de forma que la brigada comenzó a avanzar en cuatro líneas, abandonando la hondonada en la

que había aguantado en cuadro, para rebasar el punto desde el que habíamos divisado al ejército francés.

Poco se veía del mismo ahora, aparte de los destellos rojos de los cañones, que relampagueaban de forma fugaz entre la humareda, y las figuras negras —agachándose, levantándose, limpiando, cargando— que trabajaban como demonios, afanados en una labor que era demoníaca. Pero a través de esa nube, el entrechocar y zumbar iba haciéndose cada vez más alto, formado por el griterío de las voces y el paso de millares de pies. Luego surgió un borrón negro y amplio a través de esa bruma, y se fue haciendo cada vez más espeso y sólido, hasta que pudimos constatar que estaba formado por un centenar de hombres en marcha, que se dirigían a buen paso hacia nosotros, con altos gorros de piel en la cabeza y un centelleo de bronce sobre la frente. Y tras ellos venía otro centenar, y otro y otro, emergiendo de la humareda del cañoneo como una serpiente monstruosa que se retorciese y ondulase, de forma que aquella tremenda columna no parecía tener fin. Delante corría un despliegue de escaramuceros, y a la zaga los tamborileros, y todos ellos marchaban marcando el paso, con los oficiales apiñados en los flancos, agitando las espadas y vitoreando. Había una docena de jinetes al frente, vociferando, y uno llevaba el sombrero en la punta de la espada. Tengo que repetir que nadie en este mundo podría haber luchado con más valor de lo que lo hicieron los franceses aquel día.

Resultaban un espectáculo portentoso, ya que avanzaban interpuestos a sus cañones, por lo que no podían esperar ya ninguna ayuda de los mismos, en tanto que tenían enfrente a las dos baterías que nos habían flanqueado durante toda la jornada. Estaban a tiro y vimos largas líneas rojas abrirse en la columna en marcha. Tan cerca estaban, y en formación tan apretada, que cada tiro atravesaba diez filas, pero ellos cerraban brechas y cargaban con tal ímpetu y valor que resultaba prodigioso de ver. Los teníamos directamente enfrente, en tanto que el 95 estaba a un lado y el 52 al otro.

Siempre he pensado que si le hubiéramos aguardado, la Guardia nos hubiera deshecho, porque ¿cómo iba a poder aguantar una formación de cuatro líneas a una columna? Pero en ese momento Colburne, el coronel del 52, envió a los suyos contra el flanco derecho de los franceses, obligándoles a detenerse. Su línea delantera estaba en ese momento a cuarenta pasos de nosotros, lo que nos daba buena oportunidad de contemplarlos. Es divertido recordar que yo siempre había tenido a los franceses por hombres bajitos; pero no había nadie en esa primera compañía que no hubiese podido levantarme en vilo como a un niño, y sus grandes gorros les hacían más altos

aún. Eran tipos duros, curtidos y fibrosos, de ojos fieros y fruncidos, y bigotes erizados; soldados veteranos que habían luchado y luchado, una semana tras otra, durante muchos años. Y allí, con el dedo sobre el gatillo, esperando la orden de disparar, mis ojos fueron a posarse sobre el oficial montado que llevaba el sombrero en la punta de la espada, y pude constatar que era De Lissac.

Yo le vi, y Jim también. Escuché un grito y vi cómo se lanzaba enloquecido contra la columna francesa; y, rápida como el pensamiento, la brigada entera siguió su movimiento, incluidos los oficiales, de forma que nos echamos encima de la Guardia, mientras nuestros camaradas cargaban sobre ellos por los flancos. Habíamos estado esperando la orden y todos creyeron que se había dado; pero créanme cuando les digo que nuestro verdadero líder, en el momento de cargar contra la Vieja Guardia, fue Jim Horscroft.

Sólo Dios sabe qué ocurrió durante esos cinco minutos enloquecidos. Recuerdo haber apoyado mi mosquete contra una casaca azul y haber apretado el gatillo, y cómo el hombre no se desplomó debido a lo apiñados que estaban; pero vi cómo aparecía un horrible manchón en la prenda, así como un hilillo de humo, como si se hubiera incendiado. Luego me vi trabado en lucha con dos franceses grandotes, y tan agolpados estábamos que no podíamos alzar las armas. Uno de ellos, un tipo de gran nariz, me agarró por la garganta, haciéndome sentir como una gallina en el mercado. «*Rendez-vous, coquin; rendez-vous!*», dijo, antes de doblarse de repente con un grito, cuando alguien le clavó una bayoneta en las tripas. Hubo poco tiroteo luego de la primera descarga, sustituido por los impactos de culatas contra cañones, los gritos breves de los hombres heridos y el bramar de los oficiales. Después, de golpe, comenzaron a ceder terreno; lentamente, resistiéndose, paso a paso, pero cediendo. ¡Ah! Eso compensaba todo lo que habíamos pasado hasta ese momento: el estremecimiento de ese instante, al sentir que íbamos a abrir brecha. Tenía a un francés delante de mí, un tipo moreno y de ojos oscuros, que cargaba y disparaba con tanta tranquilidad como si estuviese en el campo de tiro, concentrándose en sus blancos y buscando con preferencia a los oficiales. Recuerdo que se me ocurrió que haría buena cosa en matar a un hombre así, por lo que me abalancé y le clavé la bayoneta. Se volvió al sentir la hoja y me disparó a la cara; la bala trazó un surco en mi mejilla, dejándome una marca que me durará mientras viva. Me derrumbé sobre él, y otros dos cayeron encima de mí, por lo que quedé medio oculto bajo el montón. Cuando por fin pude salir de ahí y limpiarme los ojos, medio cegados de pólvora, vi que la columna había cedido por completo y se había deshecho en grupitos

que corrían para salvar la vida o aguantaban espalda contra espalda, en un vano intento de contener a la brigada, que avanzaba ahora imparable. Sentía como si me hubieran marcado con un hierro al rojo la cara, pero conservaba mis facultades, así que salté por encima del montón de hombres muertos y mezclados, para correr en pos de mi regimiento y unirme al flanco derecho.

El viejo comandante Elliot estaba allí, renqueando, ya que su caballo había caído abatido, aunque él no había sufrido daño alguno. Me vio llegar y cabeceó, pero durante algún tiempo estuvo demasiado ocupado como para articular palabra alguna. La brigada proseguía su avance, pero el general estaba a caballo justo delante de mí, la cabeza vuelta, contemplando las posiciones británicas.

—No avanzan —dijo—, pero yo no pienso retroceder.

—El duque de Wellington ha alcanzado una gran victoria —gritó el edecán con voz solemne; y luego, dejándose llevar por los sentimientos, añadió—, ¡si es que el maldito loco se decide a avanzar! —Cosa que nos hizo reír a todos los de la compañía del flanco.

Pero ya cualquiera podía ver que el ejército francés se deshacía. Las columnas y escuadrones que habían permanecido firmes durante todo el día se veían ahora destrozados, y donde había habido enjambres de escaramuceros en el frente, sólo quedaban unos pocos rezagados que formaban ahora la zaga. La Guardia se derrumbó ante nuestro avance y nos encontramos ante las bocas de doce cañones, pero caímos sobre ellos al momento; y vi cómo el más joven de los suboficiales se acercaba al que había muerto a manos del lancero para escribir un gran 71 en su espalda, con un trozo de tiza, como el escolar que era. Fue en ese preciso instante cuando escuchamos un rugido de aclamación a nuestras espaldas, y vimos cómo todo el ejército británico abandonaba sus alturas, para lanzarse sobre lo que quedaba de nuestros enemigos. Los cañones avanzaron también entre traqueteos y nuestra caballería —o lo que quedaba de ella— se puso a la altura de nuestra brigada, a la derecha. No hubo batalla luego de eso. Nadie trató de poner trabas a nuestro avance, de forma que nuestro ejército llegó a las posiciones que ocupara el ejército francés por la mañana. Sus cañones eran nuestros, la infantería huía a la desbandada y sólo su galante caballería era capaz de mantener algo parecido al orden y retirarse en formación del campo. Por último, cuando comenzaba a caer la noche, nuestros cansados y hambrientos hombres pasaron el testigo a los prusianos y comenzaron a apilar las armas sobre el terreno ganado. Eso fue todo lo que vi o lo que puedo contar de la batalla de Waterloo, aparte de mencionar que esa noche cené un pan de

centeno de un kilo, y me bebí una buena jarra de vino tinto, por lo que tuve que mover un agujero el cinto, y aun así me sentía a reventar. Después me tumbé en la paja con el resto de la compañía, y al instante me sumí en un sueño profundo.

CAPÍTULO XIV

El recuento de la muerte

Amanecía y el primer atisbo de luz grisácea acababa de asomar a través de los resquicios de nuestro granero, cuando alguien me sacudió en el hombro, así que me incorporé de un salto. Mi cerebro estúpido y dormido tuvo la impresión de que los coraceros nos atacaban, y eché mano a una alabarda que estaba apoyada en el muro; pero luego, al ver las largas líneas de durmientes, recordé dónde estaba. Pero de nuevo sufrí un sobresalto al descubrir que quien me había despertado no era otro que el comandante Elliot. Traía rostro grave y estaba acompañado de dos sargentos, con grandes hojas de papel y lápices en las manos.

—Arriba, chaval —dijo el comandante, recobrando bastante de su antigua forma de ser, como si de nuevo estuviéramos en Corriemuir.

—¿Sí, comandante? —tartamudeé.

—Ven conmigo. Creo que os debo algo a vosotros dos, puesto que fui yo quien os sacó de casa. Jim Horscroft no aparece.

Me sobresalté, ya que con las prisas, el hambre y el cansancio de la víspera, no había vuelto a pensar en mi amigo, luego de que se lanzara contra la Guardia Francesa, arrastrando con él a todo el regimiento.

—Voy a hacer el recuento de nuestras bajas —dijo el comandante—, y me gustaría de veras que vinieses conmigo.

Así que salimos en grupo, el comandante, los dos sargentos y yo; y ¡ay! ¡Era una visión espantosa, espantosa!; tanto que incluso ahora, cuando ya han pasado tantos años, me cuesta incluso hablar de ello. Era ya difícil de soportar en el calor de la batalla; pero en aquellos instantes, en la fría mañana, sin griterío, redobles de tambor o toques de corneta, cualquier posible halo de gloria se había desvanecido y aquel campo no era más que una inmensa carnicería, en la que un montón de infelices habían sido destripados, reventados y aplastados, como si hubiéramos querido burlarnos de la Creación. Uno podía advertir en el suelo cada estado del combate del día

anterior: los infantes muertos que yacían en cuadros y las hileras de jinetes que habían cargado contra ellos, los artilleros muertos sobre la ladera, caídos en torno a sus piezas rotas. La columna de la Guardia había dejado una estela sobre el campo, como el rastro de un caracol, y, en la cabecera de la misma, las guerreras azules yacían entremezcladas con las rojas, ahí donde se habían batido con ferocidad, antes de verse obligados a retroceder.

Y lo primero que vi al llegar fue al mismísimo Jim. Estaba tirado de espaldas, el rostro vuelto al cielo, y toda pasión y tormento parecían haberse disipado, de forma que parecía simplemente ese antiguo Jim que yo había visto cientos veces dormido en su camastro, cuando éramos compañeros de escuela. Lancé un grito de pena al divisarle, pero al contemplar su rostro y ver que parecía mucho más feliz muerto de lo que podría ser nunca vivo, ya no pude llorarle. Había recibido dos bayonetazos en el pecho, y debía de haber muerto en el acto y sin dolor, a juzgar por la sonrisa que adornaba sus labios.

Entre el comandante y yo le estábamos alzando la cabeza, con la esperanza de que le quedase algún soplo de vida, cuando escuché una voz bien conocida muy cerca, y allí vimos a De Lissac, sobre el codo entre un montón de guardias muertos. Estaba arropado con un gran capote azul y tenía cerca el gorro con la gran pluma roja. Estaba muy pálido, con ojeras oscuras, pero por lo demás era el de siempre, con esa nariz afilada y arrogante, el bigote erizado, y los cabellos muy cortos que raleaban en la coronilla. Siempre fue hombre de párpados caídos, pero en esa ocasión apenas podía uno ver el centelleo de sus ojos bajo los mismos.

—¡Hola^[3], Jock! —gritó—. No esperaba verte aquí, y debiera haberlo hecho cuando me encontré con tu amigo Jim.

—Usted es el culpable —repliqué.

—¡Ta, ta, ta! —gritó, a su antiguo modo impaciente—. Todo está escrito. Estando en España aprendí a creer en el Destino. Es el Destino el que te ha enviado esta mañana.

—La sangre de este hombre mancha sus manos —le dije, sosteniendo aún por la espalda al pobre Jim.

—Y la mía las tuyas, así que ambos hemos ajustado cuentas.

Se abrió el capote mientras hablaba, y vi con horror un gran manchón de sangre seca y negra en su costado.

—Ésta es mi herida decimotercera, y la última —dijo con una sonrisa—. Dicen que el trece es un número aciago. ¿No podrías darme algo de beber?

El comandante tenía un poco de *brandy* y agua. De Lissac bebió con avidez. Los ojos se le avivaron y una pizca de color asomó en sus mejillas

macilentas.

—Fue el propio Jim quien me hizo esto —manifestó—. Oí que alguien me llamaba por mi nombre, y el tipo me puso el fusil contra la ropa. Dos de mis hombres le bayonetaron al mismo tiempo que me disparaba. Bueno, bueno, ¡Edie lo merece! Estarás en París antes de un mes y podrás verla. La encontrarás en el N.º 11 de la calle Miromesnil, cerca de la Madelaine. Cuéntaselo con tiento, Jock, porque no puedes hacerte idea de cuánto me ama. Dile que cuanto tengo está en los dos baúles negros, y que Antoine tiene las llaves. ¿Te acordarás?

—Me acordaré.

—¿Cómo está tu señora madre? Espero que se encuentre bien. ¿Y tu señor padre? ¡Llévales mis saludos!

Incluso en esos instantes, en que la muerte se cernía sobre él, se permitió aquella vieja reverencia al mandar saludos a mi madre.

—Por supuesto —dije—; su herida no debe de ser tan grave como parece. Iré a buscar al cirujano de nuestro regimiento.

—Mi querido Jock, no he estado causando y sufriendo heridas estos últimos quince años para no saber que mi hora ha llegado. Pero lo prefiero, ya que todo ha acabado para mi hombrecito, y es mejor morir con mis *Voltigeurs* que vivir para el exilio, convertido en un mendigo. Además, me parece que los aliados me hubieran fusilado, de modo que así me salvo de una humillación tal.

—Los aliados, señor —se acaloró ligeramente el comandante—, no cometerían un acto tan deshonroso.

Pero De Lissac agitó la cabeza, siempre con la triste sonrisa.

—Eso no lo sabe usted, comandante —dijo—. ¿Cree que hubiera huido a Escocia y cambiado de nombre si no hubiera tenido más que temer que los camaradas que se quedaron en París? Estaba dispuesto a vivir porque sabía que mi hombrecito volvería. Ahora prefiero la muerte, porque nunca volverá ya a guiar a un ejército. Pero he hecho cosas que no se olvidarán. Fui yo el que mandaba la partida que cogió y fusiló al duque d'Enghien. Fui yo... *Ah, mon Dieu! Edie, Edie, ma chère!*

Tendió las manos, con los dedos tratando de apresar el aire. Luego cayeron con pesadez y el mentón se le desplomó sobre el pecho. Uno de nuestros sargentos le depositó en el suelo con delicadeza, y el otro le cubrió con el gran capote azul; y allí dejamos a aquellos dos a los que el destino había unido de manera tan extraña, el escocés y el francés, sobre la ladera empapada de sangre cercana a Hougoumont.

CAPÍTULO XV

El apunte final

Ahora sí que he llegado casi al final de mi historia y créanme que me alegro de que así sea, ya que comencé esta memoria con el corazón liviano, pensando que me daría alguna ocupación en las largas tardes de verano, pero al escribirla se me han despertado un millar de penas latentes y dolores casi olvidados, de forma que ahora tengo el alma tan en carne viva como el pellejo de una oveja mal esquilada. Juro que cuando acabe nunca más recurriré al papel y la pluma, ya que resulta de lo más fácil al comienzo, igual que si caminases por encima de una tabla sobre un río, y luego, al darte la vuelta para mirar a tu alrededor, pierdes pie y caes, de forma que tienes que salir como buenamente puedas.

Enterramos a Jim y a De Lissac junto con cuatrocientos treinta soldados de la Guardia Francesa y de nuestra propia Infantería Ligera, todos en una fosa común. ¡Ah! Si se pudiera sembrar a los valientes como al trigo, ¡qué buena cosecha de héroes podría uno llegar a tener! Luego, abandonamos aquel campo de batalla ensangrentado, y nuestra brigada se dirigió a la frontera francesa, camino de París.

Durante todos esos años había tenido a los franceses por gente malvada, y siempre había oído hablar de ellos con relación a combates y matanzas, por mar y tierra, así que era de lo más normal que yo pensase que eran malas personas y que me sintiera reacio a tratarme con ellos. Pero también ellos, después de todo, habían oído hablar de nosotros en iguales términos, y debían de tener sin duda el mismo concepto sobre nosotros. Mas, cuando cruzamos su país, y vimos aquellas hermosas casitas, y a los tranquilos y amables paisanos que trabajaban en los campos, las mujeres tejiendo junto a la carretera, y las abuelas de tocas blancas regañando a los críos por sus malos modales, resultaba todo tan hogareño que no podía dejar de preguntarme por qué habíamos estado odiando y temiendo a esas buenas gentes durante tan largo tiempo. Pero supongo que todo debiera achacarse a aquel hombre, y

que, ya que había desaparecido y su gran sombra se había retirado de la tierra, todo brillaba por fin de nuevo.

Marchamos con alegría por el país más hermoso que mis ojos hayan visto jamás hasta llegar a la gran ciudad, donde suponíamos que tendríamos que librar una batalla, que sería encarnizada aunque sólo uno de cada veinte hombres tomase las armas. Pero por esa época ya se habían dado cuenta de que sería una pena destruir el país entero por un solo hombre, así que le abandonaron a su suerte. Lo siguiente que supimos de él fue que se había rendido a los ingleses, y que las puertas de París estaban abiertas de par en par, lo que me produjo una gran alegría, ya que bastante batalla había tenido con la que acabábamos de librar.

Seguía habiendo multitud de partidarios de Napoleón en París, lo que era algo natural habida cuenta de la gloria que les había brindado, y que nunca había mandado a su ejército a ningún sitio al que él no pudiera ir. Nos ponían malas caras, puedo jurarlo, cuando nos vieron llegar, y fue la nuestra, la brigada de Adams, la primera en pisar las calles de esa ciudad. Cruzamos un puente que llaman Neuilly, palabra que es más fácil de escribir que de decir, y luego un hermoso parque, el *Bois de Boulogne*, para entrar en los Campos Elíseos. Allí fue donde acampamos, y no tardaron las calles en estar tan llenas de prusianos e ingleses que aquello parecía más un cuartel que una ciudad.

En cuanto pude salir me fui con Rob Stewart, de mi compañía —ya que no nos dejaban pasear si no era en parejas—, a la *Rue Miromesnil*. Rob se quedó esperando en el vestíbulo mientras a mí me guiaban escaleras arriba; y según pisé el recibidor, ahí me encontré con la prima Edie, igualita que siempre, mirándome con aquellos extraños ojos suyos. No me reconoció en un primer momento, pero apenas lo hubo hecho se abalanzó sobre mí para rodearme con los brazos.

—¡Oh, mi querido Jock! —gritó—. ¡Qué guapo estás con la casaca roja!

—Sí, ahora soy soldado, Edie —respondí con cierto envaramiento, ya que, al mirar ese rostro hermoso, me pareció ver detrás del mismo a ese otro vuelto al cielo, en el campo de batalla belga.

—¡Qué bonito! —chilló—. ¿Qué es lo que eres, Jock? ¿General? ¿Capitán?

—No. No soy más que un soldado.

—¡Qué dices! ¿Uno del populacho, de los que llevan fusil?

—Sí, llevo un fusil.

—Bueno, eso no es muy interesante —dijo.

Y se volvió al sofá del que se había levantado. Aquélla era una hermosa estancia, llena de sedas, terciopelos y objetos brillantes, y a punto estuve de volver a limpiarme las botas en la esterilla. Cuando se sentó, me percaté de que iba vestida toda de negro, por lo que llegué a la conclusión de que ya sabía que De Lissac había muerto.

—Me alegra ver que ya lo sabes todo —dije—. Ya que soy bastante torpe para estas cosas. Me dijo que buscases en los baúles, y que Antoine tenía las llaves.

—Gracias, Jock, Gracias —respondió—. Has sido muy amable al traerme el mensaje. Me llegó la noticia hará una semana. He estado enloquecida de dolor, enloquecida. Vestiré de luto lo que me queda de vida, y ya puedes ver lo mal que me sienta. ¡Ah! Nunca me recuperaré del golpe. Tomaré hábitos y me recluiré en un convento.

—Con su permiso, *madame* —dijo una doncella, entrando—. El *Count* de Beton desea verla.

—Mi querido Jock —dijo Edie, poniéndose en pie de un salto—, éste es un asunto importante. Me pesa acabar tan pronto nuestra conversación, pero estoy segura de que volverás a visitarme, ¿no es así?, cuando esté menos desolada. ¿Podrías salir por la escalera de atrás, en vez de por la principal? Gracias, mi querido Jock; siempre fuiste un buen chaval, y siempre hiciste lo que debías.

Y ésa fue la última vez que vi a la prima Edie. La contemplé al resplandor del sol con ese viejo desafío en los ojos y los dientes relucientes, y así la recordaré siempre, brillante y tornadiza, como una gota de azogue. Al reunirme con mi camarada en la calle, vi un gran carruaje de dos caballos a la puerta, y comprendí que me había despedido por la puerta de atrás para que sus nuevas y poderosas relaciones no supieran de su parentesco infantil con el pueblo llano. No preguntó en ningún momento por Jim, ni por mi madre ni mi padre, que tan bien se habían portado con ella. Pero, en fin, era su forma de ser, y necesitaba tanta ayuda como un conejo la necesita para menear la cola, pero aun así me dolía el alma al pensar en todo aquello. Dos meses más tarde supe que se había casado con ese mismo *Count* de Beton, y murió de parto uno o dos años después.

En cuanto a nosotros, habíamos terminado nuestro trabajo, ya que la Gran Sombra había desaparecido de Europa, y ya no cubriría más las tierras, cerniéndose sobre las granjas y pueblos, y oscureciendo las vidas de gente que debiera haber sido feliz. Volví a Corriemuir al licenciarme y me hice cargo del rebaño cuando mi padre murió, y me casé con Lucy Deane, de Berwick,

que me ha dado siete hijos, todos más altos que su padre, al que no dejan descansar. Pero la verdad es que en estos días tranquilos y apacibles, que pasan uno detrás de otro, tan iguales como una oveja escocesa a la siguiente, apenas puedo conseguir que los jóvenes crean que pasamos lo nuestro, cuando Jim y yo nos hicimos amigos, y el hombre de los bigotes de gato llegó del mar.